

Little Love
Colección Romántica

*Un adiós con
olor a Lavanda*

MAR FERNÁNDEZ

*Un adiós con
olor a lavanda*



Mar Fernández

Un adiós con olor a lavanda

Copyright © 2019 Mar Fernández Martínez

Todos los derechos reservados.

Queda terminantemente prohibida, sin autorización escrita del titular de los derechos de autor, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procediendo, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, al igual que la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos público sin permiso expreso del autor de la obra.

Corrección: Violeta Treviño

Portada: Valerie Miller

© <http://es.123rf.com/>

Олександр Савченко

Nº: 29691690

All Rights reserved

1ª edición en Marzo 2019

www.safecreative.org

Número de registro: 1812089261567

*“Y es que el amor no necesita ser entendido,
simplemente necesita ser demostrado”.*

Paulo Coelho

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 14

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Epílogo

Mar Fernández Martínez

Otras obras de la autora

Prólogo

Ryan aparcó su coche en la dirección que indicaba el *post-it* color rosa que le había entregado su hermana la tarde anterior, cuando se habían encontrado en casa de su madre. Como cada sábado desde que ambos habían abandonado el nido, se reunían para compartir sus vivencias en familia.

De nuevo, Lindsay se había salido con la suya, como siempre. Le había convencido para que revisara el viejo fregadero del apartamento que había alquilado cerca de la universidad de Phoenix, donde había comenzado a cursar sus estudios dos años antes. «Ryan, es solo un pequeño favor», le dijo mientras comían la tarta de manzana que hacía su madre y que tanto les gustaba a ambos. Intentó zafarse en varias ocasiones, pero fue una misión imposible.

Y allí estaba, el único día libre que tenía en las prácticas de bombero, y que iba a desperdiciar arreglando las cañerías de su hermana. Salió del coche y cogió la caja de herramientas del maletero. Cargado y resignado, caminó hasta el número siete de la calle. Durante el pequeño trayecto no dejó de preguntarse una y otra vez cómo podía ser tan estúpido. Conocía demasiado bien a Lindsay, no por nada había sido testigo de cómo su madre le cambiaba los pañales, y aún así había vuelto a caer en una de sus trampas. Una sonrisa se dibujó en sus labios antes de responder a su propia pregunta: su hermana solo tenía que dejar caer los párpados como un cachorro y formar con sus labios los morritos oportunos para lograr lo que quería de su hermano mayor.

Como era de esperar, observando las nubes grises que cubrían el firmamento, una fina capa de lluvia se precipitó sobre su cabeza antes de que llegara al portal indicado. Con nerviosismo y mal humor, rebuscó en el bolsillo trasero de sus *jeans*. Finalmente dio con el estrafalario llavero en

forma de rana, propiedad de su hermana, y pudo abrir la puerta del edificio.

Se situó frente al ascensor, y cual no fue su sorpresa al descubrir un cartel que indicaba que estaba averiado. Gruñó frustrado y, maldiciendo, subió al tercer piso donde se encontraba el apartamento. Cuando finalmente llegó y abrió la puerta, descubrió una entrada abarrotada de cajas de cartón dispuestas sin ningún orden. Una sonrisa curvó sus labios al recordar el desorden reinante en la habitación de Lindsay cuando vivía en la casa familiar que los había visto crecer. No parecía haber cambiado en el tiempo transcurrido, y no pudo evitar sentir cierta lástima por su compañera de piso.

Durante cuarenta y cinco minutos se mantuvo tumbado bajo el viejo fregadero de la cocina, intentando aflojar una tuerca envejecida y cubierta por una capa de óxido. Chascó la lengua, molesto, cuando unas pequeñas gotas de agua sucia cayeron sobre su rostro por sexta vez. Estaba a punto de levantarse, con la necesidad de recuperar la circulación de sus piernas, cuando algo detuvo su movimiento: el sonido de unas llaves sobre la cerradura.

No podía ser su hermana, a esas horas debía estar con su madre visitando a la tía Grace. La pobre anciana no tenía familia y la visita de su sobrina alegraba sus días. Solo quedaba una opción: la compañera de piso de Lindsay. Y conociendo a su hermana, estaba seguro de que no le había advertido de su presencia. Solo esperaba no asustarla.

Alguien entró, y Ryan escuchó varios sonidos amortiguados por la moqueta del salón antes de decidir sobre cómo proceder. Estaba a punto de salir de aquel minúsculo y asfixiante agujero cuando el sonido de la música a todo volumen comenzó a tronar por toda la vivienda.

Su mirada azul se dirigió al ángulo que le proporcionaba la puerta abierta que daba al salón, donde descubrió unas largas piernas bronceadas y un perfecto trasero enfundado en unos *short* grises de deporte. Aquel cuerpo era todo movimiento; los pies descalzos se movían sobre la alfombra mientras

las rodillas se contorsionaban al ritmo de la pegadiza canción. Los brazos se movían alrededor del pecho, cubierto por una fina camiseta de tirantes blanca, y el cabello rubio, con algunos destellos cobrizos, volaba sobre un rostro que no lograba distinguir.

Ryan no se movió ni respiró, pendiente de cada uno de sus movimientos. Notaba cómo la temperatura de su cuerpo subía con cada oscilación de cadera, con cada golpe de melena... y deseó unirse a ella, pero en otro tipo de danza. Notó cómo su miembro se comprimía contra los botones de su pantalón y decidió hacerse visible para dejar de imaginar a aquella mujer entre sus brazos. Se movió con tanta rapidez que se golpeó con la tubería y no pudo evitar soltar un alarido.

Hannah estaba agotada después de una dura jornada laboral y solo deseaba olvidar aquel día. Tenía ese empleo desde hacía seis meses y sabía que no era el mejor del mundo, pero al menos le permitía costearse la carrera. Trabajar en un restaurante de comida rápida no era fácil, pero solo era media jornada y podía compatibilizarlo con sus estudios. No recordaba la última vez que había salido con sus amigos, algo que no se podía permitir con su escaso presupuesto, pero no podía negar que extrañaba divertirse.

Entró en su habitación y, tras deshacerse del uniforme y ponerse cómoda, decidió encender la radio situada en el salón. No le gustaba el silencio ni la soledad. Su rostro se iluminó al escuchar la canción que sonaba en aquel momento. Era *su canción*, pensó emocionada, antes de moverse a su son. Le encantaba bailar porque así se sentía libre. Se dejó llevar por lo que las notas le dictaban, disfrutando del momento, hasta que un ruido procedente de la cocina hizo que se detuviera, palpando su pecho con una mano.

Su mirada recorrió el salón, asustada ante la posibilidad de que

hubiera un intruso, o peor aún, más de uno, y cogió lo primero que encontró para defenderse: una figura de madera con forma de jirafa. Con pasos comedidos, se fue acercando hasta la cocina con la figura en alto en actitud de defensa. Pero cuando se asomó se quedó inmóvil en el sitio, sin saber muy bien que pensar. Ante sus ojos había un hombre sentado en el suelo, que se pasaba los dedos por el cuero cabelludo mientras sus ojos se achicaban por el dolor. A su alrededor se apilaban varias herramientas que no logró identificar: parecía estar reparando el fregadero que llevaba días goteando.

Hannah se mordió el labio inferior, más interesada en su aspecto que en lo que hacía aquel hombre en su cocina. Sus gastados *jeans* se ajustaban perfectamente a sus piernas, y su camiseta blanca de manga corta estaba adornada con varias manchas marrones. «¿Quién será?», se preguntó confusa.

Ryan, al advertir su confusión, se levantó en un movimiento ágil y se plantó frente a ella.

—Hola, soy Ryan, el hermano de Lindsay —se presentó.

—¿El hermano de Lindsay? —preguntó Hannah, cautelosa.

—Me dijo que teníais un problema de tuberías, y... soy bueno con eso.

«¿Por qué he dicho semejante estupidez? », se preguntó Ryan avergonzado, pero ella sonrió y sintió que el estómago se le encogía.

—Vaya... qué suerte la nuestra —replicó Hannah, sin saber muy bien cómo proceder ante la extraña situación.

—Perdóname, no quise asustarte —se disculpó Ryan, rascándose la nuca en un gesto nervioso.

«Por Dios, no eres un maldito adolescente», se recriminó.

—¿Quieres un café? —le ofreció ella.

—Sería perfecto.

Así fue como acabaron compartiendo la pequeña mesa de la cocina

hablando amigablemente. Ryan se sintió hipnotizado por el rostro ovalado de Hannah y sus maravillosos ojos azules, iguales al color del mar.

—¿Y cuál es tu sueño? —le preguntó ella sorprendiéndole.

—Desde que era un renacuajo quise ser bombero. A mi madre no le hace gracia la idea —comentó con humor—, pero no pienso rendirme. ¿Y tú? —preguntó con curiosidad.

—Estoy cursando Bellas Artes, pero la verdad es que no lo tengo muy claro —dijo con humor—. También estudio idiomas, me encantan y tengo facilidad para ello. Algún día, cuando me lo pueda permitir, viajaré por todo el mundo para conocer diferentes culturas.

—Me parece un sueño maravilloso —replicó Ryan, imaginando a la joven en lugares exóticos cargada con una cámara fotográfica en su mano.

Lindsay observaba a su hermano desde su posición sobre la encimera. No apartó la mirada de su persona mientras Ryan cortaba la lechuga para la ensalada que estaba preparando. De improvviso, elevó su mirada azul, igual a la suya, y la clavó en su rostro. Parecía molesto, y lo confirmó cuando habló.

—Baja, como mamá te vea ahí sentada se va a enfadar.

Lindsay ignoró sus palabras y estiró la mano para robar una zanahoria cruda de las que había pelado Ryan. Le dio un mordisco y masticó con gusto. De nuevo tenía los ojos clavados en su hermano.

—¿Qué pasa? —preguntó Ryan, molesto. Desde que su hermana había llegado media hora antes no había dejado de comportarse de una forma extraña.

La aludida sonrió levemente antes de hablar.

—Estoy intrigada, ¿te gusta mucho? —preguntó pícaramente.

—No sé a qué te refieres —replicó Ryan apartando la mirada, mientras

lavaba las hojas verdes.

—¡Oh, claro que lo sabes! —exclamó Lindsay con humor—. Te gusta Hannah.

—Por favor, Lindsay, madura —respondió Ryan molesto.

—Madura tú —respondió ella elevando una de sus cejas—, he visto cómo la miras.

—¿Te has olvidado de Meredith? —preguntó Ryan, fastidiado.

Lindsay bostezó sonoramente antes de responder.

—Oh, sí, la dulce y perfecta Meredith.

—¡Eh, no te pases! ¡Es mi novia! —le advirtió su hermano con el cuchillo en alto, apuntándola.

—Sí, lo sé, pero eso no explica porqué cada semana apareces en mi apartamento con cualquier excusa y al final acabas invitando a cenar o a tomar algo a mi mejor amiga.

—Eres una desagradecida. Solo intento ayudarte —le reprochó Ryan.

Lindsay sonrió anchamente. Colocó la mano delante de la cara de su hermano, con el puño apretado, y comenzó a contar con los dedos mientras hablaba.

—Has arreglado el desagüe, la puerta que no cerraba —dijo, mientras enumeraba las tareas con los dedos de su mano—, luego las baldas del mueble del salón... ¿Sigo? —preguntó, elevando nuevamente su ceja.

Ryan tenía la mano de su hermana, abierta por completo, ante los ojos. Sabía que tenía razón, pero no tenía una explicación para la necesidad que se había apoderado de su ser desde que había conocido a su compañera de piso. No podía seguir así. «Amo a Meredith», se recordó. Su relación se remontaba al instituto, y por nada del mundo pensaba perderla porque estaba seguro de que era la mujer de su vida.

—¡Tierra llamando a Ryan! —exclamó Lindsay con humor.

—Lindsay, deja de vivir en las nubes. Me parece que ves demasiadas películas románticas.

—¡Oh, vamos Ryan! ¿Acaso me tomas por estúpida?

—Pues no te comportes como tal.

—¿Cómo puedes estar tan ciego? —le recriminó Lindsay.

Ryan sintió cómo la ira creía en su interior. Las palabras de su hermana solo lograban hacerle dudar sobre la decisión que había tomado minutos antes de no volver a ver a Hannah, que se estaba convirtiendo en una tentación difícil de ignorar, y eso no le gustaba.

—Solo te diré una cosa: métete en tus asuntos.

—Hannah es asunto mío, y creo que con tu actitud solo estás logrando confundirla, no quiero que le hagas daño.

—Mira, no estoy de humor —dijo iracundo, mientras dejaba el cuchillo sobre la encimera—. Y acaba tú, la ensalada —le ordenó antes de desaparecer por la puerta que daba al pasillo.

—Pero... —boqueó Lindsay sorprendida, aunque no pudo continuar hablando porque su hermano ya había desaparecido.

Como había mandado su hermano, bajó de la encimera de un salto y comenzó a aliñar la ensalada aunque su cabeza no dejaba de trabajar. Sospechaba que Ryan sentía algo especial por Hannah, aunque lo negara, pero estaba atado a Meredith desde hacía varios años y no parecía ser consciente de que solo se aferraba a ella como una obligación. No tenía nada contra su cuñada, era una buena persona, pero no la que lograría hacer feliz a su hermano. Por mucho que ella quisiera intervenir, bien sabía que no podía inmiscuirse en la vida de su hermano cuando ella misma no soportaba que su madre hiciera lo propio con la suya. Resignada, cogió el bol entre sus dedos y se dirigió hasta el comedor, donde la familia ya la esperaba para comer.

Capítulo 1

Dallas, junio de 2017

Las tres amigas salieron del hotel Liberty entre charlas y risas. Era la primera vez en semanas que sus turnos coincidían y eso les había permitido comer juntas aquel día de primeros de junio. Tras una ardua negociación, Hannah y Fiona lograron su propósito: comer en un restaurante mejicano situado en el centro de la plaza de las Américas, a pesar de las protestas de Lindsay, que se quejaba porque el parentesco entre ambas ayudaba a que se salieran siempre con la suya.

Mientras ocupaban una de las mesas libres en la amplia terraza, bordeada por altos edificios, Hannah intentaba apaciguar a su mejor amiga y compañera de piso, que permanecía con el ceño fruncido.

—Lindsay, no te enfades, te prometo que la próxima vez eliges tú.

—Hannah, esta vez no será tan fácil contentarme, sabes que tengo alergia al picante —se quejó mientras ojeaba la carta con desgana—. Como compensación, esta semana te encargas tú de la colada —añadió.

Hannah, al escuchar sus palabras, no pudo evitar protestar.

—Eso no es justo, no deberías mezclar nuestros problemas domésticos con las salidas sociales —se quejó, pero sus palabras fueron interrumpidas por la exclamación de Fiona.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó la joven, mientras se mordía el labio inferior y sus ojos se abrían ampliamente.

—¿Qué sucede? —preguntó Lindsay preocupada, dirigiendo su mirada al lugar hacia donde se giraba el rostro de Fiona.

—Mirad allí —dijo, haciendo un gesto con su cabeza, para no señalar directamente al objeto de su alteración—. Son el señor Anderson y Lambert. Dios no es justo dando a algunos tanta hermosura y a otros tan poca —comentó, aludiendo al contraste entre ambos hombres.

Lindsay frunció el entrecejo, molesta por el comentario de Fiona. No era estúpida y tenía ojos en la cara. Claro que el gerente del hotel, el señor Anderson, era uno de los hombres más atractivos y magnéticos que conocía, pero si se le trataba personalmente, como era su caso, dejaba mucho que desear. Adoraba a Fiona, pero no le gustaba que se mostrara tan superficial, sobre todo porque en el fondo no lo era. Muchas veces había pensado en ello y sospechaba que la prima pequeña de Hannah prefería mostrarse frívola para que nadie pudiera leer a fondo su alma, como si intentara protegerse de esa forma.

Dispuesta a hacerla cambiar de opinión, comenzó a alabar a su compañero de oficina, Lambert, que a pesar de no ser un hombre físicamente atractivo tenía más sesera que el ególatra del gerente del hotel donde las tres trabajaban.

—Lambert, además de su carrera de contabilidad, es un versado en arte. Alguna vez he visitado con él un museo y ha sido un verdadero placer.

Hannah y Fiona clavaron sus miradas en Lindsay, sorprendidas por su confesión, y, como si fueran almas gemelas, exclamaron a dúo.

—¿Lambert y tú?

—¿Es él con quien tienes esa cita misteriosa? —indagó Hannah, curiosa, con una mirada pícaro clavada en su amiga.

Sabía que Lindsay había quedado con un hombre, pero no había querido decirle con quién y sospechaba que se trataba de una relación amorosa en ciernes. Por más que había intentado sonsacarle información no había logrado nada y empezaba a preocuparse porque, en los años que llevaban viviendo

juntas, nunca le había ocultado algo.

Lindsay se sintió incómoda al escuchar la pregunta directa de su amiga. Cuando quería, Hannah podía llegar a ser igual que un perro de caza con su presa. Desde que había descubierto, por casualidad, que había quedado con un hombre, no la había dejado tranquila. Sabía que su amiga imaginaba que se trataba de una cita romántica, pero nada más lejos de la realidad.

—No —negó Lindsay tajante poniendo los ojos en blanco—. Las dos —dijo señalando a ambas con el dedo índice alternativamente—, sois terribles.

—Lo seremos, pero confiesa, ¿hay algo entre Lambert y tú? —insistió Hannah, disfrutando de la situación.

—¿Y tú con Alexander? —contraatacó enfadada.

Lindsay sabía que el jefe de mantenimiento del hotel llevaba varios meses empeñado en seducir a Hannah, que había intentado rehuir sus envites como había podido hasta que, finalmente, él parecía haber desistido.

Hannah se sintió molesta con la insinuación de Lindsay porque su amiga sabía que le incomodaba la situación, y estaba a punto de replicar mordazmente cuando su prima se lo impidió.

—¡Ehhh! —amonestó Fiona elevando sus manos en el aire—, tiempo muerto. Esta comida es para mujeres y no pienso permitir que ningún hombre, sea cual sea, nos estropee esta tarde entre amigas.

Lindsay y Hannah se miraron la una a la otra y luego giraron sus rostros para clavar las miradas en la joven que las había llamado la atención.

—Cuidado, primita —dijo Hannah con humor—, o tendré que rebuscar en tu pasado, y seguro que encuentro algún cadáver.

—¿Quieres que le cuente a Lindsay cómo era el primer chico con el que te besaste el primer año de instituto? —repuso Fiona con una sonrisa diabólica.

—Pequeñaja, te estás pasando —le advirtió Hannah, sabiendo lo que le

molestaba a su prima aquel apelativo cariñoso.

—Te la estás jugando y ya sabes de lo que soy capaz —repuso Fiona señalando a su prima con un dedo amenazante.

—¿Quieres que llame a Parker para contarle que hasta hace unos meses estabas saliendo con un motero peligroso? —amenazó Hannah, triunfal.

—Eres una arpía...

La respuesta de Hannah fue tirar su servilleta a la cara de su prima, que no pudo seguir replicando a sus palabras gracias a la oportuna llegada del camarero, quien pareció divertido ante la confianza que compartían las tres mujeres.

Puerto escondido, México.

El humo que le rodeaba era oscuro y denso, apenas podía ver a un metro de distancia lo que tenía delante de sí, pero Ryan Fitzpatrick no desistió de su objetivo de encontrar a Malcolm y Meredith. Miró a un lado y a otro, y nada. Gritó todo lo que le permitía su voz, llamándolos desesperadamente, pero no recibió respuesta. Estaba a punto de salir, cuando parte del techo se desplomó sobre su cabeza y luego solo hubo oscuridad.

Sobresaltado, Ryan se incorporó de la cama y sintió la humedad de su cuerpo desnudo, provocada por el sudor tras la pesadilla que llevaba atormentándole desde hacía meses. De nuevo, el pasado se volvía presente para atraparlo en el dolor y la pena. «No te castigues más, no pudiste hacer nada», se repitió, como si con esas palabras su cerebro fuera a reaccionar. No había hecho efecto en los doscientos diez días que llevaba de excedencia de su

puesto en la estación de bomberos de San Antonio.

Con desgana, se sentó en el colchón y se frotó el rostro con ambas manos antes de peinarse el oscuro cabello con los dedos. Luego se levantó y observó a su alrededor, descubriendo el desorden reinante en la habitación del hotel donde llevaba meses hospedado. No, definitivamente no podía seguir viviendo así, tenía que reaccionar, y pronto.

Se dirigió al baño calmadamente y se dio una ducha tibia, con la única intención de espabilar sus sentidos. Luego rebuscó en el armario y se vistió con unos pantalones cortos color crudo y una camisa azul de lino. Era pleno verano y las altas temperaturas apenas dejaban respirar. Finalmente comprobó su aspecto en el espejo y, a pesar de que no era el mejor, decidió salir de la habitación para dirigirse al restaurante situado en la planta baja donde ocupó una mesa frente al amplio ventanal, donde tenía unas magníficas vistas de la costa. En el tiempo que llevaba en México su principal actividad había sido adentrarse en las aguas del océano Pacífico. Le encantaba surfear y en las últimas semanas había perfeccionado su técnica.

Estaba acabando con los restos de su desayuno, que había consistido en una gran variedad de fruta de la zona, cuando el sonido metálico de su móvil le sobresaltó. Con desgana lo sacó del bolsillo trasero del pantalón y lo desbloqueó, para descubrir que se trataba de Clark Montgomery, su mejor amigo y compañero de unidad. Se alegraba de su llamada, pero igualmente el hecho de descubrir las restantes perdidas y mensajes de su madre y hermana lograron que su cuerpo se tensara. «Eres un cobarde», se reprochó, antes de dar al botón verde de la llamada.

—¡Ryan! —exclamó Clark, sorprendido. Eran muchas las llamadas que había realizado al número de su amigo y todas habían resultado infructuosas. Hacía meses que se había marchado y solo había logrado hablar con él en un par de ocasiones—. Tío, parece que te has esfumado de la faz de la tierra. ¿Te

has olvidado del resto del mundo?

Ryan apretó los labios tras escuchar sus palabras. El reproche estaba claro y lo aceptaba, era lo menos que se merecía, pero no por ello tenía que hacerle gracia.

—He cogido el teléfono, ¿no? —farfulló, huraño.

Desde el otro lado de la línea, Clark sonrió torcidamente al percatarse del tono exasperado de su voz. «Nunca cambiará», se dijo, sabiendo que su amigo siempre había tenido muy malas pulgas, aunque a él sus arrebatos de mal genio no le alteraban lo más mínimo. Estaba más que acostumbrado a ellos y podía sobrellevarlos. Conoció a Ryan en el gimnasio, donde ambos preparaban las pruebas físicas para entrar en el cuerpo de bomberos, y desde entonces se habían apoyado mutuamente en las buenas y en las malas.

—Claro, campeón —replicó, imaginando cómo el gesto de Ryan se torcía. Sabía que odiaba que le llamaran de esa forma desde que su madre se había echado un novio que palmeaba su espalda y le llamaba así, como si se tratara de un adolescente imberbe—. Pero bueno, vayamos al grano, solo te llamaba para recordarte que tu ahijado está a punto de nacer, y estaría bien que regresaras para conocerle. ¿No crees?

El silencio que sucedió a sus palabras hizo que Clark contuviera el aliento por unos instantes. Había intentado por activa y por pasiva que regresara, que volviera a ser el hombre de siempre, pero había sido misión imposible. Y no solo era porque le echaba de menos, si no porque su madre y hermanas estaban sufriendo. Había hablado con ellas a lo largo de aquellos angustiosos meses y sabía que le extrañaban y necesitaban. Comprendía que lo que había sucedido aquella fatídica noche había sido horrible, y entendía cómo podía sentirse su amigo tras la trágica muerte de su esposa y un compañero del parque de bomberos, que resultó ser su amante. Él mismo le había animado para que cogiera la excedencia, ya que en las condiciones en

las que se encontraba no era conveniente que trabajara. Le había aconsejado que se alejara por un tiempo de todo y de todos, pero de eso hacía más de siete meses.

—Está bien —le sobresaltó la voz de Ryan—. Te prometo que en unos días estaré allí.

—¿En serio? —replicó Clark, sorprendido por su aceptación.

—¿Quieres que me arrepienta? —contestó Ryan con otra pregunta.

—No, no, por supuesto que no.

—Pues te llamo cuando llegue.

—No sabes lo feliz que vas a hacer a Ellen.

—Me tiene en demasiada estima —replicó Ryan al recordar a la esposa de su amigo, que era la mujer más dulce que había conocido. En alguna ocasión había envidiado a Clark por haber encontrado a su media naranja, no como él, que se había equivocado en la elección—. Y ahora tengo que dejarte. Cuídate, amigo, nos vemos en unos días.

—Espero tu llamada, no me falles —replicó Clark.

—Sabes que nunca lo haría —se despidió Ryan antes de cortar la llamada y abandonar su asiento para dirigirse al paseo marítimo.

Le encantaba aquel lugar, había sido así desde la primera vez que lo visitó junto a Clark. Por aquel entonces, eran unos jovencitos con la única intención de pasarlo bien y surfear unas buenas olas, recordó con nostalgia. Se habían caído una docena de veces antes de lograr mantenerse en pie sobre una tabla. El ambiente animado de la zona le cautivó en aquel momento y, a pesar de los años transcurridos, seguía encandilándole igual que la primera vez. Los pequeños puestos de *souvenirs* apostados en la acera frente a la playa no habían cambiado y, a pesar de que conocía de sobra la artesanía del lugar, no podía evitar husmear de vez en cuando en ellos. Estaba en uno de los puestos, donde tenían collares con cuencas marinas y corales, cuando su teléfono

volvió a sonar con insistencia.

«Maldita sea», se dijo cuando descubrió en la pantalla del aparato el número de su madre. «Tienes que cogerlo. ¿Acaso eres un cobarde?», se reprendió mentalmente antes de aceptar la llamada y aguantar estoicamente la monumental bronca de su progenitora, que solo se aplacó con la promesa de que regresaría a casa en unos días.

Capítulo 2

Hannah subió el último tramo de escaleras y respiró cuando pudo dejar la caja que cargaba a la entrada del apartamento. El calor era intenso aquella tarde de verano y, en un gesto casual, elevó el brazo y secó el sudor que perlaba su frente.

—Quita de ahí —dijo Fiona, que estaba a su espalda igual de cargada.

—¿Cómo has podido acumular tantas cajas? —preguntó Hannah mientras se apartaba para dejar pasar a su prima— ¿Al venir a la ciudad decidiste traerte todas tus pertenencias? —preguntó, molesta.

Fiona dejó la última caja de su mudanza sobre una pila formada por otras tantas y clavó la mirada en el rostro sonrojado de su prima.

—Creía que te hacía ilusión que viniera a vivir contigo —replicó formando un mohín con sus labios.

Hannah se sintió fatal al ver su gesto y, a pesar de estar sudada, se acercó a Fiona y la apretó fuertemente contra su cuerpo.

—Lo siento —se disculpó—. Estoy encantada de que hayas venido a vivir con nosotras. Sabes que te adoro y, aunque te moleste, me alegra que tu casera haya decidido darte boleto.

—Vieja bruja —replicó Fiona, que aún estaba furiosa con la señora Potter. Había sido una desconsiderada al decidir rescindir el contrato que tenían con solo una semana de plazo.

—¡Oh, vamos, Fiona! Reconoce que tú también tienes parte de culpa en eso —dijo Lindsay, que en aquel momento se acercaba a ellas con dos vasos de limonada helada—. En el contrato ponía expresamente que nada de animales —añadió señalando al pequeño minino de color gris, quien

jugueteaba con una pelota de fieltro rojo junto al sofá.

La aludida cogió uno de los vasos y agradeció el frescor que reportó a sus dedos, más cuando el líquido recorrió su garganta tras el primer trago. En el fondo sabía que Lindsay tenía razón, pero cuando encontró a la pequeña cachorra junto al cubo de la basura no pudo resistirse.

—¿Qué mal puede hacer Maggie? —preguntó—. Es adorable —añadió mientras una tierna sonrisa adornaba sus labios. Segundos después, dejó el vaso sobre la mesa y sostuvo al cachorro entre sus brazos mientras clavaba la nariz en su suave pelaje.

Hannah y Lindsay cruzaron una mirada y no pudieron evitar sonreír. El piso no era muy grande, pero habían logrado acondicionar una pequeña habitación que solían usar de trastero para Fiona. Cuando la joven las había llamado una semana antes hecha un mar de lágrimas, no habían podido evitar invitarla a compartir su pequeño apartamento.

—Sí, lo es, y ahora más te vale que te pongas en marcha. Tu turno empieza en una hora —le recordó Hannah.

Fiona dejó a Maggie en el suelo para que siguiera con su juego y se incorporó.

—¡Sí, mamá! —dijo con humor, ganándose un bufido por parte de su prima antes de huir al baño para darse una ducha.

—¿Qué he hecho yo para merecer esto? —dijo Hannah poniendo los ojos en blanco.

—Adoras a tu prima, las dos lo sabemos —dijo Lindsay, tendiéndole el vaso de limonada que aún no le había entregado.

Hannah estaba a punto de contestar a sus palabras, cuando el sonido del móvil de su amiga comenzó a sonar con insistencia. Aprovechó para degustar el zumo recién exprimido y disfrutó de su acidez. A Lindsay le encantaba hacer zumos y succulentos platos que dejaban el estómago al borde de su capacidad y

las calorías a mil. En más de una ocasión, eso había provocado que tuviera que ponerse a dieta.

Tras acabar con el contenido del vaso, observó a su alrededor y se sintió algo deprimida al ver el desorden que la rodeaba, aunque era lo normal cuando se hacía una mudanza. Decidida a no agobiarse, elevó su mirada y descubrió en el rostro de Lindsay una expresión extraña. Esperó a que la llamada finalizara para interrogar a su amiga.

—¿Qué pasa? —indagó, directa, mientras Lindsay dejaba el teléfono sobre la mesa de café del salón.

—Era mi madre, me ha dicho que ha hablado con mi hermano. Ha decidido regresar —dijo Lindsay dejándose caer sobre el sofá.

—No parece muy contenta —indicó Hannah mientras se sentaba a su lado y clavaba la mirada en el rostro de su amiga.

No lo entendía. En los últimos meses, Lindsay había estado muy preocupada por su hermano y ahora que regresaba no parecía feliz. A pesar de que durante años Ryan había sido un tema tabú entre ambas, desde el trágico incidente de unos meses antes, la veda se había levantado. Solo sabía que una noche se había producido un incendio en su casa y que su esposa había fallecido junto a un compañero de trabajo de Ryan, pero no había querido ahondar en el asunto. Pocos días después del entierro, Ryan había desaparecido de la faz de la tierra. Al parecer no se había ido muy lejos, a México, pero lo que realmente le dolía a su amiga era que no se habría enterado de su paradero si no llega a ser por Clark, el mejor amigo de Ryan. La preocupación que había sentido durante semanas se había convertido en frustración cuando él no se había dignado a contestar a sus mensajes ni responder a sus llamadas. Y ahora regresaba, como si nada hubiera sucedido.

—¿Lindsay? —preguntó Hannah con cautela.

La aludida se frotó la frente con los dedos mientras cerraba los ojos,

suspirando pesadamente antes de hablar.

—Sí, estoy contenta, pero a la vez me siento muy defraudada con él. Todo este tiempo sin noticias tuyas, sin una sola palabra por su parte... Me gustaría mandarle al infierno —confesó sin coartarse, con la confianza de dos amigas que eran como hermanas.

—Lo entiendo —replicó Hannah mientras acariciaba su brazo con delicadeza, intentando infundirle ánimos con el leve contacto—, pero tienes que hablar con él antes de soltar todo lo que te carcome, quizás haya tenido una razón para comportarse así —intentó razonar.

—¡No le defiendas! —exclamó Lindsay enfadada, clavando la mirada con intensidad en el rostro de su amiga.

Hannah chascó la lengua, molesta.

—No lo hago, Lindsay, por Dios. Lo que pasa es que sé que lo adoras y no quiero que le digas algo de lo que te puedas arrepentir después.

—Tienes razón, lo haré —aceptó finalmente Lindsay, que estaba deseando comprobar cómo estaba su hermano, abrazarse a su pecho y escuchar los latidos de su corazón. Aquello que siempre le hacía sentir como en casa.

—¿Cuándo has dicho que regresa?

—El viernes —replicó Lindsay con el gesto torcido.

—¿Y qué problema hay? —preguntó Hannah, confusa—. Puedes pedir ese día libre y, junto al fin de semana, ir a San Antonio para ver a tu madre y a tus hermanos.

—No puedo, he quedado. Tendré que conformarme con llamarle y rezar para que me conteste —dijo apesadumbrada.

—¿Se trata de esa cita misteriosa? —indagó Hannah con una sonrisa pícaro en los labios mientras clavaba la mirada en el rostro de su amiga. Había intentado sonsacarle información por activa y por pasiva, pero no hubo manera.

Lindsay frunció el ceño y abandonó el sofá, molesta. Sabía que era una cobarde por huir de las preguntas de su mejor amiga, pero no quería contarle nada hasta no estar segura de que sus sospechas eran acertadas, y más cuando ambas trabajaban en el mismo lugar.

—Lo siento, pero yo también tengo que ducharme, tengo que ir a trabajar. A ver si Fiona ha dejado libre el baño de una vez, parece una rana cuando se mete en la ducha —añadió con humor antes de caminar a su dormitorio para organizar la ropa, aunque pudo escuchar perfectamente la réplica de Hannah:

—Eres una cobarde.

San Antonio, Texas.

Ryan estaba cansado tras el largo viaje de vuelta, y hubiera deseado ir directamente a su apartamento situado en el centro de la ciudad para descansar un poco antes de visitar la casa de su madre y reencontrarse con su padrastro. Pero la última vez que había hablado con su progenitora, ésta se había empeñado en que fuera a comer a casa.

Aparcó su moto frente a la pequeña casa individual donde había crecido y se tomó unos minutos antes de desmontar y caminar hasta la puerta. Llamó al timbre y esperó pacientemente a que alguien abriera.

Mientras tanto, se entretuvo observando las cuidadas plantas a su alrededor. El color morado claro de la lavanda captó su atención, y una ligera sonrisa se formó en sus labios cuando su característico aroma inundó sus fosas nasales. Siempre que se encontraba con aquella planta, recordaba a su hermana Lindsay. Eso le llevó a otro asunto que no sabía si estaba dispuesto a

enfrentar todavía: quedar con ella. Le había llamado un centenar de veces desde que había decidido regresar y no se había dignado a contestar. Conocía bien a Lindsay y sabía que estaría furiosa con él por no dar señales de vida y por haber desaparecido sin dar explicaciones.

Cuando había descubierto que la mujer a la que amaba le estaba engañando con otro, y el hecho que sucedió a continuación, se sintió destrozado por dentro. Lo único que pudo hacer fue huir como alma que lleva el diablo. Solo Clark sabía la verdad de lo sucedido y, tras los meses transcurridos, por primera vez se sentía con las fuerzas necesarias para contarle a su madre y hermana lo que pasó entonces.

—Ya era hora —fue lo primero que escuchó Ryan cuando la puerta se abrió, y no pudo evitar apretar los labios al descubrir que se trataba de Connor, el marido de su madre.

—Connor, yo también me alegro de verte —replicó Ryan con sorna.

—¡Ya estás aquí! —exclamó una voz infantil.

—Karen —Ryan llamó a su hermana pequeña mientras se acuclillaba para quedar a su altura. La niña no tardó en salir tras las piernas de su padre y tirarse en sus brazos.

—¿Me has echado de menos? —preguntó la pequeña de apenas siete años, que se había apartado de su hermano y clavado la mirada en su rostro.

—Por supuesto que sí, mi princesa.

—¿Y por qué no me has llamado? —le reclamó formando un mohín con sus labios rosados—. Papá me ha dicho que has estado demasiado ocupado surfeando las olas en México.

Ryan apretó la mandíbula y elevó el rostro para clavar su mirada acerada en el de Connor, que pareció algo nervioso tras la declaración de la pequeña.

—Cielo —dijo volviéndose hacia ella y dibujando una sonrisa divertida

con esfuerzo, porque lo que realmente le hubiera apetecido era decirle cuatro cosas al marido de su madre, que parecía no haber cambiado—, no es eso. He pasado por un mal momento y estaba muy triste, por eso no he llamado. Pero ya he vuelto —expresó esto último clavando nuevamente la mirada en el hombre que permanecía estático en el quicio de la puerta.

—Vamos, levántate —le instó la niña antes de tirar de su mano al interior de la vivienda—. Mamá está deseando estrujarte, es una pesada —añadió, logrando que Ryan se olvidara de Connor y su mal genio anterior.

—Karen, que no te escuche, o te quedarás sin chuches una semana.

La niña pareció meditar sobre sus palabras y se tapó la boca con la mano que tenía libre. Luego, antes de entrar en la cocina, le detuvo colocándole la mano en el estómago.

—No le vas a decir nada, ¿verdad? —preguntó preocupada.

—Por supuesto que no, enana —dijo él mientras revolvía su cabello castaño con los dedos—. Será nuestro secreto —concluyó guiñándole un ojo.

—¿Qué secreto? —preguntó Christa, que en aquel momento bajaba las escaleras para descubrir a su hijo mayor charlando con su hermana pequeña. Una emoción especial la embargó al ver la camaradería entre ambos.

—Ninguno —respondió Ryan mientras caminaba hasta su madre y la estrechaba entre sus brazos. No se había dado cuenta de lo que la extrañaba hasta ese momento. La abrazó fuertemente contra su pecho y aspiró el olor de su pelo con adoración—. Mamá, cuanto te he extrañado —confesó con voz débil.

Christa sintió un vuelco en el corazón, y toda la angustia vivida por su hijo durante meses se evaporó de golpe. Apoyó la mejilla en su pecho e inhaló su aroma, sintiendo que nuevamente se sentía completa.

—Y yo a ti, mi niño —dijo con voz cargada de emoción.

Una amplia sonrisa se dibujó en los labios de Ryan antes de replicar a

sus palabras con voz dulce.

—Mamá, ya no soy un niño —le reprochó como tantas otras veces a lo largo de los años.

—Para mí siempre lo serás —dijo Christa apartándose de su lado.

—¿Ya habéis acabado? —preguntó Karen, que permanecía a su lado esperando con los brazos cruzados—. Quiero enseñar a Ryan mi colección de cromos de béisbol.

—Sí, hemos acabado —respondió su madre, conteniendo la risa al descubrir la postura desafiante de la niña. Entre Lindsay y Karen, la pequeña era la más parecida a Ryan, y aún no sabía si eso le gustaba. La testarudez no era una virtud que le gustara demasiado porque podía traer demasiados problemas—. Ahora, ve a buscar a papá. Tenéis que ir a por el pan.

—¿Porqué?! —exclamó Karen, morruda.

—Porque lo digo yo y punto —Christa zanjó la cuestión y esperó a que la pequeña desapareciera por el pasillo para enfrentarse a Ryan—. Y ahora tú —dijo señalando su pecho con el dedo índice— me vas a contar qué pasó hace unos meses y por qué te marchaste sin dar ningún tipo de explicación.

—Mamá, soy un adulto, no puedes tratarme como a Karen —replicó Ryan, aunque lo que realmente se proponía era posponer aquella conversación a pesar de que era algo inevitable.

—Pues no te comportes como un crío, tienes treinta y tres años. Vamos, debes estar sediento, tengo cerveza fría en la nevera —añadió ella antes de girarse y caminar hacia la cocina.

Ryan se rascó la cabeza y la siguió sin titubear.

Al entrar en la habitación se percató de que había cambiado por completo, y no pudo evitar sentirse desilusionado. Eran muchos los momentos que había pasado junto a su hermana Lindsay y su madre en aquel lugar, y temía que los recuerdos se esfumaran junto a los viejos muebles de madera de

cedro.

—¿Te gusta la reforma? —preguntó su madre mientras le tendía una botella de cerveza junto a un vaso.

Ryan volvió a mirar a su alrededor y estudió los muebles de diseño que daban un aire más moderno al lugar. Luego cogió la botella y dejó el vaso sobre la encimera de granito, antes de abrir el tapón y dar el primer trago directamente de la botella, sin importarle la mirada reprobatoria que le dedicó su progenitora.

—No está mal —replicó. No quería ser descortés.

—Bueno, ahora cuéntame de una maldita vez donde has estado y por qué has desaparecido.

—Es una historia muy larga, mamá.

—Tenemos mucho tiempo —replicó Christa. No pensaba dejar que su hijo se fuera de rositas tan fácilmente.

Capítulo 3

Lindsay esperaba impaciente mientras Patrick, un antiguo compañero de clase de la universidad, revisaba los folios de la documentación que había impreso días antes. Tenía una teoría, pero necesitaba corroborar sus sospechas con la segunda opinión de un experto. Patrick Cox había sido el mejor alumno de su promoción y actualmente trabajaba para el gobierno, aunque realmente no sabía en qué. Eso era todo lo que sabía de su empleo, que parecía un secreto de estado.

—¿De verdad que no te suena la empresa *Lauper Repairs*? —indagó Patrick, ajustándose las gafas sobre su nariz.

En aquel momento estudiaba una de las facturas que había rescatado de la carpeta que reposaba sobre la mesa, y que Lindsay había abierto sobre la misma una hora antes, cuando se habían encontrado en una pequeña cafetería en Larimer Square.

—No, ya te he dicho que solo hay facturas de esa empresa desde hace aproximadamente dos años. Y eso no tendría nada de extraño si no fuera porque he estado indagando y las reparaciones que aparecen no se han realizado.

—Realmente todo esto es muy extraño —dijo Patrick elevando la mirada y clavándola en el rostro de Lindsay—. Me llevaré todo esto y lo investigaré —se ofreció amablemente—. Y ahora —dijo guardando todos los papeles en la carpeta y cerrándola— cuéntame dónde te has metido todos estos años. Apenas he sabido nada de tu vida. —«Aunque me hubiera encantado, siempre vi algo especial en ti», pensó, sin ser consciente de que una sonrisa adornaba sus labios.

—Bueno, no hay mucho que contar. Trabajo en el hotel Liberty desde hace varios años y sigo compartiendo piso con Hannah. Somos como siamesas —añadió con una sonrisa.

—¿Y en este tiempo no has salido con nadie? —preguntó interesado.

Lindsay sintió cómo sus mejillas se teñían de rubor.

—Hannah dice que estoy casada con mi trabajo —confesó.

—¿Y desde la universidad no has salido con nadie? —se reiteró Patrick, sorprendido. Lindsay era una de las mujeres más guapas e inteligentes que conocía.

—He tenido alguna que otra relación, pero no ha llegado a ninguna parte.

—¿Tan exigente eres? —indagó él con humor mientras cogía su taza con la intención de dar un sorbo a la misma.

Lindsay se tomó unos minutos para meditar la respuesta, mientras notaba su corazón acelerado en su pecho, pero justo cuando iba a responder el sonido de un móvil interrumpió su conversación, y Patrick rebuscó en el bolsillo interior de su chaqueta antes de levantarse para contestar a la llamada con cierta intimidad. Minutos después regresó a la mesa que compartían.

—Lo siento, pero tengo que irme —dijo Patrick mientras depositaba un billete para pagar las consumiciones—. ¿Quieres que te acerque a casa? —se ofreció.

—No, Patrick, muchas gracias, antes tengo que hacer unos recados —mintió ella mientras abandonaba su silla y se aproximaba a él para besar sus mejillas. No quería robarle más tiempo.

Patrick abrazó a Lindsay y prometió llamarla en unos días, antes de abandonar la cafetería y dirigirse con celeridad a su coche, aparcado a unos metros. Su superior no parecía estar de buen humor y no quería empeorar la situación llegando tarde.

Lindsay se ajustó la ligera chaqueta de lana roja que la cubría y en un acto reflejo elevó su muñeca y comprobó la hora que marcaban las manecillas del reloj. Su cita con Patrick se había alargado más de lo esperado y no había logrado encontrar un taxi, por lo que decidió dirigirse a la parada de tren de Broadway.

La calle estaba bien iluminada, pero demasiado solitaria para su gusto. Un escalofrío recorrió su espina dorsal y apuró el paso a pesar de los altos zapatos de tacón que había decidido ponerse aquella tarde, de lo que ahora se arrepentía. Finalmente y, a riesgo de parecer una perturbada andando descalza en plena ciudad si se encontraba con alguien, no dudó en quitarse los zapatos y coger los tacones de ambos entre los dedos de su mano derecha.

Solo deseaba llegar a casa, tumbarse en el sofá y descansar tras un día demasiado largo. Su cabeza era un torbellino de ideas que debía organizar si no quería volverse loca. Era el problema de tener una mente analítica, que cada mínimo detalle debía estar en su lugar, como si se tratara de un puzle que se debe organizar correctamente para que cada pieza encajara. Esa era la sensación que tenía Lindsay cada vez que tenía un problema pululando por su cabeza, como sucedía en aquel momento.

Se sintió agradecida cuando traspasó la puerta de la estación y aceleró el paso hasta llegar a la máquina expendedora de billetes. No sin cierto trabajo, rebuscó en su bolso el monedero, haciendo malabares con los zapatos y la carpeta que Patrick finalmente se había olvidado. Gracias a Dios tenía su correo electrónico, esa misma noche pensaba enviarle los archivos escaneados que había guardado previsoramente. Finalmente logró el ansiado ticket antes de dirigirse al andén.

Diez minutos después el tren aún no había llegado y Lindsay empezaba a desesperarse. La soledad del lugar, junto a los ruidos de la noche estaba

alterando sus nervios. Ahora se arrepentía de haberle dicho que no a Patrick cuando éste le había ofrecido llevarla a casa. «Eres una estúpida», se dijo antes de que unos pasos sobre el cemento del arcén llamaran su atención. Elevó la mirada y descubrió a un hombre que se aproximaba hacia ella. Sus ojos se abrieron ampliamente por la sorpresa.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó elevando una de sus cejas, confusa por el encuentro.

—Tenemos que hablar. Estás metiendo la nariz en un asunto que no te incumbe —fue la escueta respuesta del interlocutor.

El día había amanecido nublado, como el ánimo de Hannah. Notaba los ojos hinchados después de haber llorado durante toda la noche. Tenía la cabeza embotada y solo deseaba quedarse en la cama, pero sabía que debía sacar fuerzas de flaqueza.

Tras una larga y relajante ducha rebuscó en su armario un atuendo adecuado para el velatorio. Aún no podía creer que Lindsay hubiera muerto. Tenía la sensación de que de un momento a otro aparecería en su cuarto con aquella sonrisa pizpireta para avisarla de que el desayuno estaba preparado. Sabía que debía aceptarlo, que era una realidad intangible, pero una cosa era lo que su corazón gritaba, que quería a su amiga junto a ella, y otra cosa era lo que el destino había decidido.

Fiona entró en la habitación de su prima y se le encogió el corazón al ver la estampa que presentaba. Estaba inmóvil frente al armario, con la mirada perdida y la piel lívida. Su rostro estaba devastado y se podían adivinar las bolsas bajo sus ojos y el rictus de los labios. Se acercó hasta ella y, con delicadeza, pasó su brazo sobre sus hombros.

—Vamos, Hannah, tienes que arreglarte o llegaremos tarde —la advirtió.

La aludida pareció salir de sus oscuros pensamientos al percatarse de la presencia de su prima, que había pasado toda la noche junto a ella, ambas acurrucadas en el sofá del salón.

—No sé qué ponerme —dijo frustrada, mientras movía las perchas de forma frenética —, ya sabes que no me gusta el negro.

Fiona lo sabía bien, al igual que odiaba el traje chaqueta clásico de su uniforme de trabajo. Siempre intentaba dar color a su atuendo con algún complemento a pesar de la mirada ceñuda de su jefe. Aún así Fiona descubrió un traje chaqueta de color gris que colocó sobre la cama.

—Con este estarás bien.

—Fiona —la llamó con voz débil—, no se si seré capaz de enfrentarme a la madre de Lindsay —confesó con el labio tembloroso—. Esa mujer adoraba a su hija. Era tan joven... ¿Porqué ha tenido que suceder esto? —se preguntó, sin encontrar una respuesta.

Fiona sintió un nudo en la garganta y lo único que pudo hacer fue abrazar a su prima con intensidad. Hannah rompió a llorar sobre su hombro como si se tratara de una niña.

El velatorio se celebró a las afueras de la ciudad. El cuerpo de Lindsay sería incinerado como era su voluntad y entregado a su madre para volver a su pueblo natal. Fiona se había encargado de organizarlo todo y Hannah se lo agradecía, porque ella no hubiera sido capaz.

Al llegar al edificio, Hannah descubrió que muchos de los amigos de Lindsay ya estaban allí, pero el peor momento llegó cuando la madre de su amiga se dejó caer en sus brazos cuando la vio entrar en la sala. Ambas rompieron en un llanto incontrolable que hizo que el resto de personas que las

rodeaban tuvieran que contener las lágrimas.

Una hora después, Hannah necesitaba aire fresco porque apenas podía respirar. Salió al exterior y se sentó en uno de los bancos de piedra que daban a un pequeño jardín, dejándose llevar por la serenidad que se respiraba en el lugar. Dejó vagar su mirada por el campo de un verde intenso que tenía frente a sí y pensó en el valor de la vida, a lo que apenas se le prestaba atención, perdido en las banalidades de la misma.

El rugido de una moto rompió el silencio y, al girar su cabeza, descubrió que aparcaba junto a la entrada. El propietario era un hombre alto y fornido. Iba vestido de tonos oscuros y su rostro iba oculto bajo un casco. Se quedó unos minutos de pie, observando las puertas acristaladas de entrada, como si temiera franquearlas. Finalmente se quitó el casco y Hannah descubrió su pelo oscuro, sus facciones duras y unos ojos azules de color intenso.

Resignada, abandonó el banco y se acercó hasta él.

—Hola, Ryan—le saludó, no le pareció oportuno desearle los buenos días—. ¿Al final has venido? —preguntó. No era un reproche.

Ryan observó a la joven que tenía frente a sí durante unos instantes. A pesar de que su pregunta le había herido, recompuso su gesto antes de responder.

—Había tráfico —mintió, para no confesarle que le había costado un mundo recabar el coraje necesario para enfrentarse al cuerpo inerte de su hermana.

Hannah pudo ver la expresión de dolor que atravesó su rostro, y se arrepintió de sus bruscas palabras. Ella no era nadie para afear su comportamiento. Por mucho que le doliera la muerte de su mejor amiga, no podía ni imaginar lo que tenía que suponer perder a una hermana.

—Lo siento, no tengo ningún derecho —musitó Hannah a media voz.

—Quizás más que yo —replicó Ryan con sinceridad.

Hannah se quedó asombrada con su réplica y le observó fijamente.

Ryan permaneció unos minutos en silencio y dirigió su mirada hacia la puerta del edificio. Sabía que debía entrar y encontrarse con su madre. Su deber era consolarla antes de que se derrumbara, pero no encontraba las fuerzas. Siempre se había considerado un hombre duro, así había sido desde que su padre muriera tras una larga enfermedad, cuando él apenas tenía dieciocho años. Desde entonces se proclamó el cabeza de familia y había cuidado de su madre y de su hermana mediana hasta la llegada de Connor. No podía creer que ella estuviera muerta. Una culpabilidad absurda le perseguía desde que le habían informado de la trágica noticia.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Hannah preocupada, incapaz de permanecer por más tiempo en silencio.

—Sí, por supuesto —replicó dibujando una triste sonrisa en los labios—. Perdona, solo estaba intentando coger fuerzas antes de entrar —confesó, a riesgo de mostrarse vulnerable frente a Hannah.

—No estás solo —dijo ella tomando su mano, un gesto que sorprendió a Ryan—. ¿Estás preparado?

—No estoy del todo seguro —replicó Ryan con sinceridad.

—Pero tu madre te necesita —dijo Hannah sabiamente.

Ryan asintió, sabiendo que Hannah tenía razón. Suspiró con pesar y cuadró los hombros antes de entrar cogido de la mano de la mujer que siempre había estado en su corazón y que dejó atrás. Sorprendentemente, ahora era ella quien se erigía como la roca a la que aferrarse.

Hannah, por su parte, no pudo evitar sentir lástima por él, a pesar de las heridas de un pasado lejano.

A Ryan no le costó localizar a su madre en la amplia sala atestada de personas. Para su sorpresa, descubrió que se encontraba arropada por una

joven pelirroja. Su madre tenía la cabeza sobre el hombro de la mujer y sollozaba sonoramente. Con pesar, suspiró y soltó la mano de Hannah antes de acuclillarse frente a ella y colocar los dedos sobre su rodilla antes de hablar.

—Mamá, ya estoy aquí —dijo con voz apagada.

Christa apartó su cabeza del hombro de Fiona y clavó la mirada en el rostro de su hijo. De nuevo, las lágrimas anegaron sus ojos.

—Ryan —pronunció con voz temblorosa antes de aferrarse a su hijo—. Nos ha dejado —murmuró—, Lindsay nos ha dejado.

Ryan tragó el nudo que atenazaba su garganta y estrechó el frágil cuerpo de su madre entre los brazos. Cerró los ojos y apoyó el rostro sobre su cabeza, tan destrozado como ella. Durante interminables minutos permanecieron así, brindándose el apoyo que ambos parecían necesitar. Finalmente, fue Ryan quien cortó el contacto y se separó ligeramente de su madre para expresar la pregunta que quemaba en sus labios.

—¿Y Connor? —indagó mientras oteaba la sala.

—No ha venido —replicó su madre—, y no es lo que piensas, preferí que se quedara en casa con Karen, este no es lugar para una niña.

Ryan notó cómo su mandíbula se tensaba, y hubiera preferido decir lo que pensaba, pero no quería que su madre se disgustara más de la cuenta.

—¿Cómo está Karen? —preguntó con tiento, temiendo sus palabras.

—No ha sido fácil explicarle lo sucedido, y no estoy segura del todo de que lo haya entendido. Aún es demasiado joven para comprender ciertas cosas... —concluyó, conteniendo un nuevo sollozo, y agradeció cuando Ryan volvió a acunarla entre sus brazos.

Hannah, testigo mudo de la situación, dejó caer libremente las lágrimas por sus mejillas e, incómoda, se apartó. No quería interferir en un momento tan íntimo. Con paso lento se alejó para acabar junto a la foto de una Lindsay

sonriente y llena de vida que presidía la sala, rodeada de ramos de flores.

Capítulo 4

San Antonio, Texas.

Un mes después.

Hacía apenas unas semanas que Ryan se había incorporado al servicio. No había sido fácil convencer al capitán Müller de que le dejara regresar, y no por el asunto del incendio donde su esposa y uno de sus compañeros perecieron un año antes. Era más bien por el estado anímico de Ryan tras la muerte de su hermana.

Cuando había llegado el aviso, una hora antes había notado la adrenalina recorrer sus venas y aquella extraña sensación de excitación que siempre le asolaba ante su inminente encuentro con el peligro. Como en casi todos los incendios donde había participado, el humo que le rodeaba era denso y apenas había visibilidad. Había salido del edificio en tres ocasiones y había logrado rescatar a tres personas, pero según una de ellas, aún quedaban dos en el interior.

La primera planta de oficinas estaba ardiendo como una hoja de papel. Miró a un lado y a otro, y no encontró señales de que aún hubiera gente en el interior. Gritó con la intención de alertar a las víctimas de las que le habían hablado, pero no recibió respuesta. Estaba a punto de salir cuando parte de una de las paredes que delimitaban los despachos cayó con gran estruendo. Su compañero se abalanzó sobre él y ambos acabaron en el suelo, pero a salvo. Ryan tardó varios segundos en recuperarse.

—¿Qué coño te pasa? —le preguntó Clark con enfado mientras le tendía la mano para ayudarlo a levantarse.

—Nada —replicó molesto, mientras ambos se dirigían a las escaleras para abandonar el edificio.

—Desde lo de tu hermana no eres el mismo, ponte las pilas de una puta vez, esto no es un juego—le espetó su amigo, ceñudo.

Ryan se giró y clavó la mirada en el rostro de Clark, furibundo por su comentario. Si no fuera porque era su mejor amigo le habría mandado a la mierda. Y, a pesar de su enfado, sabía que tenía razón. Desde la trágica muerte de Lindsay no era el mismo y la concentración que se requería para su trabajo era inexistente.

—Nos encargamos ahora nosotros —anunciaron dos de sus compañeros, que entraron nuevamente al edificio en busca de las dos personas que faltaban—. Ha dicho el jefe que os reunáis con el equipo.

—Claro, Tom —Clark respondió por los dos.

—Lo siento, tío —se disculpó Ryan mientras caminaban hacia el camión para agruparse con el resto de la patrulla—, tienes razón.

Clark observó sus hombros caídos y, con la intención de animarle, palpó su hombro antes de hablar.

—¿Por qué no coges unas vacaciones? —le aconsejó con cautela.

Ryan giró levemente su rostro para mirar a su amigo.

—No puedo.

—¿Porqué? —le cuestionó.

—Clark, acabo de incorporarme —replicó frustrado.

—Por eso no hay problema, sabes perfectamente que Müller lo entenderá.

—Aunque así fuera, no puedo quedarme en casa, me subiría por las paredes —confesó Ryan mientras se frotaba la frente.

—Pues ve a visitar a tu madre —propuso Clark.

—¡Oh, no, eso sería aún peor! No soporto a ese Connor.

—Pues vete a algún lugar donde puedas desconectar.

—Pero...

—Sabes que tarde o temprano Müller se va a dar cuenta de que no estás al cien por cien. Date un respiro antes de que sea demasiado tarde —le sugirió.

Ryan sabía que tenía razón. Para su trabajo, además de la preparación física, se necesitaba estar bien mentalmente, y él no lo estaba. Tenía que tomar una decisión y pronto, porque con su comportamiento estaba poniendo en peligro además de su vida, la de sus compañeros.

—Dame un par de días —fue su escueta respuesta antes de subir al camión.

A pesar de que el incendio se había producido en pleno centro de la ciudad, tardaron pocos minutos en regresar al parque de bomberos, donde aún permanecía la otra cuadrilla. No era mala noticia, porque eso quería decir que no había habido ninguna emergencia en el tiempo que ellos habían pasado fuera.

Bajó del vehículo de un salto y se dirigió a la zona donde se guardaba el material de protección, cuando una voz a su espalda le sobresaltó.

—¡Fitzpatrick! —tronó la voz de Smith desde el pasillo.

El aludido se quitó los guantes y el casco dejándolos en su lugar antes de girarse para enfrentarse a su compañero, que llegó a su lado en aquel momento.

—¿Qué pasa? —preguntó con desgana. Estaba demasiado cansado como para lidiar con Smith, el bromista del grupo.

—Tu madre te ha llamado tres veces —le informó.

Ryan suspiró con fatiga mientras se deshacía de la pesada chaqueta que le había protegido de las llamas. Tras un largo turno y una noche complicada, lo que menos le apetecía era hablar con su madre. La adoraba, y siempre sería

así, pero tras la muerte de su hermana se había vuelto una paranoica y estaba empeñada en convencerle para que dejara su carrera de bombero. Y él lo entendía. La desaparición de Lindsay había sido un duro golpe para todos, pero eso no quería decir que la vida se hubiera detenido por ello.

—Gracias, Smith, me doy una ducha y la llamo. Gracias.

—A mandar, amigo —replicó su compañero con una sonrisa.

Ryan asintió y terminó de quitarse el uniforme antes de poder dirigirse a los vestuarios para darse una merecida ducha. Sus músculos agradecieron el potente chorro de agua hirviendo que, en parte, alivió su tensión. El agua que se escurría por su cuerpo tenía un color oscuro debido al hollín, y solo salió de la ducha cuando ésta surgió cristalina. Con una toalla enroscada a su cadera se dirigió al cuarto de literas, hacia la zona de los armarios donde guardaban sus pertenencias para vestirse de calle. Había acabado su turno después de tres días.

Solo cuando estuvo fuera del parque de bomberos se molestó en sacar el móvil del bolsillo trasero del pantalón y comprobar que tenía más de quince llamadas perdidas de su madre. Buscó en la agenda y apretó el botón de llamada, a pesar de que apenas había despuntado el alba, y esperó la respuesta al otro lado de la línea, que no tardó en recibir.

—¡Hijo! —exclamó su madre—. Me tenías muy preocupada.

—Mamá, ya te dije que tenía turno —le explicó con paciencia—, no es la primera vez que me llamas en medio de un incendio.

—¡Un incendio! —repitió Christa con la mano en el pecho, asustada.

—Sí, mamá, ese es mi trabajo desde hace ocho años y lo sabes.

—Ryan, por favor... —le suplicó, como cada vez que hablaban últimamente, pero la voz de su hijo cortó su manido discurso.

—Por favor, déjalo, no quiero discutir. ¿Por qué me llamabas?

Christa apretó los dientes, molesta por la actitud de su hijo, pero

tampoco quería que él se apartara de su lado. Sabía que su reacción era exagerada pero no podía evitarlo.

—Me llamó ayer la compañera de piso de Lindsay para decirme que ya tenía organizadas sus cosas y que podía ir a recogerlas. ¿Me harías el favor de ir tú?

Ryan sintió de nuevo aquel dolor en el pecho al escuchar el nombre de su hermana, y hubiera querido negarse a lo que su madre que le pedía. Pero en su interior, sabía que no podía.

—¿Irás? —preguntó la voz de su madre al otro lado de la línea.

No estaba seguro de querer ver nuevamente a Hannah. Y, a pesar de todo, no quería que su madre pasara por aquel último mal trago si él podía evitarlo.

—Claro, mamá, no te preocupes, yo me hago cargo.

—Gracias, mi niño. Y por favor, ven a vernos en cuanto puedas. Karen pregunta por ti cada día, te extrañamos.

—Mañana sin falta voy a recoger esas cajas —dijo para no tener que nombrar lo que contenían: los efectos personales de su hermana—, y el fin de semana voy a casa a comer con vosotras —prometió, a pesar de que no quería cruzarse con Connor.

—Necesito uno de tus abrazos —confesó Christa sin poder contenerse.

—Y yo —reconoció Ryan con un nudo en la garganta—. Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, mi niño.

Dallas.

Hannah abrió el último cajón de la cómoda y descubrió un jersey rosado de tejido suave que, instintivamente, se llevó a la nariz para aspirar el olor a lavanda que aún permanecía en la prenda. Cerró los ojos y luchó contra la necesidad de llorar que atenazaba su garganta. Soltó un largo suspiro y continuó con la tarea de agrupar la ropa que quedaba por guardar en una de las cajas de embalaje. Tras precintarla, estiró el cuerpo y recolocó cada vertebra de su columna vertebral. Su mirada se perdió en las paredes, ahora desnudas sin las fotografías de los lugares que había visitado junto a Lindsay en sus múltiples viajes, y descubrió que parecían inertes sin ellas.

Había conocido a Lindsay el primer año de universidad y desde el primer momento conectaron. Finalmente, acabaron viviendo juntas y desde entonces no se separaron, convirtiéndose en hermanas aunque la sangre no las uniera. Luego empezaron a trabajar en el hotel Liberty, ella como recepcionista y Lindsay como contable, y añadieron a la lista de adjetivos que las ligaba el de compañeras de trabajo.

Hacía semanas que ella ya no estaba, pero el dolor que Hannah sentía en su pecho no había menguado ni un ápice. Su mente no era capaz de asimilar una realidad que pesaba demasiado sobre sus hombros, como una losa de hormigón armado. «Lindsay no volverá, está muerta», se repitió, intentando asimilar lo que su corazón se negaba a aceptar.

Frustrada, apiló la última caja marrón en un rincón y salió del dormitorio de su amiga, como si cerrando aquella puerta pudiera dejar tras ella el dolor. Con paso lento se acercó hasta la cocina y, con gestos mecánicos, comenzó a cargar la cafetera eléctrica esperando que el espumoso brebaje elevara su ánimo. Bebió el último trago de la taza y sacudió la cabeza resueltamente. Decidió ponerse en marcha o llegaría tarde al trabajo.

Estaba poniéndose los zapatos cuando el sonido del timbre la sobresaltó. Con celeridad fue hasta la puerta, que abrió con ímpetu, molesta

por una visita inesperada en el peor momento.

Cual no fue su sorpresa al encontrarse frente a Ryan Fitzpatrick. De todas las personas que hubiera podido imaginar llamando a su puerta, nunca hubiera esperado que se tratara de él.

—¿Ryan? —balbuceó, sorprendida.

—Buenos días —saludó el aludido antes de observar el atuendo de la joven. Ahora se daba cuenta de su inoportuna visita, seguramente Hannah estaba a punto de ir a trabajar. Sus horarios tan dispares no se solían adaptar a los del resto del mundo.

—Buenos días —contestó Hannah, confusa—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Perdona por las horas —se disculpó Ryan, incómodo—. Me llamó mi madre y me dijo que las cosas de Lindsay estaban empaquetadas, y me pidió que viniera a recogerlas —manifestó mientras se rascaba la cabeza—. Pero si quieres puedo volver en otro momento —dijo por compromiso, aunque había conducido durante cuatro horas desde San Antonio.

—Claro, por favor, pasa —le invitó, sintiéndose estúpida por haber olvidado las mínimas normas de educación.

—Gracias —respondió Ryan, agradecido, internándose en el pequeño apartamento en el que su hermana había vivido en los últimos tiempos.

—¿Quieres un café? —preguntó Hannah con amabilidad.

—No, gracias, no quiero robarte tiempo —replicó Ryan incómodamente.

—Claro —aceptó la joven. Se sentía nerviosa, y no solo porque sabía que iba a llegar tarde a trabajar, si no por la presencia de Ryan en su casa. «¿Qué demonios te pasa?», se preguntó a sí misma antes de tomar las riendas de la situación, como era su costumbre—. Las cajas están en el dormitorio —prosiguió mientras le indicaba con un gesto de mano que la siguiera.

Ryan era consciente del nerviosismo de la joven, pero no dudo en seguirla por el estrecho pasillo hasta llegar a una puerta cerrada. Hannah se

quedó quieta frente a la misma y tardó unos segundos en elevar su mano para colocarla en el pomo. Él podía ver la tensión de su espalda, y fue entonces cuando comprendió lo duro que era para ella aquella situación.

Hannah abrió la puerta y notó cómo sus ojos volvían a humedecerse cuando el característico olor a lavanda de Lindsay invadió sus fosas nasales. Recordó con nostalgia cuando su amiga le contó el por qué utilizaba siempre esa colonia suave. Cuando era niña le encantaba ir a correr a una pradera repleta de lavanda que había cerca de la casa de su madre. Según Lindsay, ese olor le hacía sentir como en casa. Aquel recuerdo dolía, y con los ojos cerrados y sin poder contenerlo, un sollozo escapó de sus labios.

Ryan permaneció a su espalda, en silencio, sin apenas atreverse a respirar. El olor de su hermana invadía toda la estancia y nuevamente su corazón se sintió oprimido por el dolor. Se perdió en el recuerdo de una pequeña de cabello oscuro y ojos azules resplandecientes que le seguía a todas partes. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para tragar el nudo que se había formado en su garganta, y decidió centrarse en lo que había ido a hacer: recoger las cajas que estaban situadas en una esquina de la habitación. Estaba a punto de atrapar la primera de la pila, cuando escuchó el fuerte sollozo rompiendo el silencio que los rodeaba. Dejó la acción a medias y se aproximó a Hannah, cuyo cuerpo ya temblaba como una hoja. Sin saber cómo ni por qué, en pocos segundos la tuvo entre sus brazos y la estrechó contra su pecho.

—Shhh, tranquila —susurró Ryan mientras acariciaba su espalda, intentando consolarla con el gesto.

Hannah no sabía por qué se había dejado llevar por aquel abrazo consolador, pero lo hizo a pesar de que el hombre que le ofrecía su hombro era Ryan, el mismo que años antes rompió sus ilusiones. Sin pretenderlo, se dejó hacer, aspiró su aroma masculino y eso disipó en parte el dolor por Lindsay. Sintió un escalofrío recorrer su cuerpo al escuchar la voz profunda

cerca de su oído.

—A Lindsay no le gustaría que lloraras —dijo Ryan, intentando que Hannah se tranquilizara.

—Lo sé —respondió a sus palabras—, pero aún no puedo creer que esté... —no era capaz de pronunciar aquella palabra en voz alta.

—Yo tampoco puedo creerlo, pero ella no querría que nos regodeáramos en el dolor. Desearía que siguiéramos adelante con nuestras vidas.

Hannah quería decir que sí, que aquello era posible, pero no podía. Su respuesta fue un nuevo sollozo y hundir el rostro contra su pecho.

Ryan notó la humedad en su camisa y, nuevamente, un nudo en la garganta le impidió hablar. Lo único que pudo hacer fue aferrarla más fuerte contra su pecho y compartir el dolor que desgarraba a ambos.

Permanecieron así durante largos minutos, reconfortándose mutuamente, pero todo eso cambió cuando Ryan se percató de la suavidad de su pelo, que había comenzado a acariciar inconscientemente, y del olor afrutado de su cabello, que penetró en sus fosas nasales. La sangre comenzó a bombear en sus venas y una sensación demasiado conocida, la de la excitación, se apoderó de su cuerpo. Sorprendido y molesto consigo mismo, se apartó para que Hannah no advirtiera su turbación y habló.

—Será mejor que acabe con esto —dijo en alusión a las cajas olvidadas—. Supongo que tú tendrás planes.

Hannah sintió un ligero escalofrío cuando él la apartó de su calor. Por unos minutos se había olvidado del mundo que la rodeaba y de sus obligaciones, pero Ryan tenía razón, tenía que darse prisa si no quería llegar tarde al trabajo.

—Claro, te ayudaré —se ofreció, obligando a su cuerpo a moverse—. ¿Has aparcado cerca? —preguntó curiosa mientras ya aferraba una de las

cajas entre sus manos.

—En la puerta —replicó Ryan, algo más recuperado.

Capítulo 5

Ryan accionó la intermitencia y se desvió por una calle lateral del pequeño pueblo de Frederick, a hora y media de San Antonio. No tardó en llegar a la casa de su madre y aparcó frente a la puerta del garaje. Sabía que tenía que bajar y descargar la docena de cajas que transportaba en el maletero y en los asientos traseros, pero no se encontraba con fuerzas para volver a tocar aquellas cajas que aún olían a su hermana.

—¡Por fin has llegado! —le sobresaltó una voz, y al girar la cabeza descubrió el rostro de Karen al otro lado de la ventanilla. Tuvo que apretar la mandíbula y contener la humedad de sus ojos al ver su mirada azul, igual a la suya, que estaba velada por un halo de tristeza.

—Claro, pequeñaja, se lo prometí a mamá —respondió mientras abría la puerta y salía para abrazar a la pequeña, que se tiró en sus brazos.

—¿Porqué no has venido antes? —le reprochó, apartándose de su cuerpo y clavando la mirada en su rostro con intensidad.

—No he podido —mintió.

—Eres un cobarde —espetó Karen con rabia, sorprendiendo a Ryan, quien no esperaba su reacción. Intentó aferrar su brazo, detenerla para darle una explicación, pero fue una misión imposible.

—Déjala, está muy dolida. Es demasiado joven para entender ciertas cosas —dijo la voz de su madre a su espalda.

Al girarse, Ryan descubrió una mujer muy diferente a la que conocía. Su madre permanecía en el quicio de la puerta. Estaba más delgada que nunca y se abrazaba a sí misma como si tuviera frío, a pesar de estar en pleno verano. Su rostro estaba demacrado y unas vistosas ojeras adornaban sus ojos. Llegó al porche en dos zancadas y la estrechó entre sus brazos, notando su fragilidad.

—Siento no haber venido antes. No voy a mentir, no he tenido fuerzas. Este lugar —dijo separando a su progenitora de su cuerpo y señalando a su alrededor— me recuerda demasiado a ella.

Christa tragó el nudo que se había formado en su garganta y elevó la mano para acariciar la mejilla de su hijo, que estaba rasposa gracias a la barba de varios días. Él pareció agradecer la caricia porque atrapó su mano entre los dedos. Le hubiera gustado calmar su dolor, decir las palabras correctas, pero no era capaz porque se sentía devastada, incapaz de asumir la pérdida de Lindsay.

—Lo comprendo, para nosotros también está siendo difícil, pero tenemos que intentarlo. No está siendo fácil mostrarme fuerte frente a Karen, pero no tenemos más remedio. Espero que este dolor se aplaque con el paso del tiempo.

Ryan abrazó nuevamente a su madre y le ofreció el consuelo que parecía necesitar. Cuando murió su padre juró que cuidaría de ella y de Lindsay, pero parecía que había sido incapaz de cumplir su promesa.

—Yo también lo espero, pero nunca me podré perdonar no haber hablado con ella durante meses. Me llamó una decena de veces desde que regresé, pero lo fui posponiendo y ahora no está —se sinceró, dejando finalmente que las lágrimas rodaran por sus mejillas.

—No, Ryan, no te mortifiques, tú no tienes culpa de nada —dijo su madre apartándose de su abrazo y clavando su mirada en su rostro—. Lindsay te adoraba y a pesar de tu huida y hermetismo, no estaba enfadada contigo. Te veneraba y admiraba, creo que buscaba en cada hombre con el que salía a alguien mínimamente parecido a ti —comentó con una leve sonrisa—, pero pusiste el listón muy alto.

—¡Oh, vamos, mamá! Los dos sabemos lo desastroso que soy.

—No tanto, mi amor, no tanto. Tu problema es que no aceptas tus

virtudes —dijo intentando por enésima vez que su hijo se quisiera más de lo que lo hacía—. Y ahora lo mejor es que acabemos de una vez por todas con esto —dijo señalando el coche cargado con cajas marrones—. ¿Has alquilado ese coche? —preguntó con curiosidad.

—No, me lo ha prestado Clark —replicó Ryan mientras se dirigía al mismo, seguido por su madre.

—Siempre me ha gustado ese chico, me alegro de que sea amigo tuyo. Estoy segura que gracias a él te has metido en menos líos de los que solías protagonizar cuando eras un adolescente.

—¡Mamá, no empieces! —protestó Ryan antes de abrir la puerta del vehículo.

—Y a ver si encuentras una buena chica como él —prosiguió Christa ignorando sus palabras.

Hannah había tenido un día de perros. Desde hacía semanas, Murphy vigilaba su trabajo como un halcón en busca de cualquier excusa para reprenderla. Lo último había sido la anulación de una habitación. Kimberly, que no sabía nada, había dicho a un cliente que estaban completos, y Murphy, al descubrir que había una habitación libre que no había sido aprovechada, se despachó a gusto con Hannah. Siempre le había gustado su trabajo, pero en los últimos tiempos ir al hotel Liberty se estaba convirtiendo en un verdadero infierno.

Al llegar a casa, su depresión aumentó al descubrir que la pequeña minina de Fiona había vuelto a liarla. En medio del salón se encontraba un cojín destripado que había tenido la mala suerte de cruzarse en el camino de Maggie, por no hablar del comedero, que estaba volcado en el suelo de la cocina. Suspiró audiblemente y se bajó de los tacones que siempre la

acompañaban. Cogió los restos del cojín y los tiró a la basura, para luego barrer las galletas del animal. Después se dirigió al baño y se desvistió con celeridad, deseando una ducha relajante. Aunque lo que más necesitaba en el mundo era acostarse en su cama y caer en un plácido y reparador sueño tras horas de duro trabajo.

El agua caliente recorriendo su pie la ayudó a aliviar la tensión de sus músculos. Se secó levemente el pelo y se puso un camisón ligero antes de caer sobre el colchón, donde no tardó en quedarse dormida.

De nuevo aquel mal sueño la atrapó, llevándola a aquella fatídica noche en la que Lindsay murió. Reproducía lo que le habían contado de su fallecimiento, como si ella estuviera allí, viendo su cuerpo ensangrentado, mutilado...

—¡Hannah, despierta! —tronó la voz de Fiona a su lado mientras zarandeaba su cuerpo con insistencia.

—¿Fiona? —preguntó ella, confusa mientras se frotaba los ojos—. ¿Qué pasa?

—No lo sé, acabo de llegar, escuché tus gritos y cuando entré en la habitación te vi moverte sobre la cama con angustia. ¿Estás bien? —preguntó preocupada, clavando la mirada en el rostro sudoroso de su prima.

Hannah cerró los ojos y se frotó la frente con los dedos.

—Creo que sí, solo ha sido una pesadilla.

—¿Quieres tomar algo? —ofreció Fiona dispuesta.

—Sí, me tomaré un vaso de leche, ahora voy a la cocina —dijo. Su prima asintió y salió del dormitorio dejándola sola, cosa que Hannah agradeció porque necesitaba recomponerse.

Cuando llegó a la cocina, Fiona buscó en la nevera algo que comer, y se sintió deprimida al encontrarla casi vacía. «Lindsay era la que se encargaba siempre de la compra», recordó, obligando a sus párpados a moverse para

disipar las lágrimas que amenazaban con inundarle los ojos. «Tienes que ser fuerte», se recordó, ya que su prima lo estaba pasando fatal y no tenía a nadie más.

—En la balda de abajo hay un poco de comida china de ayer —le informó Hannah, sobresaltándola mientras se sentaba sobre uno de los taburetes altos junto a la isla de la cocina.

Minutos después, ambas estaban sentadas la una junto a la otra. Fiona degustaba unos fideos con gambas mientras Hannah bebía de una taza la leche tibia a pequeños sorbos. Se mantenían en un silencio cómodo hasta que Fiona lo rompió.

—He hablado con el *ogro* esta mañana —dijo en alusión a su jefe— y he conseguido que me dé los días libres que me debía —declaró antes de insertar el tenedor en la masa de fideos—. Ahora ya es seguro, el sábado estaremos en casa.

Hannah frunció el ceño, desconcertada por sus palabras. «¿El sábado?», se preguntó confusa mientras desviaba la mirada y la clavaba sobre el calendario que colgaba de la puerta de la nevera. «Mierda», sentenció al ver la fecha resaltada con un llamativo amarillo fosforito. Era el cumpleaños de su abuela, nada menos que noventa años, y había prometido asistir. Incluso había logrado que Murphy le diera unos días libres para ir a la celebración, pero estaba demasiado deprimida y no quería estropear el cumpleaños de Nana.

—Fiona, no voy a ir —afirmó tajante. No tenía sentido retrasar lo inevitable y, cogiendo aire, confesó de corrido lo que la atormentaba—. No tengo ánimos y no quiero aguar la fiesta a la familia.

Fiona frunció el ceño y a punto estuvo de fulminarla con la mirada, pero cuando la clavó en el rostro de su prima se lo pensó mejor. Estaba claro que Hannah no se encontraba en su mejor momento y tampoco quería obligarla a hacer algo que no le apetecía.

—Está bien —aceptó finalmente—, y por la abuela no te preocupes, ya me inventaré algo. ¿Qué te parece si le digo que te has fugado con un magnate griego? ¿Qué crees que diría? —comenzó con humor, logrando lo que pretendía, que Hannah se olvidara de su estado anímico anterior.

—Pues conociéndola me diría que se lo presentara y luego le convencería de que ella era mejor partido que yo —replicó Hannah antes de que las dos rieran al imaginar la escena.

Aquel viernes Fiona salió pronto del trabajo gracias a que Hannah le había cambiado el turno. De este modo pudo coger un autobús aquella misma tarde para acudir a la celebración familiar. Drew se había ofrecido a llevarla en coche a la estación y, a pesar de que sabía que durante el trayecto tendría que aguantar un interrogatorio sobre Kimberly, aceptó. No le apetecía recorrer media ciudad en transporte público cargada con el regalo de la abuela.

A la hora acordada, Fiona esperaba en la acera junto al edificio de apartamentos donde vivía. Cuando vio llegar un coche rojo reluciente y con el sonido de la música a todo volumen, supo que se trataba de Drew. Éste frenó en seco a su lado y salió del vehículo con soltura.

—¿Te gusta mi coche nuevo? —le preguntó mientras abría el maletero y metía la maleta de Fiona en su interior.

—Es precioso —respondió Fiona sin demasiado interés.

—¿Lo meto también? —preguntó Drew observando la caja que Fiona portaba en sus manos.

—No, gracias, es algo delicado y no quiero que se rompa —dijo Fiona con una sonrisa.

—Pues entonces vamos —indicó Drew abriendo la puerta del acompañante para que ella entrara.

Durante unos minutos permanecieron en silencio, disfrutando de la

música que salía de los altavoces. Drew tamborileaba con los dedos sobre el volante mientras esperaba a que el semáforo cambiara a verde para seguir con su camino.

—¿Cómo lo lleva Hannah? —preguntó Drew, sobresaltando a Fiona, que estaba perdida en sus pensamientos.

—¿El qué? —preguntó confusa.

—Lo de Lindsay.

Fiona crispó los dedos sobre la correa de su bolso antes de contestar.

—La extraña mucho —confesó con tristeza.

Y ella también lo hacía. Fueron muchos los momentos vividos junto a Lindsay y su prima, que se habían convertido en un trío de amigas que disfrutaban del tiempo libre juntas.

—Ha sido una tragedia —continuó Drew mientras accionaba la intermitencia para girar a la derecha—. Me quede impresionado cuando conocí la noticia. Era tan activa, tan jovial... ¿Cómo un accidente tan estúpido puede truncar una vida?

Fiona pensaba lo mismo. Había sido un *shock* descubrir lo que había sucedido aquel fatídico día. Lindsay era la mujer más organizada y puntual que conocía, pero aquel día llegaba tarde a una cita importante. Al parecer corría por el andén del metro cuando dio un traspié y cayó a las vías, dañándose un pie. Era una hora tardía, por lo que no había nadie en aquel momento para socorrerla, y la mala fortuna quiso que en ese instante el tren entrara en la estación. Cerró los ojos e intentó evitar las imágenes que se habían formado en su cabeza un centenar de veces, y que eran de lo más dantescas.

—Drew, no quiero hablar de eso —indicó tajantemente.

El aludido clavó la mirada en el espejo retrovisor y estudió el rostro ceniciento de su acompañante, arrepentido al instante de las palabras expresadas.

—Lo siento, Fiona, soy un estúpido. ¿Y cómo le fue el otro día a Kim con “San John”? —preguntó, cambiando drásticamente de tema.

Fiona lo agradeció y giró su rostro para contemplar el perfil masculino.

—Veo que tienes mucho interés. ¿No será que le tienes envidia?

—No digas tonterías, si quisiera algo de ella la tendría ya comiendo de la palma de mi mano.

—Sí, claro, señor seductor —replicó Fiona con humor mientras divisaba el histórico edificio de la estación de autobuses.

Fiona se aseguró de que el regalo de su abuela estuviera bien situado en el maletero superior del autobús y luego ocupó el lugar que indicaba su billete. El asiento era cómodo, y situado en el lado de la ventana, cosa que Fiona agradeció. Rebuscó en su bolso y finalmente dio con una revista que comenzó a ojear con la esperanza de que los nervios que anidaban en su estómago desaparecieran ante su inminente regreso a Greem Village.

Capítulo 6

Como suponía Hannah, levantarse al lunes siguiente, tras un tranquilo fin de semana hibernando en el sofá, fue un verdadero suplicio. Desayunó precipitadamente y cuando dejó la taza en la pila, su mirada se clavó en el reloj con forma de pez de la cocina, soltando una maldición. Con prisas, terminó de colocarse la americana y los zapatos negros y rescató su bolso del perchero para salir corriendo por la puerta. No podía permitirse llegar tarde otra vez si no quería una nueva reprimenda por parte del señor Murphy.

Cuarenta y cinco minutos después se encontraba frente a la puerta trasera del hotel Liberty y, por los pelos, logró meter la tarjeta magnética en la máquina electrónica para fichar su entrada en el edificio.

—Salvada por un segundo —dijo una voz a su espalda.

Al girarse, Hannah descubrió a Drew, que permanecía apoyado contra la pared en actitud despreocupada. Era un hombre atractivo y cuando sus labios formaban una sonrisa traviesa, como la que mostraba en aquel momento, dejaba sin aliento a la mitad de las féminas del hotel.

—Drew, no tengo tiempo para tonterías —replicó Hannah mientras abría su taquilla y metía sus pertenencias en el interior.

—Tranquila, Murphy aún no ha llegado, está en una reunión —le informó haciendo alusión a su jefe directo.

Hannah se relajó e incluso le dedicó una sonrisa mientras se colocaba la chapa con su nombre sobre la camisa blanca del uniforme.

—Aún así tengo que hacerle el relevo a Kimberly.

—¿No tienes tiempo para un café con un viejo amigo? —replicó Drew, mostrando una expresión suplicante que no le pegaba nada.

—Otra vez será —mintió Hannah mientras se dirigía a la puerta.

—Siempre la misma promesa —suspiró Drew mientras la seguía y dejaba divagar su mirada por la espalda femenina, para poco después posarla sobre su redondeado trasero sin que ella se percatara—. ¿Cuándo me darás una oportunidad?

Hannah, que en aquel momento subía las escaleras de servicio para llegar a recepción no pudo evitar sonreír. Drew era un hombre atractivo, simpático y cariñoso, pero no estaba dispuesta a caer en sus redes, igual que habían hecho otras tantas, para acabar con el corazón destrozado.

—Cuando hiele en el infierno —replicó segura.

—Eres mala, muy mala —le reprochó Drew, aunque una sonrisa asomaba por sus labios mientras sostenía la puerta con galantería para que ella pasara.

—Y tú tienes la cabeza muy dura.

—Puede ser.

—¡Ya era hora, Hannah! —exclamó Kimberly levantándose como un resorte de la silla giratoria para cederle el puesto a la recién llegada.

—Cielo, tranquila —dijo la aludida mientras organizaba la mesa, que Kimberly mantenía en completo desorden—, he llegado a mi hora. ¿Qué prisa tienes? —preguntó curiosa.

—¡He quedado con John para comer! —manifestó con entusiasmo—. Y me gustaría ir a la peluquería antes —añadió mientras se atusaba el cabello.

—¡Oh! —exclamó Hannah, clavando su mirada en el rostro risueño de Kimberly. Sabía que llevaba tiempo enamorada de aquel hombre, lo que no sabía es que su amistad se hubiera intensificado hasta el punto de quedar fuera del hotel—. Me alegro mucho por ti —la felicitó.

—¿Qué tiene ese camarero? —preguntó Drew desde la puerta. Hannah clavó la mirada en su persona. Pensaba que ya se había ido, pero parecía que

no. Los celos que sentía por John eran evidentes, aunque no iba a ser ella quien le explicara cual era la diferencia entre el camarero y él.

—¿Qué no ha salido con medio hotel? —replicó Kimberly a la defensiva y molesta por el comentario de Drew—. Anda, deja de vagar y ayuda a la señora Morgan a subir su equipaje —le dijo recordándole sus tareas.

—“San John” —replicó el aludido, molesto, antes de desaparecer tras la puerta por la que poco antes había entrado.

Hannah agradeció cuando su jornada laboral llegó a su fin, y estaba tan cansada que hasta se permitió el lujo de coger un taxi que la llevara a casa. Tras cenar un plato de ensalada de pasta, terminó de colocar los platos en el lavavajillas y le dio al botón de encendido, dirigiéndose acto seguido al salón.

Sin Fiona en casa parecía que las paredes se le echaban encima, y como no tenía ganas de ver la tele, tras el maratón de series del fin de semana, decidió acercarse a la estantería y rebuscó entre sus baldas un libro con el que entretenerse. De repente, su teléfono empezó a sonar con insistencia. Corrió hasta el dormitorio para rescatar el móvil de la mesilla.

—¿Diga? —preguntó con desgana.

—Buenos noches, Hannah —sonó una voz masculina al otro lado de la línea—. Soy Patrick Cox, ¿te acuerdas de mí?

Hannah tardó unos segundos en reaccionar antes de replicar a su interlocutor.

—Sí, cómo no, Patrick. Hace tanto tiempo que no hablamos —dijo confusa.

—Sí, desde la universidad —replicó él—. Supongo que te extrañará mi llamada, pero me he enterado hace poco de lo que le ha sucedido a Lindsay.

Hannah se pinzó el puente de la nariz con el dedo índice y pulgar, y se

tomó unos segundos para replicar a sus palabras.

—Sí, un trágico accidente, aún no me hago a la idea de que no esté. La extraño tanto —confesó, sin poder evitarlo, a pesar de que hacía años que había perdido el contacto con Patrick y no tenían la confianza suficiente.

Patrick pudo notar la tristeza en su voz. Tras la terrible muerte de Lindsay no debía ser fácil hablar de ella, pero tenía que ponerle al día de sus sospechas y sobre la reunión que había tenido con ella en una cafetería el mismo día de su muerte.

—Tengo que contarte algo sobre Lindsay, pero preferiría hacerlo en persona, es algo delicado. ¿Podríamos quedar? —solicitó.

El sexto sentido de Hannah le dijo que Patrick tenía algo importante que contarle, y no dudó en responder.

—Por supuesto —aceptó— ¿Dónde? —indagó mientras buscaba en el cajón de la mesilla un bolígrafo y un papel—. Ajá —dijo mientras anotaba la dirección—. Pues mañana nos vemos.

El taxi dejó a Hannah frente a la pequeña cafetería donde había quedado con Patrick. No era la primera vez que iba allí. Era un pequeño local de aspecto colonial que le recordó a Lindsay, que fue quien se lo descubrió y lo calificó como un lugar con un encanto especial.

Se internó en el estrecho local y oteó a su alrededor. A esas horas había pocos clientes: una mesa con dos mujeres que hablaban animadamente entre risas y una pareja sexagenaria que apenas se dirigía la palabra. Al final del mismo, en la última mesa, se encontraba un hombre delgado vestido con un traje gris y cuya mirada estaba perdida entre las líneas de un periódico. Patrick no había cambiado nada en los años transcurridos. Antes de dirigirse a su encuentro, se acercó a la barra donde pidió que le llevaran un café a la mesa. Luego se encaminó hasta la misma.

—Hola, Patrick —dijo con una tímida sonrisa en los labios.

Patrick elevó su cabeza y clavó la mirada en el rostro de Hannah antes de levantarse y acercarse a ella para besar sus mejillas.

—No has cambiado nada —enunció con una sonrisa.

—Tú tampoco —replicó Hannah mientras ocupaba la silla frente a Patrick—. Y bueno, cuéntame a que se debe esta reunión. ¿Qué tienes que contarme sobre Lindsay? Me tienes desconcertada —inquirió, directa.

—Bueno, entiendo tu confusión —dijo Patrick mientras jugueteaba con su taza entre sus dedos—. Si me he citado contigo es porque apenas puedo dormir desde que me entere de la muerte de Lindsay. Tengo un runrún en la cabeza —explicó, acompañando sus palabras con un movimiento circular del dedo índice sobre su sien— que me atormenta. Apenas una hora antes de la muerte de Lindsay estuve tomando algo con ella en esta misma mesa.

Hannah dejó de respirar unos segundos y su corazón se saltó un latido mientras intentaba asimilar sus palabras. «¿Qué significa todo esto?», se preguntó mientras se frotaba la frente. Agradeció la llegada del camarero con su consumición, que le dio unos segundos para recuperarse.

—¿Tú eras su cita secreta de aquel día? —preguntó, algo perdida en aquella extraña conversación.

—Hacía años que no nos veíamos. Eventualmente habíamos intercambiado una llamada de compromiso de vez en cuando —no pensaba confesarle a Hannah que siempre había sentido algo muy especial por Lindsay—. En la universidad fuimos buenos amigos, eso ya lo sabes, pero tras esa etapa el rumbo de nuestras vidas se distanció. Por eso me sorprendió su llamada hace unas semanas. Parecía nerviosa y preocupada.

Hannah se tensó en la silla y a punto estuvo de derramar el contenido de las tazas sobre la mesa. La inquietud comenzó a atenazarla de una forma alarmante.

—¿Qué le sucedía? —preguntó exaltada y dolida porque su amiga no le hubiera contado nada a ella, que era como su hermana. ¿Porqué había llamado a Patrick si hacía años que no tenían relación y le había contado fuera lo que fuera?

—Como te decía —prosiguió Patrick pacientemente— me preocupó el tono de su voz y no dudé en citarme con ella. Cuando nos encontramos me sorprendió abriendo una carpeta marrón ante mis ojos. Sospechaba que algo no estaba bien en su trabajo y me pidió mi opinión. Luego recibí una llamada y me tuve que ir. Me ofrecí al llevarla a su casa, pero ella se negó. Nunca me perdonaré no haberlo hecho —dijo mientras se mesaba el cabello y bajaba la mirada.

Hannah, a pesar de lo que acababa de descubrir, no pudo evitar sentir lástima por Patrick, que parecía devastado.

—No te culpes —respondió ella—, lo que sucedió fue un accidente. Nadie podía haberlo evitado —era el mantra que se repetía una y otra vez para poder levantarse cada día.

—Me temo que no es así —replicó Patrick con pesar.

—¿Qué estas insinuando? —preguntó Hannah con voz estrangulada.

—Que sospecho que la muerte de Lindsay no fue un accidente —declaró Patrick sin inmutarse ni un ápice.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

—Hannah, lo que te voy a contar son solo conjeturas, pero mi instinto nunca me falla. La información que me enseñó Lindsay era bastante sospechosa, creo que alguien del hotel está desviando partidas de gastos en su propio beneficio, y estamos hablando de una cifra de varios ceros. El problema es que no pude investigarlo porque me olvidé en la mesa la dichosa carpeta que Lindsay me había impreso para que la estudiara—manifestó, frustrado. Hannah se percató de la tensión de su cuerpo—. Sin eso no tengo

nada.

—Entiendo lo que me estás contando, pero eso no quiere decir que la muerte de Lindsay no fuera un accidente... —comenzó Hannah, intentando tratar el asunto objetivamente.

—Hannah, he tenido acceso al informe de lo sucedido, he visto las fotos y he leído el expediente del supuesto accidente y hay cosas que no están del todo claras.

—¿Quién eres? —preguntó Hannah sorprendida, mientras intentaba insuflar aire a sus pulmones. «¿Cómo ha tenido acceso al informe policial?», se preguntó.

Una sonrisa triste surgió en los labios de Patrick a pesar de la situación.

—Solo puedo decirte que trabajo para el gobierno y tengo contactos. El resto es información confidencial —añadió enigmáticamente.

—¿Y por qué has decidido contarme todo esto a mí?

—Porque quiero descubrir lo que realmente sucedió aquella noche. Necesito la documentación que me mostró Lindsay. Sin eso, no puedo investigar nada. Tenía la esperanza de que entre sus efectos personales apareciera la carpeta, pero nada. En el informe policial ponía que su bolso estaba intacto, no faltaba ni su móvil ni su cartera, pero no refería nada sobre una carpeta de color marrón.

Hannah se acodó sobre la mesa y se frotó el rostro con ambas manos. Su mente era un remolino de pensamientos que amenazaban con volverla loca. Necesitaba organizar en su cabeza toda la información que le había proporcionado Patrick. Su confesión había logrado que un gran hueco se hubiera formado bajo sus pies y estaba a punto de caer al vacío.

Era difícil asimilar que alguien hubiera sido capaz de acabar con la vida de su amiga por dinero. Lindsay era una buena chica que llevaba una vida normal, nunca se había metido en ningún lío, y ahora estaba muerta,

seguramente asesinada.

—Perdona, siento que la cabeza me va a estallar —se excusó Hannah, algo más repuesta, centrando su atención nuevamente en Patrick—. Entonces, ¿qué quieres que haga?

—Se que lo que te voy a pedir no es agradable, pero necesitaría que buscaras entre sus pertenencias por si hubiera alguna copia de la documentación. Solo con eso podría investigar lo que sucede en el hotel Liberty y, por ende, averiguar quién está implicado. Seguramente esa persona sea el responsable de... —no quería repetir nuevamente la palabra que tanto parecía dañar a Hannah— la desaparición de Lindsay.

Hannah hubiera deseado negarse, pero ahora que había descubierto que lo que le había sucedido a su amiga no había sido un fatídico accidente, unas incontrolables ganas de descubrir la verdad y hacer pagar al responsable la asolaron.

Las pertenencias de Lindsay ya no estaban en su poder, estaban en manos de su hermano. Y a pesar de que su proximidad le recordaba lo estúpida que había sido en el pasado al enamorarse de él, decidió ponerse en contacto con Ryan para poder tener nuevamente acceso a aquellas cajas, a pesar de la sensación de vértigo que la dominó al imaginarse registrando las cosas de su amiga.

—Está bien, lo haré, te ayudaré en lo que pueda.

—Bien, no sabes cuánto te lo agradezco —replicó Patrick, más animado al haber logrado la colaboración de Hannah. Sacó su cartera del bolsillo de la chaqueta y, de la misma, extrajo una tarjeta que le tendió—. Este es mi número, cualquier cosa solo tienes que llamarme. Ahora me tengo que marchar —añadió antes de abandonar su silla y acercarse para besar la mejilla de Hannah.

Capítulo 7

Renée observaba el cuerpo desnudo y musculado que acababa de abandonar su cama y deseó tenerlo nuevamente entre sus piernas; conseguía hacerla gozar como no lo habían logrado muchos hombres. «Y no habían sido pocos», pensó con una sonrisa traviesa dibujada en los labios.

—¿No puedes quedarte un poco más conmigo? —preguntó con voz seductora mientras se atusaba la melena castaña.

Marcus Anderson se giró y clavó la mirada sobre el cuerpo femenino. Le hubiera encantado rendirse a sus encantos, pero no podía permitírselo por mucho que deseara pasar la mañana haciendo el amor. Con soltura, se acercó a la cama y se sentó sobre el colchón antes de atrapar su rostro entre las manos y besarla apasionadamente. Pero, para desilusión de la joven, se apartó a los pocos segundos.

—Lo siento, Renée, pero no puedo. Recuerda que dirijo un hotel, por no hablar de mi mujer, que piensa que llego hoy de viaje.

La joven frunció el ceño y ocultó sus atributos con la sábana.

—Marcus, ¿cuándo volveremos a vernos? —preguntó insegura.

Deseaba a ese hombre físicamente, pero en los meses que llevaban de relación había roto su regla oro: se había enamorado de él. Y lo peor de todo es que sabía que no tenía ninguna posibilidad siendo *la otra*. «¿Cómo voy a competir con la flamante y exitosa hija del dueño de la cadena hotelera Liberty?», se preguntó, aunque de sobra sabía la respuesta: no tenía ninguna posibilidad.

Marcus, ajeno a sus pensamientos, tensó la mandíbula y se separó de la joven antes de levantarse.

—No lo sé, te avisaré cuando tenga otra noche libre. Ahora tengo que ducharme —dijo antes de desaparecer por la puerta que daba al baño para darse una ducha rápida.

Media hora después, Marcus Anderson situó su BMW frente al hotel y esperó, sin demasiada paciencia, a que el aparcacoches apareciera. El chico se disculpó por la demora, pero Marcus ni se inmutó y le tiró las llaves de su coche. Ya en el hall, fue testigo de cómo el personal se tensaba ante su presencia y eso le gustó. Le encantaba que sus empleados le temieran, así evitaba muchas situaciones que se sucederían si sus trabajadores llegaran a pensar que tenía buen corazón. No dedicó ni un triste saludo a ninguno de ellos y se dirigió directamente al ascensor, que le llevaría a su despacho en la última planta.

Agradeció cuando la puerta del despacho se cerró a su espalda y, con paso tranquilo, se dirigió hasta la cristalera que ocupaba la pared en su totalidad, a través de la cual podía contemplar la ciudad de Dallas en todo su esplendor.

Estaba a punto de degustar el café bien cargado que le había dejado su secretaria sobre la barra del pequeño mini bar, que había mandado instalar unas semanas antes, cuando el interfono rompió su paz y silencio.

—Señor Anderson —sonó la voz de Kayla al otro lado de la línea—. El señor Jenkins insiste en reunirse con usted. Ya le he dicho que tiene un día muy ocupado —añadió, sabiendo que a su jefe no le gustaba que le molestaran mientras se tomaba su segundo café de la jornada.

El rostro de Marcus se tensó, molesto por la visita del jefe de contabilidad, y a pesar de que le hubiera gustado deshacerse de él con cualquier excusa, sabía que si Jenkins se había atrevido a molestarle era porque se trataba de algo importante. Contrariado, dejó la taza sobre su

escritorio y accionó el botón del interfono antes de responder.

—Está bien, Kayla, hazle pasar.

—Por supuesto, señor —respondió la joven, agradecida.

Finn Jenkins se ajustó la corbata y comprobó que estaba en su lugar antes de traspasar la puerta del despacho del gerente. Como cada vez que estaba en su presencia, se sintió inseguro como un niño pequeño y eso le frustraba, pero intentó recomponer el gesto de su cara.

Marcus, que ya estaba situado tras el escritorio y cómodamente aposentado en su silla de cuero, elevó la mirada y la clavó sobre Jenkins. No pudo evitar que un gesto de desprecio se reflejara en su semblante. Todo en su aspecto le repugnaba: desde su traje gris y anodino (suponía que adquirido en una cadena de ropa de tercera) hasta su rostro enjuto donde unos ojos pequeños y negros parecían desproporcionados, al igual que su enorme nariz aguileña. «Acabemos con esto cuanto antes» se dijo, antes de instarle a sentarse frente a él con desgana.

—Jenkins, ¿qué sucede? —preguntó directo.

—Verá, señor Anderson, estoy preocupado por Lambert.

—¿Qué le sucede a ese estúpido? —indagó Marcus con desgana.

—Se comporta de forma extraña, está muy nervioso y la gente empieza a darse cuenta de que algo le sucede.

—¿Y?

—Pues que no nos conviene, y más desde la muerte de Lindsay. Creo que ese es el motivo del desasosiego de Lambert.

—Ah, esa pobre chica, es una lástima lo que le sucedió. El hotel mandó una corona de flores a su funeral —dijo Marcus, como si no supiera de quién hablaba, aunque sabía perfectamente todo lo que había sucedido.

Finn apretó la mandíbula al escuchar su respuesta. Desde la muerte de

Lindsay, unas semanas antes, apenas podía dormir por la noche porque las pesadillas sobre su muerte le asediaban. Había acabado con varias cajas de ansiolíticos y apenas era capaz de centrarse en su trabajo. La voz de Marcus le sacó de sus oscuros pensamientos.

—Y sobre Lambert, tienes que hacer algo para que mantenga la boca cerrada —añadió mientras abría una carpeta y comenzaba a ojear unos papeles como si la conversación que mantenían no le importara lo más mínimo.

—Señor Anderson —decidió insistir, a pesar de saber que su jefe podía explotar en cualquier momento—, eso no será tarea fácil...

—Me importa una mierda cómo lo logres —sentenció Marcus elevando la voz—, y si hace falta deshazte de él de una maldita vez, no me importa cómo.

—Haré lo que pueda, pero recuerde que la empresa está a su nombre.

—Eso fue idea tuya —le reprochó Marcus perdiendo la paciencia—. No sé por qué coño te hice caso.

Jenkins perdió los nervios tras escuchar sus palabras.

—No podíamos ponerla a nuestro nombre, era un riesgo demasiado grande, necesitábamos un hombre de paja y Lambert era la mejor opción. Además, de esa forma nos asegurábamos de que la facturación pasaría desapercibida. A él, más que a nadie, le interesaba la discreción total sobre nuestros asuntos comunes.

—¡Estúpido! —siseó Marcus abandonando su silla y colocando las palmas de las manos sobre el escritorio, para acercarse al rostro de Jenkins de forma amenazante—. Te prohibí hablar sobre eso aquí, en el hotel. ¿Se te ha secado el cerebro? —preguntó con el mismo tono bajo antes de separarse y caminar hasta el mueble bar, donde se sirvió una copa y la bebió de un solo trago—. Vete a tu despacho —le ordenó, girándose ligeramente para clavar la

mirada en el hombre, quien no había movido ni una pestaña tras sus palabras —, supongo que tienes trabajo que hacer.

Finn asintió y se levantó de la silla antes de abandonar el despacho precipitadamente. Agradeció cuando entró en el propio y descubrió que estaba solo. Con nerviosismo comenzó a caminar desde una punta del pequeño habitáculo hasta la otra.

«Maldito Anderson», se dijo mientras golpeaba la pared con un puño, logrando resarcir la frustración que sentía a costa de destrozarse los nudillos de la mano derecha. Aquel estúpido no comprendía lo que podía suponer que Lindsay se hubiera ido de la lengua con alguien que pudiera investigar y averiguar lo que ambos se traían entre manos. Si sus sospechas eran ciertas, podían acabar muy jodidos, sobre todo él.

Green Village

Fiona se desperezó sobre su cama de toda la vida y, al abrir los ojos, descubrió los recuerdos de su infancia y adolescencia desperdigados por la habitación. Aunque llevaba dos días en casa aún le costaba acostumbrarse porque se sentía como otra persona, muy diferente a quien era hoy en día. Su madre no había tocado nada y parecía que el tiempo no hubiera pasado entre aquellas cuatro paredes. Una sensación extraña la recorrió. La achacó al hecho de estar de nuevo en su hogar tras largos años de ausencia.

Tras darse una ducha rápida se vistió con un sencillo vestido floreado de verano y se calzó unas sandalias bajas de cuero. Bajó a la cocina y se quedó asombrada por lo que encontró en la mesa, que parecía dispuesta para una familia numerosa. No le fue fácil encontrar la nota de su madre, instándola

a desayunar. «¿Qué he hecho yo para merecer esto?», se preguntó, y recordó las conversaciones con su madre sobre su extrema delgadez. Comió un par de tortitas, disfrutando de su sabor, y bebió un café con leche, tras lo cual, guardó el resto de guarnición en varios *tupperware* de aluminio para llevarlo al comedor social del pueblo antes de dirigirse al hostel. Su conciencia no le permitía desperdiciar tanta comida. Más tarde hablaría seriamente con su madre al respecto.

Como esperaba, su padre le había dejado las llaves de su viejo Volvo en la mesilla de la entrada para que pudiera moverse con libertad. Resueltamente, abrió el maletero y metió las bolsas de papel marrón antes de situarse tras el volante y conducir hasta las afueras del pueblo, donde estaba el pequeño edificio de ayuda a los más desprotegidos, gracias a la señora Blair.

En su último año de instituto fueron muchos los fines de semana que pasó en aquel lugar ayudando a quienes la vida no había sonreído. Tras bajar del coche y recoger la preciada carga, se dirigió a la parte trasera de la construcción, consciente de que todo seguía igual, a pesar de los años transcurridos.

Al traspasar la puerta llegó directamente a la cocina, donde la señora Blair se afanaba en la organización del desayuno. La mujer, al verla aparecer, dejó los platos sobre la encimera y caminó hasta ella para estrecharla entre sus brazos.

—¡Fiona, qué sorpresa! —exclamó mientras besaba sonoramente sus mejillas para luego apartarse y estudiar su rostro—. Tienes un aspecto horrible —dijo con su habitual sinceridad.

—Señora Blair...

—Edith ya habrá empezado a cebarte —prosiguió la mujer con humor mientras observaba con sospecha las bolsas que había dejado la joven sobre una la mesa.

—Sí, pero soy solo una mujer, no un ejército, y he pensado que quizás su exquisita cocina sería apreciada aquí —replicó Fiona con humor, mientras le guiñaba un ojo a la encargada del comedor social.

—Gracias, mi niña, y creo que será mejor que Edith no se entere de esto.

Fiona elevó la mano, y fingiendo tener una llave entre sus dedos, hizo el gesto de sellar sus labios como si fuera un candado.

La señora Blair rió ante aquel gesto teatral, pero dejó de prestarle atención para clavar la mirada en la puerta por la que poco antes había entrado la joven.

Fiona se quedó sorprendida, pero antes de girarse descubrió de quien se trataba al escuchar la profunda voz masculina.

—Señora Blair, le he traído lo que le prometí. Carne de primera calidad... —el hombre pareció desconcertado antes de proseguir la frase—. Lo siento, no quiero interrumpir —se disculpó—, se lo dejo en la nevera, como de costumbre —finalizó.

—Gracias, Matthew —dijo la mujer—, hoy va a ser un gran día para estas almas desafortunadas. Y por favor, no te disculpes, ¿acaso no has reconocido a Fiona? —preguntó elevando una de sus cejas.

—Por supuesto —replicó el hombre algo incómodo, mientras cambiaba el peso de su cuerpo de pie—. Hola, Fiona —concluyó.

—Hola, Matthew —replicó la aludida, sin tan siquiera girarse, intentando ignorar su presencia.

«Mierda», pensó Fiona, mientras se giraba y comenzaba a sacar la comida de las bolsas para colocarla sobre la mesa. «¿Porqué tengo tan mala suerte?», se preguntó frustrada. De todas las personas que podía haberse encontrado desde su vuelta, el destino había decidido cruzar su camino con la única a la que no quería ver. Había estado locamente enamorada de él desde

siempre y, con su obsesión de conquistar al mejor amigo de su hermano, solo logró acabar con el corazón destrozado y huyendo de su hogar como una cobarde. «Fiona, madura, por favor, ya no eres una adolescente estúpida», se recriminó mentalmente.

—¡Fiona! —le reclamó la voz de la señora Blair—. ¿Estás bien? —preguntó la mujer, preocupada.

—Claro —replicó la aludida, mientras tiraba las bolsas en el cubo de reciclaje—, perdone, estaba pensando en mi abuela —mintió—. Ahora tengo que irme —se excusó, antes de besar las mejillas de la mujer y despedirse escuetamente antes de salir con atropello.

Matthew no apartó su mirada de la espalda de Fiona hasta que no desapareció tras la puerta. No había esperado encontrarla allí, a pesar de que sabía que había llegado el día anterior y, aún así, se había sorprendido del encuentro fortuito. Hacía años que Fiona había dejado Green Village para vivir en la ciudad, y desde entonces no había regresado, para consternación de su familia, que la adoraba.

Como un fantasma venido del pasado ante sus ojos, se materializó la noche en que la besó por primera vez y a su pesar deseó retomar ese instante suspendido en el tiempo para probar nuevamente sus labios. «¿Qué demonios me pasa?», se preguntó molesto, mientras entraba en la cámara para dejar la carne que el rancho donaba semanalmente al comedor social. Dispuesto a olvidar lo sentido, regresó a la cocina y se despidió de la señora Blair. Se dijo a sí mismo que no podía malgastar tiempo en tonterías ya que en el rancho le esperaba mucho trabajo del que tenía que ocuparse. Y con esa resolución cerró la puerta de su coche con un sonoro portazo.

Capítulo 8

Hannah había tenido una mañana de locos y por primera vez en el día pudo tomarse un descanso. Necesitaba cafeína, mucha cafeína después de varias noches sin poder dormir. Le estaba costando asimilar lo que le había contado Patrick, y a su pesar sabía que no podía posponer por más tiempo la llamada a Ryan.

Cuando llegó Kimberly decidió ir a la sala de descanso para los empleados del hotel. Agradeció encontrar la pequeña estancia vacía porque no deseaba hablar con nadie, solo necesitaba algo de soledad y tranquilidad. Estaba dando primer sorbo a su taza de café, cuando el sonido de la puerta al abrirse le hizo fruncir el ceño. No le apetecía para nada una charla intrascendental con nadie.

—Buenos días, Hannah —sonó una voz masculina a su espalda, y al girarse descubrió que se trataba de Lambert.

—Buenos días, Lambert —replicó a su saludo, sin poder evitar estudiar su aspecto.

Hacía mucho tiempo que no le veía, aunque su deterioro físico era indudable. Lambert siempre había sido un hombre delgado, pero ahora era más evidente. Su rostro parecía más enjuto y los huesos de sus mejillas estaban más marcados, dándole un aspecto tétrico. Bajo sus ojos se apreciaban sendas bolsas de tono violáceo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó preocupada.

Lambert pareció incomodó con la pregunta y rehusó su mirada.

—Sí, claro —replicó, intentando quitarle importancia.

Hannah no pudo evitar observar atentamente los movimientos del

hombre, que parecían más torpes de lo habitual. Incluso derramó el café sobre la encimera cuando se sirvió una taza. Luego dudó donde sentarse.

—Lambert, siéntate conmigo —le ofreció amistosamente. No podía evitar sentir lástima por él. Siempre le había parecido un hombre demasiado solitario. Entonces recordó la comida que había compartido con Lindsay y Fiona. Su amiga había defendido a Lambert, molesta por los comentarios de Fiona. Quizás era un buen hombre, incluso interesante, pero todos sus compañeros se apartaban de él como si fuera un apestado.

Lambert titubeó. Hubiera deseado negarse ante el ofrecimiento de Hannah, pero sabía que no tenía escapatoria. Con desgana, se acercó hasta la mesa y se sentó, notando como sus mejillas se coloreaban.

—¿Seguro que te encuentras bien? —insistió Hannah.

—Claro, todo bien. Mi vida es muy normal —replicó Lambert mientras daba el primer trago a su café.

—Supongo que cansado —prosiguió ella intentando entablar una conversación amistosa—. Debes estar saturado de trabajo.

Lambert apretó la mandíbula al escuchar sus palabras. Y aún así respondió.

—Sí, desde que Lindsay —le costó un mundo acabar la frase— nos dejó, el trabajo se ha acumulado. Estoy deseando que contraten a alguien más. Me veo desbordado.

—Lo comprendo —replicó Hannah controlando la humedad de sus ojos. «Tengo que superar esto», se amonestó mentalmente—. No te preocupes —prosiguió—, seguro que pronto encuentran a una persona para el puesto.

Lambert iba responder a sus palabras cuando la puerta volvió a abrirse para dar paso al señor Jenkins. Sus ojos se clavaron en su persona y la mirada que le dedicó logró que se encogiera en la silla. Sus pulmones se quedaron sin aire y la taza tembló entre sus dedos. «Tengo que salir de aquí», se dijo

bebiéndose el café con celeridad.

—Buenos días —saludó Jenkins antes de ir a la nevera y coger una botella de agua mineral.

Hannah y Lambert respondieron el saludo, incómodos con la presencia de uno de sus superiores.

Lambert abandonó la silla y se dirigió al fregadero, donde dejó la taza antes de volver a la mesa que ocupaba Hannah.

—Bueno, ha sido agradable compartir conversación, pero debo regresar al trabajo. Gracias por tu preocupación —añadió Lambert antes de abandonar la sala precipitadamente.

Hannah se sintió confusa, pero cuando Jenkins se situó a su lado dejó de pensar en el extraño comportamiento de Lambert.

—Señorita Mackenzie. Siento lo de su amiga, le acompaño en el sentimiento. No he podido darle el pésame antes —dijo Jenkins amablemente.

Hannah se sintió sorprendida por sus palabras.

—Gracias, señor Jenkins —replicó escuetamente.

—Lindsay era una gran trabajadora —la alabó—, dígame a su familia que lamentamos su pérdida.

—Sí, y una gran mujer —dijo Hannah terminando su café. Prefería seguir trabajando que estar allí, conversando con Jenkins. Aquel hombre no le gustaba nada porque, a pesar de que intentaba ser amable, sabía por Lindsay lo tirano que era con sus empleados más próximos—. No se preocupe, le transmitiré a su madre sus palabras. Y ahora discúlpeme, pero debo volver a mi puesto —añadió repitiendo la acción de Lambert de dejar la taza en el fregadero antes de salir por la puerta.

Jenkins no apartó la mirada de su espalda hasta que la joven desapareció y chascó la lengua, molesto. A pesar de la muerte de Lindsay, la única que tenía sospechas y pruebas de sus triquiñuelas con las cuentas del

hotel, algo le decía que no estaban del todo a salvo. ¿Y si aquella estúpida había hablado con su amiga sobre el asunto? Había investigado un poco sobre ellas y había descubierto que no solo eran compañeras de trabajo que compartían habitualmente el almuerzo, sino que además se conocían desde su época universitaria y vivían juntas. Desde que lo había descubierto, su cabeza era un torbellino de ideas que iban y venían amenazando su cordura. Y no sabía cuánto tiempo más lograría soportar aquella presión.

Hannah se sintió agradecida cuando regresó a su puesto y, tras atender a un cliente que buscaba un mapa de la ciudad, cogió su teléfono móvil y buscó en la agenda el número de Ryan, que su madre le había facilitado días antes. Con manos temblorosas, tardó unos segundos en accionar el botón de llamada.

Un tono, dos, tres... estaba a punto de colgar cuando una voz muy conocida respondió al otro lado de la línea, logrando que Hannah contuviera la respiración antes de poder articular palabra.

—Ryan Fitzpatrick.

—Buenos días, Ryan, soy Hannah.

Ryan tardó unos segundos en reaccionar, sorprendido por la llamada.

—Hola, Hannah, qué sorpresa —replicó sintiéndose estúpido al instante—. ¿Sucedó algo?

—Verás —comenzó Hannah, mientras cogía un bolígrafo y hacía dibujos arabescos sobre una hoja en blanco—, tengo algo que contarte referente a Lindsay, pero preferiría que habláramos en persona.

Ryan aferró fuertemente el auricular entre sus dedos al escuchar el nombre de su hermana. Tras unos días de descanso, se había reincorporado a su trabajo y las cosas estaban mejor, incluso había quedado alguna noche de viernes con los chicos para pasar el rato. Era como si su mente hubiera bloqueado la desaparición de su hermana para que pudiera seguir adelante,

pero la extraña llamada de Hannah amenazaba su recién lograda estabilidad.

—Ryan, ¿estás ahí? —preguntó Hannah, preocupada por su largo silencio.

—Sí, por supuesto, no hay problema. En cuanto tenga un día libre me paso por Dallas y hablamos.

—Gracias, no sabes lo importante que es para mí —replicó Hannah agradecida.

—Hablamos —fue la escueta respuesta de Ryan antes de colgar.

San Antonio, Texas.

Ryan abrió la lavadora con la intención de colocar la ropa en la secadora cuando descubrió que una camiseta roja se había traspapelado en la colada de ropa blanca. Su camisa favorita, que antaño había sido blanca impoluta, ahora era de un color rosado que logró que una maldición escapara de sus labios.

—¡Maldita sea! —gritó, expresando así su frustración.

Estaba recogiendo las prendas cuando su teléfono comenzó a sonar con insistencia. Lo cogió de la mesa baja situada frente al sofá y accionó el botón verde.

—¡Diga! —contestó con mal genio.

Clark, que estaba al otro lado de la línea, no pudo evitar una sonrisa al escuchar la voz malhumorada de su amigo. Estaba claro que no tenía un buen día.

—Yo también me alegro de oír tu voz —dijo con humor.

—Lo siento, tío —se disculpó Ryan, avergonzado por sus formas.

—¿Qué te pasa? —preguntó Clark—. Esperaba que estuvieras de mejor humor. Creía que volver a la rutina dulcificaría tu ánimo.

—Pues no es así —replicó Ryan, huraño.

—¿Quieres que vayamos un fin de semana a Puerto Escondido?

Ryan sonrió al escuchar sus palabras, recordando los viajes que había compartido con Clark a México.

—No creo que Ellen te lo permitiera —le respondió—, y menos ahora que eres padre.

Un suspiro frustrado sonó al otro lado de la línea.

—Sí, tengo que asumir que ya soy un viejo —comentó Clark con humor, logrando arrancar una carcajada a Ryan.

—No digas eso, es una nueva etapa en tu vida. Y ahora dime, ¿para qué me has llamado?

—Para ver cómo andas, me dejaste preocupado cuando acabamos el turno el otro día. Y como veo, no me equivocaba —añadió Clark seguro.

Ryan se frotó la frente y cerró los ojos durante unos segundos antes de hablar.

—No, no lo haces —respondió sincero, no tenía sentido negar lo evidente.

—¿Quieres que quedemos esta noche y nos tomemos unas cervezas? —ofreció Clark al percatarse de que su amigo necesitaba hablar.

—¿Y Ellen? —preguntó Ryan dudoso.

—Tengo la noche libre, ha quedado con sus amigas “mamás” para debatir sobre qué alimentación es más conveniente para las madres lactantes —dijo con aburrimento.

Ryan no tenía muchos ánimos para salir, pero quizás no le vendría mal airearse un poco y, por lo visto, a su amigo tampoco.

—Bien, en un par de horas en Tempelton.

—Hecho —replicó Clark antes de cortar la llamada.

La pequeña cervecería Tempelton estaba situada en una esquina del barrio *The Pearl*. Ryan entró en el local y descubrió que estaba atestado de gente aquella noche de viernes. Se acercó a la barra y detectó un pequeño hueco donde se situó, logrando pedir una pinta a la sonriente camarera, que a los pocos segundos depositó la jarra junto a él. Ryan la cogió entre sus dedos y la elevó para dar el primer sorbo de cerveza negra. Paladeó su sabor amargo y tragó agradeciendo su frescor mientras esperaba la llegada de Clark.

—Ya estoy aquí —le sobresaltó la voz de su amigo, que palmeó su espalda con camaradería—. ¿Llevas mucho esperando? —preguntó mientras ocupaba el taburete situado a su lado.

—No, acababa de pedir. ¿Tú qué quieres? —preguntó Ryan.

—Lo mismo que mi amigo —replicó Clark fijando la mirada en la camarera que esperaba su respuesta. Poco después disfrutaba de su propia cerveza.

—Y bueno, ¿me vas a contar de una maldita vez que te pasa? —preguntó Clark mientras clavaba su mirada en el rostro de Ryan implacablemente.

—Está bien —se rindió Ryan finalmente. Llevaba días guardando su preocupación sobre la misteriosa llamada de Hannah, pero ya no podía más. Necesitaba hablar con alguien, y nadie mejor que Clark—. El otro día me llamó Hannah, al parecer tiene que hablarme de algo importante referente a Lindsay. De eso hace días y aún no he contactado con ella —confesó.

—¿Y qué piensas hacer? —indagó Clark, preocupado. Había oído hablar de Hannah en contadas ocasiones, sobre todo cuando Ryan se pasaba con el alcohol, pero sabía que había sido alguien importante en la vida de su amigo.

—Maldita sea, no lo sé —replicó Ryan mientras se rascaba la cabeza.

Clark clavó la mirada en el rostro de su amigo y meditó sobre el asunto durante largos minutos antes de hablar.

—¿Le tienes miedo? —preguntó Clark, confuso.

—¡No le tengo miedo! —negó Ryan con demasiada vehemencia, aunque sabía que en el fondo Clark tenía razón.

—¿Entonces, por qué no? —insistió Clark..

—Simplemente no es una buena idea.

—Creía que esa mujer ya era agua pasada para ti.

Ryan desvió su mirada, aunque sabía que ya era demasiado tarde: Clark había leído en su expresión más de lo debido.

—A pesar del tiempo transcurrido, a pesar de Meredith, me siento atraído por ella —confesó finalmente.

—¿Qué? —boqueó Clark confuso.

—Lo que has oído. Solo la he visto un par de veces desde la muerte de Lindsay y la última salí del antiguo piso de mi hermana con una erección de campeonato después de consolar a Hannah, y eso me hace sentir como un enfermo.

Clark, más recuperado, ocultó la sonrisa que surgió en sus labios. Hacía años que conocía a Ryan y solo le había conocido una relación, la que había mantenido con su difunta esposa y que había sido tóxica y dolorosa. Si aquella mujer había logrado despertar su masculinidad de esa forma tras los años transcurridos sin verse, tenía que significar algo. Y aun así, le quitó importancia al asunto.

—Déjate de chorradas —manifestó, dejando su cerveza sobre la barra—. Lo que pasa es que llevas meses sin echar un polvo.

—Joder, Clark, no seas ordinario —le amonestó Ryan, molesto.

—Bueno, dejemos ese asunto a un lado. Ahora lo importante es que descubras qué es lo que te quiere contar sobre Lindsay. Y si para eso tienes

que volver a hablar con ella, lo harás.

—Lo sé —replicó Ryan mientras se rascaba la nuca. Clark le conocía demasiado bien. Tenía que ir a hablar con Hannah le gustara o no, porque si no, su cerebro no dejaría de darle vueltas al asunto poniendo en peligro su estabilidad mental—. Mañana mismo —prometió.

—Ese es el Ryan que yo conozco —le animó Clark mientras palmeaba su hombro—. Y ahora acabemos con esta cerveza y juguemos una partida de billar, tengo ganas de darte una buena paliza.

Capítulo 9

Hannah entregó la llave a los señores Perkins y les deseó una agradable estancia. De su rostro no se borró la sonrisa hasta que la pareja no desapareció tras las puertas del ascensor. «Solo cinco minutos más», se dijo, tras comprobar la hora en su reloj. Estaba deseando salir del hotel y desconectar.

—¿Te has enterado de lo último? —le sobresaltó la voz de Drew, que se había acodado sobre el mostrador.

—¿Qué los Perkins esperan que les subas su equipaje? —replicó Hannah clavando la mirada en el rostro masculino.

Estaba segura de que si el señor Wood, el conserje y jefe directo de Drew, le encontraba en esa posición tan relajada, le caería una buena reprimenda.

El aludido frunció ligeramente el ceño al escuchar las palabras de Hannah, pero no por ello pensaba renunciar a darle la primicia del último cotilleo del hotel.

—No, eso no. Ahora voy, dos minutos no les privará de disfrutar de la *suite* presidencial. Lo que te voy a contar te va a dejar con la boca abierta.

—¿De qué se trata? —preguntó Hannah resignada. Sabía que si no le permitía contar el último chisme, no la dejaría en paz. Cuando antes acabaran mejor.

—¡Tom ha dejado tirada a Kimberly!

—¿Qué? —boqueó Hannah, sorprendida por la noticia.

—Lo que has oído. ¿Te imaginas?, sin ese estúpido tengo vía libre —exclamó Drew, triunfal.

—Señor Ross —sonó una voz a su espalda, sobresaltando a ambos—. Creo que tiene trabajo que hacer —le recordó Otis Wood con el ceño fruncido.

—Por supuesto señor Wood —respondió Drew con nerviosismo, mientras se dirigía al carrito donde esperaban las maletas para desaparecer por el ascensor del servicio.

Otis clavó su mirada en el rostro de Hannah y se sintió aliviado al descubrir que ya no parecía tan demacrada como las semanas anteriores. Conocía a la joven desde sus principios en el hotel y le había cogido mucho cariño. Ella, junto a Lindsay y Fiona eran “sus niñas”. Aún le dolía el corazón al recordar a Lindsay, una muchacha que siempre había sido cariñosa y atenta con él. La vida podía llegar a ser muy injusta.

—No se enfade con Drew —sonó la voz de Hannah—. Es un buen chico.

—No lo dudo —replicó Otis con una media sonrisa—, pero tiene mucho que aprender todavía. Se despista hasta con una mosca, y no te quiero ni contar cuando ve una falda —concluyó, guiñándole un ojo a la chica con complicidad.

—Es muy joven —intentó justificarle Hannah.

Otis elevó una de sus cejas al escuchar su comentario.

—Oh, claro, fue a hablar la voz de la experiencia. Niña, Drew solo es tres años menor que tú.

—Lo sé, pero tiene pajaritos en la cabeza —replicó Hannah, segura.

—En eso no te quito la razón.

—Ya estoy aquí —sonó la voz de Kimberly, que había llegado para hacerle el relevo.

—Lo estaba deseando —replicó Hannah mientras dejaba todo en orden en el mostrador.

—Claro, tú recuérdame que estaré encadenada a esta mesa durante horas, y encima con la chica nueva —refunfuñó.

Hannah se sintió culpable al escuchar a su compañera, más teniendo en cuenta lo que acaba de contarle Drew, aunque por nada del mundo pensaba preguntarle por el asunto porque le gustaba respetar la vida privada de los demás, igual que le gustaba que respetaran la propia. Decidida, estampó un sonoro beso en su mejilla para intentar endulzar su enfado.

—Tú puedes con eso y mucho más. Nos vemos —dijo antes de desaparecer por la puerta que daba a la escalera de personal. Desde allí se dirigió a los vestuarios y tras coger su bolso salió a la calle.

—¡Por fin! —exclamó para sí misma, y se sobresaltó cuando escuchó una voz masculina a su espalda.

—Eso mismo pensaba yo —dijo Ryan, que esperaba pacientemente sentado sobre su moto. Le había preguntado a un chico, que por su uniforme debía ser pinche de cocina, si sabía si la señorita Mackenzie tardaría mucho en acabar su turno. Este le dijo que no más de veinte minutos y llevaba allí cerca de treinta y cinco.

Hannah se giró con virulencia y clavó su mirada en Ryan. La imagen que presentaba la dejó sin aliento por un instante. Permanecía montado en su Honda GL1100 color chocolate. «¿Qué hace él aquí?», se preguntó, confusa por su presencia. De nuevo su corazón se aceleró y un burbujeo en su estómago le recordó lo que había sentido estando en sus brazos cuando él fue a recoger las pertenencias de Lindsay. El pasado se había vuelto presente, un pasado que había intentado olvidar a toda costa y que parecía querer atormentarla. Y aun así, no pudo apartar la mirada.

A pesar de la altura de la moto, sus pies, enfundados en unas botas altas de piel negras, estaban firmemente aposentados sobre el asfalto. Los *jeans* azules se ajustaban perfectamente a sus piernas y la camiseta gris de manga

corta se adaptaba por completo a los músculos de sus brazos y pecho. Estaba claro que estaba en forma, y si Fiona hubiera estado allí habría silbado sonoramente. No, definitivamente no se parecía a los hombres corrientes que habitualmente se habían cruzado en su camino desde la última vez que le vio, años antes. Era extremadamente sexy, aunque no era de extrañar que estuviera como un queso. «¿Serán así todos los bomberos?», se preguntó, confundida por el rumbo que estaban tomando sus pensamientos. «Está claro que llevas demasiado tiempo sin sexo», se dijo, intentando justificar su propio comportamiento, que se asemejaba más al de una adolescente estúpida.

—¿Hannah? —exclamó Ryan, al ver que la joven no abría la boca. Sabía que le sorprendería su presencia, pero parecía perdida en sus propios pensamientos.

La aludida sintió como sus mejillas se teñían de rubor y maldijo para sus adentros la facilidad de su piel para pigmentarse. Sacudió su cabeza y pintó una sonrisa en sus labios antes de contestar.

—Sí, perdona, es que no te esperaba. ¿Qué haces aquí?

Ryan se rascó la nuca antes de contestar, como si fuera un niño al que habían pillado haciendo una travesura.

—Siento no haber llamado, es la segunda vez que lo hago, lo sé, pero no he podido venir antes —mintió—. ¿Qué te parece si te invito a cenar y hablamos del asunto por el que me llamaste?

—No sé —dudó Hannah; no sabía si estaba preparada para pasar tiempo con Ryan, a pesar de que había sido ella misma quien le había llamado.

—¿Tienes algo mejor que hacer? —preguntó Ryan con una sonrisa, que se borró al instante—. ¿Has quedado con alguien? —«Estúpido», se dijo tras pronunciar la inocente pregunta. «No es asunto tuyo si sale o no con un hombre».

—No —se apresuró a contestar Hannah, con demasiada rapidez para su

gusto—, en principio no tengo planes.

—Perfecto, pues sube —la invitó Ryan más relajado, haciendo un gesto con su mano para que se sentara en la parte trasera de la moto.

—No tengo casco —dijo Hannah.

—Pero yo sí —repuso Ryan abandonando su asiento y abriendo un compartimento bajo el mismo, de donde extrajo otro casco.

El sol estaba a punto de ocultarse en el firmamento cuando Ryan aparcó en el distrito artístico de Bishop. A Hannah le encantaba aquel barrio donde se concentraban galerías de arte, *boutiques*, tiendas con encanto artesano y restaurantes. Era un lugar de edificios de una sola planta, pintados de vistosos colores que le recordaban a su hogar.

—¿Qué te parece cenar en *Tillman's Roadhouse*? —preguntó Ryan mientras apagaba el motor y se giraba ligeramente para poder escuchar la respuesta de Hannah.

—Me parece genial —dijo ella, deseando bajar de la moto y así alejarse de aquel cuerpo que despertaba cosas en el propio que prefería ignorar.

—Perfecto —replicó Ryan, agradecido de que aquellas manos femeninas abandonaran su cuerpo.

Ryan guardó ambos cascos en el compartimento bajo el asiento de cuero, y se giró para clavar su mirada en la fachada del restaurante que siempre visitaba cuando estaba en la ciudad.

—¿Vamos? —preguntó a Hannah, que permanecía a su lado en completo silencio.

—Por supuesto —replicó la aludida.

Pocos minutos después ya ocupaban una mesa junto a uno de los grandes ventanales que daba a la concurrida calle por donde la gente seguía paseando.

Era un local con una decoración urbana y ecléctica, y a su vez tenía un ambiente cálido y acogedor. El servicio fue rápido, y poco después de hacer el pedido, el camarero que los había atendido les sirvió una cerveza negra y una copa de vino blanco.

Hannah cogió la copa y le dio el primer sorbo, disfrutando de su sabor afrutado y fresco que acarició su garganta. Luego fijó su mirada en el rostro masculino, que a su vez degustaba la pinta negra.

Ryan elevó su mirada y se encontró con los ojos azules de Hannah, que le observaban de aquella manera, logrando que una sensación electrizante recorriera su cuerpo. Confuso, apartó la mirada y decidió hablar.

—Bueno, tú dirás, me tienes intrigado. Has dicho que tenías que contarme algo importante referente a Lindsay. ¿De qué se trata? —dijo directo, sobresaltando a Hannah, que no sabía si estaba preparada para afrontar aquella conversación, a pesar de haber sido ella la que le había llamado.

—Sí, pero es algo delicado —comenzó. No sabía cómo plantearle al hermano de su mejor amiga lo que Patrick le había relatado—. Hace unos días se puso en contacto conmigo un antiguo compañero de universidad, Patrick Cox.

—¿Y qué tiene que ver ese tal Cox con Lindsay? —preguntó Ryan, confundido.

—Patrick era del grupo de amigos de Lindsay en la universidad —relató Hannah para explicar la conexión entre ambos.

En ese momento el camarero volvió a hacer acto de presencia y sirvió los platos que habían pedido. Hannah agradeció esos minutos de tregua que le permitieron prepararse mentalmente para una de las conversaciones más difíciles de su vida. No sería fácil confiarle a Ryan las supuestas sospechas sobre la trágica muerte de su hermana.

—Bueno —prosiguió cuando volvieron a estar solos—, el caso es que

me llamó y quedé con él hace unos días —guardó silencio durante unos segundos, suspiró sonoramente y prosiguió—. Me contó que Lindsay se había reunido con él la misma tarde de su muerte —soltó sin anestesia. No había otra forma de relatar lo acontecido aquel fatídico día.

Ryan tardó unos minutos en reaccionar, y no solo por la sorpresa, si no por recordar con dolor lo sucedido a su hermana.

—No te sigo —exclamó Ryan a media voz, mientras apretaba los puños inconscientemente.

Hannah le observó y se dio cuenta de su gesto, al igual que de la lividez de su piel. Podía comprender cada sentimiento que le recorría, los mismos que ella había experimentado cuando había hablado con Patrick.

—Yo pensaba que aquel día se había citado con un hombre misterioso. Ya me entiendes —le incomodaba hablar sobre hombres con el hermano de su amiga. Se sintió agradecida cuando él asintió en señal de entendimiento—. Pero me equivocaba, al parecer descubrió algo extraño en las cuentas del hotel y decidió pedir consejo a Patrick.

—¿Cómo? —boqueó Ryan, cada vez más confundido.

—Al parecer le mostró una documentación dudosa y él cree que hay algo turbio en el asunto. Sospecha que la muerte de Lindsay no fue un accidente —soltó finalmente, a pesar de que sabía que la noticia devastaría a Ryan.

Ryan no daba crédito a lo que escuchaba. Un sudor frío recorrió su cuerpo y pensó que se encontraba inmerso en una pesadilla. Las palabras pronunciadas por Hannah le habían dejado sin capacidad de reacción. Cogió la jarra que permanecía en la mesa y se bebió su contenido de un solo trago.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Hannah preocupada.

—No lo sé —confesó Ryan con sinceridad.

—Entiendo que lo que te acabo de contar es difícil de asimilar. Yo he

tardado días en hacerlo. He pasado por varias fases, primero furia, luego incredulidad... pero si las sospechas de Patrick son ciertas no pararé hasta descubrir quién fue el que acabó con la vida de Lindsay.

Ryan comprendía cómo podía sentirse Hannah, él mismo estaba pasando en aquel momento por la fase de la furia a la que ella se había referido. Y ahora sabía que tampoco podría descansar en paz hasta conocer la verdad sobre la muerte de su hermana.

—¿Y ya has pensado en algo? —preguntó, dispuesto a tomar las riendas de la situación.

—Necesitamos la información que Lindsay le mostró a Patrick. Sin ella no podemos investigar, por no hablar de que serian pruebas cruciales. Por eso te llamé, necesito registrar las cajas que te entregué el otro día.

Ryan se pinzó el puente de la nariz con el dedo índice y pulgar al escuchar sus palabras. Las malditas cajas estaban en el desván de la casa de su madre. Tendría que inventarse una buena excusa para rebuscar entre las pertenencias de Lindsay, aquellas que su madre se había negado a ver a modo de cortafuegos con su dolor. Pensaba que si cualquier objeto de su hija desaparecía de su vista, también lo haría el dolor lacerante que fustigaba cada día su corazón.

Hannah fue consciente de la expresión de derrota de Ryan, la misma que sentía ella misma, pero no pensaba rendirse.

—Revisé el piso de arriba abajo por si por alguna casualidad Lindsay ha ocultado esos papeles en algún lugar, pero no encontré nada —confesó—. Esas cajas son mi última esperanza de encontrar algo.

—Está bien —aceptó Ryan, sabiendo que era la única baza con la que contaban—. Pero necesitaré que me acompañes a casa de mi madre. No quiero que sospeche que algo extraño sucede. Le diré que, por error, metiste en esas cajas algo que te pertenecía y que me pediste recuperarlo.

Hannah se sorprendió al escuchar sus palabras y hubiera querido negarse. Por nada del mundo quería pasar tiempo con Ryan, aunque en el fondo supo desde el principio que eso sería lo que sucedería si le contaba sus sospechas sobre la muerte de Lindsay.

—Está bien, justamente hoy acabé mi turno y tengo varios días libres.

—¡Perfecto! —exclamó Ryan triunfal—, yo también tengo unos días. En cuanto acabemos de cenar te llevaré a tu casa y yo buscaré un lugar donde pasar la noche. Mañana saldremos a primera hora, ¿te parece?

—No hace falta que busques un sitio, puedes quedarte en casa, hay dos habitaciones libres —ofreció Hannah, arrepintiéndose al instante de sus palabras. «¿Por qué demonios has hecho eso?», se preguntó frustrada. «Eres una estúpida», prosiguió con su conversación interna, «se supone que lo querías bien lejos de ti, que no querías volver a sufrir».

Ryan tardó unos segundos en reaccionar, sorprendido por su ofrecimiento. Sabía que Hannah le quería lejos: así se lo había transmitido su hermana unas semanas después de la conversación que habían mantenido en la cocina de la casa de su madre, cuando él decidió alejarse de Hannah y de los sentimientos que ella le provocaba por fidelidad a su relación con Meredith. «Qué estúpido fui», se dijo al recordar la infidelidad de su esposa con uno de sus compañeros de trabajo.

—¿Aceptas o no? —indagó Hannah con nerviosismo, deseando que se negara, pero para su sorpresa no fue así.

—Por supuesto, no va a ser fácil encontrar alojamiento con tan poca antelación, y más en las fechas que estamos.

—Claro —replicó Hannah. Sus palabras eran ciertas, el hotel y la ciudad estaban casi al completo por la temporada veraniega.

Capítulo 10

Hannah abrió la puerta del apartamento y encendió la luz antes de apartarse para dejar paso a Ryan. Cuando había decidido pedirle ayuda, nunca pensó en compartir techo con el hombre al que creía haber olvidado y que todavía hacía vibrar su cuerpo con su proximidad.

—Ya conoces el apartamento, es pequeño —dijo—, pero tenemos tres habitaciones. Puedes usar la de Lindsay o la de Fiona —añadió al ver la expresión que mostró Ryan.

—Preferiría la de tu prima, si no te importa —replicó Ryan, incómodo con la idea de dormir en la cama de su hermana. Recordaba la habitación del último día que estuvo allí y le pareció un lugar triste y vacío, con el hueco en blanco que habían dejado sus fotos en las paredes, oscurecidas por el tiempo.

—Lo siento —se disculpó Hannah, arrepentida, consciente de su metedura de pata—. ¿Necesitas algo? ¿Un cepillo de dientes, toallas? Puedes darte una ducha —preguntó hospitalariamente.

Ryan iba a replicar que no, pero en el último momento decidió que necesitaba una copa, algo que relajara su cuerpo tras la tensa noche que llevaba si quería dormir algo.

—No me vendría mal una copa de vino —decidió, sorprendiendo a Hannah.

—Claro, sin problema —respondió ella mientras se dirigía con presteza hacia la nevera, de la cual rescató media botella de vino blanco. Luego se aproximó a una de las alacenas superiores e intentó atrapar las copas, situadas en la balda superior, pero sus dedos apenas rozaron el cristal. Eso le hizo recordar que Lindsay siempre era la que cogía las copas de vino porque ella no llegaba, y un escalofrío extraño y triste recorrió su cuerpo.

Ryan no había apartado en ningún momento su mirada de Hannah mientras se movía por la cocina e, inevitablemente, los recuerdos del pasado volvieron como una brisa de aire fresco. De nuevo estaban en aquel pequeño apartamento cerca de la universidad, y Hannah pululaba por la cocina mientras él arreglaba la manilla de una puerta, que realmente no tenía ningún desperfecto. Sabía que lo que hacía no estaba bien, que debía respeto y fidelidad a la mujer que había elegido para compartir su vida, pero la irremediable atracción que sentía por la mejor amiga de su hermana no le dejaba pensar con claridad. La deseaba con todas sus fuerzas, desde su cuerpo menudo y delgado hasta su flameante cabellera y sus brillantes ojos azules, parecidos al vivo color del mar que tanto le gustaba surfear.

—No llego, ¿me ayudas? —dijo Hannah a regañadientes, molesta por tener que pedir ayuda a Ryan.

Él dudó unos instantes, ya que no sabía si era muy inteligente acercarse demasiado a aquel cuerpo que sus manos deseaban recorrer, pero tampoco podía ser descortés. Acortó la distancia que los separaba y se situó detrás de ella. Tuvo que contener el aliento cuando su ligero olor floral traspasó sus fosas nasales. «Ni lo sueñes, ella no es para ti, no lo fue en el pasado y no lo será ahora», se dijo antes atrapar dos copas de vino entre sus dedos. Con la mayor delicadeza las dejó sobre la encimera, flanqueando con sus brazos el cuerpo de Hannah, que permanecía estática.

Hannah había sentido que su corazón se detenía durante unos instantes cuando notó a su espalda la cercanía de Ryan. Podía percibir que su pecho estaba a escasos centímetros de su espalda, el calor que desprendía y su característico olor almizclado. Deseó girar en redondo, sin importarle chocar contra él, y enlazar sus manos tras su nuca antes de probar sus labios por primera vez. «Oh, por Dios, no seas estúpida», se reprendió mentalmente, y se sintió agradecida cuando él dejó las copas a su alcance.

—Espérame en el salón, ahora voy —le dijo, deseando que se apartara de su cuerpo de una maldita vez.

—Claro —aceptó Ryan, agradecido.

Un cuarto de hora después ambos disfrutaban del vino sentados en el sofá, mientras intercambiaban anécdotas sobre Lindsay, como si el momento vivido en la cocina no hubiera existido. Sin pretenderlo, un velo de tristeza los envolvió y permanecieron en silencio unos minutos.

—No sé si podré aceptar su muerte algún día —dijo Hannah en voz alta.

Ryan pudo ver el pesar que asolaba el rostro femenino. Comprendía perfectamente cómo se sentía Hannah, él mismo tenía esa misma sensación de impotencia, pero no podían permitirse el lujo de caer en la marea de melancolía que no les llevaría a ninguna parte.

—Yo tampoco, pero tenemos que hacernos a la idea de que nunca la recuperaremos —no podía mentirla—. Lo único que está en nuestra mano es descubrir la verdad y que el responsable pague por ello —añadió mientras su gesto se endurecía.

Hannah vio la sombra que tornó su mirada oscura, y supo en aquel momento que el responsable de la muerte de su amiga no escaparía indemne. Ryan no lo permitiría, ni ella tampoco.

Finn Jenkins se colocó la corbata y comprobó, mirándose en el espejo, que estaba recta. Tras unos minutos estuvo conforme con su aspecto, a pesar de las ojeras bajo sus ojos que denotaban el cansancio acumulado. Bajó la escalera con celeridad y agradeció el olor a café recién hecho cuando llegó a la cocina. Louise ya dejaba su taza en el fregadero y le sirvió otra, que le tendió.

—Gracias, amor, estás en todo —dijo Finn antes de besar levemente los

labios de su esposa.

La aludida sonrió al escucharle.

—No queda otra —dijo mientras comprobaba la hora en su reloj, percatándose de que ya andaba justa de tiempo— ¿Recordarás que esta tarde tienes que ir a recoger a los niños? —comentó Louise, sobresaltando a su esposo—. Finn, ¿me estás escuchando? —preguntó con frustración mientras cogía las bolsas del almuerzo de los pequeños.

—Sí, Louise, sí —respondió el aludido mientras se frotaba la frente.

—De todas maneras te llamaré por si acaso —replicó ella, desconfiada. En los últimos tiempos su marido parecía en otro mundo y su extraño comportamiento comenzaba a preocuparla. Hubiera deseado interrogarle al respecto, pero no tenía tiempo. Debía llevar a los niños al colegio y luego abrir su recién estrenado negocio—. ¡Niños! —llamó a sus hijos, que no tardaron en aparecer corriendo por el pasillo—. Dadle un beso a papá, tenemos que irnos.

Finn Jenkins apenas se percató de los tiernos besos que habían depositado sus hijos sobre su rostro. Sabía que tenía que ponerse en marcha, que debía llegar a su hora al trabajo si quería sacar adelante la pila de tareas atrasadas que tenía almacenadas sobre la mesa. Por no hablar de las entrevistas que debía realizar para el puesto que había quedado vacante semanas antes, y que aún no había sido cubierto.

Si pensaba que la cosa se había puesto fea cuando Lindsay encontró una documentación que había intentado ocultar de la vista de sus empleados, el asunto empeoró con su muerte. No, aquello no pintaba bien, y para colmo de males el estúpido de Lambert no parecía dar pie con bola en el trabajo. Parecía rehuirle, como si él le hubiera hecho algo. Por no hablar de que le había descubierto conversando con la recepcionista, la tal Hannah, la mejor amiga de Lindsay. ¿Qué pasaría si Lambert se iba de la lengua? Había

intentado transmitirle sus sospechas a Anderson, pero aquel gilipollas no había querido escucharle. Ese tipo era un estúpido ególatra incapaz de ver más allá de su propio interés.

Ahora se arrepentía de haber aceptado la proposición que le había hecho Anderson un par de años antes. Al principio se había negado, estaba conforme con su empleo y sueldo, que era más que suficiente para mantener a su familia. Pero finalmente cayó en la tentación del dinero fácil, que le proporcionó más comodidades de las que habría soñado. Incluso había logrado cumplir el sueño de su esposa de tener su propio negocio, una tienda de ropa, ya que le encantaba la moda. ¡Qué estúpido había sido! Ahora lo sabía, pero ya era demasiado tarde para volverse atrás. Estaba de mierda hasta el cuello y no sabía cómo iba a salir de allí.

El sonido del timbre le sobresaltó y, resueltamente, se dirigió a la entrada de la casa para descubrir de quién se trataba. Cuál no fue su sorpresa al encontrarse frente a frente con Alfie Lambert, que esperaba pacientemente en el rellano.

—Lambert, ¿qué haces tú aquí? —preguntó Finn, confuso, antes de mirar a un lado y al otro de la calle, agradecido al percatarse de que nadie les observaba. Era lo que tenía vivir en un barrio residencial, que cualquiera podía husmear en tu vida—. Anda, pasa —le invitó a regañadientes, para sorpresa del joven, que permanecía con la cabeza gacha y los dedos enlazados.

—¿Entras de una maldita vez? —insistió Finn al ver que el otro no se movía.

—Lo siento, señor Jenkins —replicó Alfie con el rostro teñido de rubor mientras se adentraba en el interior. Nunca había estado en aquella zona de la ciudad, y mucho menos rodeado de los lujos del interior de la gran casa señorial donde vivía su jefe junto a su familia.

Finn solo respiró cuando el joven estuvo en el interior, lejos de las miradas curiosas de sus vecinos. Solo entonces se enfrentó a Lambert, que parecía un perrillo asustado.

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí? —preguntó furioso mientras clavaba la mirada en su rostro ceniciento.

—Lo siento, señor Jenkins, no pretendía molestarle —se excusó, mientras intentaba secar el sudor de sus manos en las perneras de los pantalones, sin importarle la mirada reprobatoria que le dedicó su jefe—, pero necesitaba hablar con usted.

—¿Y qué es eso tan importante que no podía esperar hasta que nos viéramos en la oficina? —indagó molesto.

—Es sobre *Louper repairs*, creí entender que no podíamos hablar sobre ese asunto en el hotel.

—¿Qué sucede con eso?

—No quiero saber nada más sobre esa empresa, quiero desligarme de la misma.

—¿Qué? —boqueó Finn, incrédulo. Había pensado que nada podía ir peor, pero parecía que se había equivocado—. Es una broma, ¿verdad?

Alfie se sintió apabullado ante el tono furioso de Jenkins, como le sucedía cada vez que le reprendía por algo, pero esta vez el asunto era muy serio y no pensaba amilanarse como había sucedido en otras ocasiones. Por su maldita cobardía estaba metido en aquel lío, y no se sentía orgulloso.

—No, no lo es, señor Jenkins, no quiero saber más sobre sus trapicheos.

Jenkins perdió los nervios al descubrir que Lambert hablaba en serio, que no le temía, y sin medir su acción cogió al joven por la pechera de la camisa y lo elevó varios centímetros del suelo, sin esfuerzo aparente.

—Escúchame bien, mierdecilla, no vas a hacer eso.

—¡Sí lo voy a hacer! —replicó Alfie mientras se desprendía a duras

penas del agarre, sorprendiéndose a sí mismo por el coraje que parecía haber poseído su persona.

Una sonrisa fría se formó en los labios de Finn.

—No, no harás tal cosa si quieres que tu abuela siga recibiendo los cuidados que tanto necesita. ¿Acaso lo has olvidado?

Alfie hubiera querido negarlo, mandar al cuerno todo, pero parecía que estaba atrapado en una tela de araña que había tejido Jenkins a su alrededor y de la que no podía escapar.

—No, no lo olvido —respondió finalmente, derrotado.

—Bien, así me gusta —finalizó Finn, satisfecho con lo conseguido—, y ahora lárgate de mi casa.

Alfie asintió y salió de la vivienda con un gesto fracasado, aquel que parecía haberle acompañado la mayor parte de su vida. La culpabilidad era una dura carga que llevar sobre los hombros, pero era la que le acompañaba desde que Lindsay, la única amiga que había tenido, había muerto. No era estúpido, Lindsay le había hablado sobre sus sospechas, y él, como un cobarde, le había quitado importancia al asunto para que ella dejara de investigar, pero no había servido de nada. A pesar de que las autoridades habían determinado que su muerte había sido fortuita, él sospechaba que Jenkins y Anderson habían tenido algo que ver en el asunto y la culpa le asolaba desde entonces.

Capítulo 11

El sonido insistente del despertador logró que un pequeño grito de frustración surgiera de los labios de Hannah, que lo apagó de un manotazo. Apenas había pegado ojo en toda la noche. Durante interminables horas recordó lo que había sentido varios años antes, cuando se enamoró de Ryan como una estúpida. A lo largo de las semanas en las que él se presentó en el apartamento de improviso, creyó que él también sentía algo por ella, pero todas sus esperanzas desaparecieron cuando Lindsay le habló de la novia de su hermano. Descubrir que había estado babeando por un hombre que pertenecía a otra mujer fue un duro golpe y el principal motivo por el que nunca le confesó a su mejor amiga lo que sentía por su hermano. Después de eso, Ryan desapareció de su vida de la noche a la mañana y lo prefirió así. Al menos con su ausencia le fue más fácil superar lo que había empezado a sentir, aunque parecía que años después su corazón todavía latía aceleradamente en su presencia, y se maldecía por ello. «Deja de pensar en eso», se recriminó molesta. «Debes centrarte en la muerte de Lindsay, es el motivo por el cual Ryan está ahora mismo en la habitación de al lado. Vamos, levántate, no tiene sentido que sigas aquí tumbada contando las horas», se dijo mientras obligaba a su cuerpo a moverse y a salir de la cama.

Se dirigió a la puerta y la abrió con cautela para poder otear desde el interior de la habitación. No quería encontrarse a Ryan recién levantada. «Tengo que tener una pinta horrible», se dijo mientras se tocaba el pelo revuelto que caía sobre sus hombros. «¿Y a ti que más te da?», se reprochó, molesta, mientras caminaba airadamente hacía el único baño del apartamento.

La ducha caliente le sentó de maravilla y, una vez hubo salido, Hannah

se sentía una mujer nueva. El olor a café recién hecho la guió hasta la cocina y se sorprendió al descubrir a Ryan haciendo huevos revueltos frente a los fogones. Como si él hubiera intuido su presencia, se giró, dibujando una amplia sonrisa en los labios, y le saludó.

—Buenos días.

—Buenos días —respondió Hannah—. ¿Qué haces levantado tan temprano?

—Será deformación profesional. Tengo horarios muy raros —dijo Ryan mientras servía el revuelto en dos platos—. Siéntate, por favor —la invitó, como si se encontrara en su propia casa.

—Es verdad, tengo entendido que los bomberos tenéis un horario peculiar —comentó Hannah mientras se sentaba frente al plato.

—Sí, y te puedo asegurar que, en ocasiones, me parece que vivimos al contrario del resto del mundo —explicó Ryan con humor mientras ocupaba la banqueta junto a Hannah.

—Tiene que ser un trabajo duro, pero también es emocionante salvar vidas —elogió Hannah.

Ryan se sintió algo cohibido tras su comentario halagador. No le gustaba la imagen de héroes que tenía todo el mundo sobre los bomberos.

—¿Te gusta? —dijo señalando su plato, en alusión al desayuno, intentando cambiar de tema.

Hannah tragó antes de responder a su pregunta.

—Está buenísimo, yo soy una pésima cocinera —confesó sin inmutarse.

—Pero seguro que tienes otras virtudes que contrarrestan la falta de pericia entre cazuelas. No debe ser fácil enfrentarse a cientos de desconocidos que vienen con problemas que tienes que resolver con una sonrisa en los labios. Yo nunca podría trabajar cara al público, no me caracterizo por tener demasiada paciencia —confesó Ryan con humor.

—Yo tampoco, no lo creas —contestó Hannah con una sonrisa.

Media hora después mantenían una animada charla sobre la ciudad, que para sorpresa de Hannah, Ryan parecía conocer muy bien a pesar de vivir en San Antonio. Su conversación se vio interrumpida cuando el teléfono de Ryan comenzó a sonar con insistencia.

—Hola, mamá —saludó Ryan cuando finalmente logró sacar el móvil del bolsillo trasero de su pantalón. Durante unos segundos permaneció en silencio, escuchando las palabras del interlocutor antes de contestar—. Sí, no te preocupes, llegaremos a tiempo para comer.

Hannah, incómoda ante la sensación de estar espiando una conversación ajena, decidió recoger la cocina y dirigirse a su dormitorio para acabar de prepararse. Cuando regresó al salón descubrió a Ryan oteando sus libros.

—Ya estoy lista —manifestó para que él notara su presencia.

Ryan se giró y la observó fijamente, tardando unos segundos en reaccionar. Hannah siempre le había parecido atractiva, pero con el paso de los años, parecía haberse convertido en una mujer extremadamente irresistible. Unos *jeans* se ajustaban a sus piernas, una camiseta sencilla de tirantes de color amarillo cubrían su pecho y unas sandalias planas de piel completaban su indumentaria. Consciente del escrutinio al que la estaba sometiendo, Ryan sacudió la cabeza antes de hablar.

—Pues vamos, nos espera un largo camino por delante.

Ryan decidió hacer un alto en el camino tres horas después de comenzar el viaje desde Dallas a San Antonio. Él estaba más que acostumbrado a largas jornadas subido a su moto, pero imaginaba que Hannah tendría un ligero dolor de trasero y, a pesar de la situación en la que se encontraban inmersos, no

pudo evitar sonreír al imaginarla maldiciéndole en voz baja.

—Hannah, descansaremos un rato —dijo después de girar la llave para apagar el motor.

—¡Genial! —exclamó la aludida, deseando bajar de aquel aparato del infierno, que era como había decidido bautizar a la moto de Ryan.

Con dificultad mal disimulada, descendió y notó como sus piernas flaqueaban. Temió derrumbarse y acabar espatarrada sobre el asfalto, pero cuando estaba a punto de suceder, un brazo masculino aferró su cintura.

—¡Eh, cuidado! —sonó la voz aterciopelada de Ryan cerca de su oído, provocándole un ligero escalofrío que recorrió cada poro de su piel—. ¿Eres de plastilina? —preguntó con humor, y Hannah no pudo evitar sonreír ante sus palabras.

—Más bien me siento como una antigua dama a la que un pistolero ha raptado y montado sobre la grupa de su caballo.

Ryan no pudo evitar imaginar la escena descrita por Hannah. Le hubiera gustado que fuera real y poder estar con ella en otro tiempo, en otro lugar, y haberla raptado para que fuera suya. «¿Desde cuándo eres tan romántico?», se preguntó sorprendido.

—Me muero por tomarme una Coca Cola —dijo Hannah apartándose de la cercanía de Ryan, ahora que había recobrado el control sobre sus extremidades.

—Pues vamos allá —replicó Ryan señalando la puerta del establecimiento—, yo también estoy sediento.

Al entrar, Hannah agradeció el aire acondicionado del local y se encaminó a una mesa vacía. Ryan la seguía de cerca y no pudo evitar admirar su bien formado trasero, que se marcaba claramente gracias a los ajustados *jeans*.

El problema surgió al percatarse de que no era el único que se había

fijado en sus curvas, sobre todo un tipo situado en la barra, que por su vestimenta intuyó que se trataba de un camionero. No llegó a tiempo a la mesa, aquel tipo ya se había sentado frente a Hannah, que le observaba sorprendida, y comenzó a parlotear con ella en un intento lamentable de seducción.

—Hola, preciosa, ¿no estás muy sola? —preguntó el camionero—. Si quieres yo puedo acompañarte y darte conversación para que no te aburras.

Hannah observó el rostro del tipo que se había sentado a su mesa sin permiso. No podía negar que era un hombre atractivo, pero su intromisión había sido desafortunada.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —prosiguió el camionero, logrando que Ryan frunciera el ceño. Estaba a punto de acercarse para erigirse como caballero andante, cuando la contestación de Hannah le hizo quedarse quieto.

—Mire, no estoy sola y aunque así fuera no me interesa su compañía. Y no, el gato no se comió mi lengua, pero sí su buena educación. ¿Acaso le invitado a que se siente?

El aludido la miraba sorprendido, y simplemente hizo un gesto negativo con la cabeza en respuesta a su pregunta.

—Pues entonces, lárguese.

El hombre abandonó su asiento, confuso y avergonzado al haber quedado en evidencia frente a sus compañeros de ruta, y salió del local precipitadamente. Para sorpresa de Hannah y Ryan, un coro de risas y vítores tronó en el local.

—¡Así se hace, nena! —se escuchó a alguno de los camioneros restantes.

Ryan decidió que aquel era el momento de moverse y se dirigió a la mesa donde ocupó el asiento que quedaba libre.

—Vaya, parece que sabes apañarte muy bien tú solita —dijo con

humor mientras clavaba la mirada en el rostro sonrojado de la joven.

—No me gusta que los desconocidos invadan mi espacio vital —dijo Hannah un poco más recuperada.

Capítulo 12

Christa esperaba con impaciencia la llegada de Ryan y Hannah. Le hacía ilusión volver a ver a la mejor amiga de Lindsay, que había sido un gran apoyo para ella en el velatorio y a lo largo del tiempo transcurrido. Era una joven adorable y a pesar de que el nexo que las unía había desaparecido, una vez a la semana se molestaba en llamarla para ver cómo se encontraba.

Le había sorprendido la llamada de Ryan el día anterior, anunciando la visita compartida y más el motivo. Al parecer Hannah había guardado por error algunas de sus pertenencias en las cajas de Lindsay y quería recuperarlas.

Pensar en esas cajas marrones e impersonales que permanecían en el desván le encogió el corazón. Aún no había tenido el valor de subir a aquel lugar, y mucho menos abrir una sola de ellas. No estaba preparada para enfrentarse a los efectos personales de su hija mayor, tomar las decisiones pertinentes sobre su ropa...

—Cielo, ¿estás bien? —preguntó su marido, que se había situado a su espalda y enlazaba su cintura con un brazo. En su voz pudo notar la preocupación y eso hizo que una ligera sonrisa se dibujara en sus labios.

—Sí, mi amor, solo algo melancólica. ¿Y tú? —preguntó girándose sobre sí misma para poder ver su expresión.

—No puedo mentirte —dijo Connor, tenso como una cuerda—. Cada vez que Ryan viene a visitarnos me siento como un intruso en mi propia casa.

Christa elevó su mano y acarició la mejilla masculina con ternura. Sabía del esfuerzo que hacía Connor cada vez que Ryan aparecía por casa. No debía ser fácil lidiar con el rechazo de su hijo durante años y estaba inmensamente agradecida por su infinita paciencia con aquel asunto.

—Lo siento amor, aún no te ha perdonado que me enamorara de ti. — Aunque el verdadero motivo era que Connor había sido el mejor amigo de su difunto esposo, un héroe para Ryan—. Sé que es una actitud bastante infantil, pero sé que algún día lo superará.

—Eso espero, amor —respondió Connor antes de besar la frente de su esposa con adoración.

—¡Ya están aquí! —exclamó Karen dando saltos alrededor de la pareja.

—Ve a recibirles —instó Connor a Christa apartándose de ella y obligándola a moverse con un ligero empujón—, yo me encargo del asado — se ofreció. Prefería que el encuentro entre madre e hijo fuera lo más agradable posible, y con él presente sabía que era una misión imposible.

Ryan aparcó la moto frente al porche. Parecía que en las últimas semanas había visitado más la casa de su madre que en un año. No le pasó desapercibido el movimiento de cortinas y el rostro infantil que sonrió al descubrir su presencia. Parecía que su hermana pequeña ya no estaba enfadada con él y eso caldeó su corazón.

—No ha cambiado nada —dijo Hannah admirando la vivienda y el cuidado jardín delantero. Había pasado algunas vacaciones allí junto a Lindsay y eran unos recuerdos que atesoraría de por vida.

—No, el exterior no —replicó Ryan mientras ayudaba a Hannah a bajarse de la moto y guardaba los cascos en el apartado bajo el asiento—, pero han renovado la cocina y el salón. Me gustaba más como era antes — añadió mientras fruncía el ceño sin ser consciente de ello.

Hannah se percató de la tensión de su cuerpo y la expresión de su rostro. Estaba claro que no se sentía cómodo, algo incomprensible para Hannah, ya que se encontraba en la casa donde se había criado. Suponía que se debía al marido de su madre. Lindsay le había comentado que a Ryan no le había gustado la idea de que Christa se volviera a casar, aunque no había ahondado

mucho en el asunto porque ella había cambiado rápidamente de tema, ya que en aquel entonces no quería saber nada de Ryan.

—¡Ryan! —exclamó una voz infantil, y antes de que el aludido pudiera reaccionar Karen se tiró en sus brazos y saltó como un gamo para encaramarse en el cuerpo de su hermano.

—¡Eh, enana, que ya no eres como una pluma! —replicó Ryan fingiendo que su peso le desequilibraba. Luego besó su mejilla y la estrechó fuertemente contra su cuerpo antes de dejarla en el suelo.

Mientras tanto Christa se acercó hasta Hannah, que parecía retraída, y la abrazó con dulzura antes de hablar.

—Cuánto me alegra que hayas venido a visitarnos. —No quería mencionar el verdadero motivo de que Hannah se encontrara allí.

—Es un placer, señora Simmons.

—¿Y a mí no me saludas? —preguntó Karen morruda. Se había situado junto a ellas con los brazos cruzados sobre su pecho para reafirmar su enfado.

Hannah se apartó de Christa y una sonrisa se dibujó en sus labios al clavar su mirada en su pequeño rostro, que por un instante le recordó tanto a Lindsay que dejó de respirar.

—Hannah, ¿estás bien? —preguntó Ryan, que no había apartado su mirada de su rostro, y no le pasó desapercibida su expresión.

—Sí, claro —respondió más recuperada antes de centrar su atención en la pequeña—. Es que estás tan grande que apenas te he reconocido —dijo antes de abrazar a Karen entre sus brazos.

Dos horas después, y tras una copiosa comida que para sorpresa de Christa transcurrió en perfecta armonía, al fin Ryan y Hannah pudieron subir por las estrechas escaleras del desván para poder revisar las cajas de Lindsay.

—Espera un momento —indicó Ryan a Hannah mientras buscaba a

tientas la bombilla para encender la luz, ya que el lugar estaba inmerso en la completa oscuridad.

Cuando la luz de la lámpara se encendió Hannah tuvo que cerrar y abrir los ojos en varias ocasiones para poder adaptarse antes de enfocar su mirada.

—Están allí —dijo Ryan mientras tomaba la mano femenina para instarla a caminar.

Hannah percibió cómo una corriente eléctrica recorrió su cuerpo cuando sus pieles se tocaron, y se sintió agradecida cuando Ryan se detuvo y la soltó para coger la primera de las cajas apiladas. Estaba a punto de hacer lo propio con la siguiente, para situarla en el suelo cuando una pequeña araña surgió de la nada dándole el susto de su vida.

—¡Ahhh! —exclamó a su pesar, y sin saber cómo en un instante se encontró cobijada entre los brazos de Ryan.

—¿Qué ha pasado? —preguntó preocupado, pero disfrutando del contacto que unía sus cuerpos.

Hannah se sentía avergonzada por lo sucedido, y a pesar de ello decidió contar la verdad. No era un delito tener fobia a las arañas.

—Había una araña, y no las soporto —confesó elevando su mirada y clavándola en el rostro de Ryan, esperando su reacción.

Una sonrisa divertida surgió en los labios masculinos.

—No lo puedo creer, una mujer que es capaz de enfrentarse a un fornido camionero, ¿cómo va a tener miedo a una pequeña arañita con patas como alambre? —se mofó, y la reacción de Hannah no se hizo esperar. Un fuerte manotazo golpeó su brazo.

—¡No tiene gracia! —exclamó, y la furia ascendió por su cuerpo cuando escuchó su risa—. Eres un estúpido —espetó, dispuesta a separarse de su pecho, pero para su sorpresa Ryan no se lo permitió.

—Y tú te pones preciosa cuando te enfadas, me encanta cuando tus

mejillas se colorean —murmuró él mientras elevaba su mano y acariciaba su rostro con los dedos, comprobando su suavidad.

Deseaba besarla, necesitaba besarla, pero no estaba seguro de que fuera una buena idea. «Deja de ser un cobarde, ya has perdido demasiado el tiempo», se recriminó, seguro de que eso sería lo que le diría su amigo Clark.

Hannah vio cómo el rostro masculino se acercaba al propio, notó cómo su aliento acariciaba su mejilla y supo en aquel instante que iba a besarla. Por un lado quería negarse, apartarse de él y evitarlo, pero otra parte de su ser lo estaba deseando. Llevaba años obsesionada con ese hombre, a pesar de que ni tan siquiera se habían besado ni una sola vez. «Oh, vamos, ya no eres una adolescente», se recriminó mentalmente. «Quizás es lo mejor, besarle. Así quizás lo saques definitivamente de tu vida. Le has idealizado».

—¡Ryan, Hannah! —sonó la voz de Karen, que trotaba por las escaleras—. Mamá dice que si queréis un café —concluyó ya junto a ellos, que se habían separado a la velocidad del rayo.

—Nada —comentó Hannah fracasada antes de sentarse sobre el suelo, sin importarle mancharse el trasero de polvo.

Llevaban cerca de dos horas registrando cada caja pero ni rastro de los famosos documentos. Hannah no entendía donde podían estar.

Ryan, tan frustrado como Hannah, cerró la tapa de la última caja y se dejó caer a su lado en el suelo. Estaba agotado y hundido a partes iguales.

—Si no encontramos esos papeles no podemos hacer nada.

Hannah, que permanecía apoyada contra una pared, giró su rostro y clavó su mirada en él.

—Lo siento, pero no pienso abandonar. No podría vivir el resto de mi

vida con esto sobre mi conciencia.

Ryan, que en aquel momento tenía clavada la mirada en el techo abovedado, se giró y observó atentamente a Hannah. Su rostro mostraba determinación.

—¿Y qué propones?

Hannah arrugó los labios en una graciosa mueca y se tomó unos minutos antes de contestar a su pregunta.

—Bueno, si no tenemos esos papeles no podemos investigar, pero podemos aprovechar mi situación.

—¿Tu situación? —indagó Ryan confuso.

—Recuerda que trabajo en el hotel, y si todo esto tiene que ver con su trabajo, nadie mejor que yo para investigarlo.

Ryan notó cómo un sudor frío recorría su cuerpo tras escuchar sus palabras. Pensar en que Hannah pudiera estar en peligro lograba que su estómago se contrajera. Por nada del mundo pensaba dejar que ella se pusiera en el punto de mira.

—Ni lo sueñes —dijo con voz tajante, logrando que la joven le observara intensamente.

«¿Quién se ha creído que es? ¿Mi dueño?», se dijo sulfurada. Hacía años que vivía por su cuenta, estaba acostumbrada a apañarse sola y a tomar decisiones y nada ni nadie le iba a hacer cambiar su forma de ser. Durante el tiempo que había durado el matrimonio de sus padres había sido testigo silencioso del poder que ejercía su padre sobre su madre. Cientos de veces, su madre había dejado de salir con quien quería o hacer lo que le apetecía si a su marido no le parecía bien. Quizás ese era el motivo por el que ella nunca se había comprometido seriamente con ningún hombre.

—¿Perdona? —dijo con voz grave.

A Ryan no le pasó desapercibido que sus palabras la habían molestado,

y aún así rebatió su alocada idea.

—Que no pienso permitir que te pongas en peligro.

—Lo entiendo, pero yo, y solo yo, decido sobre mi vida.

Ryan volvió a clavar su mirada en el techo y contó hasta diez antes de enfrentarse nuevamente a ella.

—Hannah, mi intención no es meterme en tu vida, pero no quiero que nada malo te suceda. Los dos queremos descubrir la verdad, pero lo haremos juntos, como un equipo.

Sus palabras lograron aplacar a Hannah. Quizás estaba exagerando, al fin y al cabo él solo quería protegerla. A su pesar una extraña sensación recorrió su cuerpo y la hizo sentir como aquella niña que solía refugiarse en los brazos de su abuela en busca de la estabilidad que necesitaba.

—¿Y tomaremos juntos las decisiones? —indagó, para cerciorarse de que podía fiarse de Ryan.

—Por supuesto —respondió él con una sonrisa amistosa—. Y ahora será mejor que bajemos, se ha hecho tarde —dijo tras comprobar la hora en su reloj y levantarse antes de tenderle su mano para ayudarla a ponerse en pie.

Hannah dudó unos instantes, temiendo que el contacto de sus pieles volviera a despertar en su cuerpo cosas que no quería sentir.

—¡Oh, vamos, no te voy a comer! —le dijo Ryan con una sonrisa ladina—. ¿Me tienes miedo?

—Claro que no —respondió Hannah aferrando su mano para incorporarse, aunque en cuanto tuvo ocasión la soltó.

Cuando bajaron, descubrieron a Karen y Christa sentadas en el sofá viendo una película infantil. Al escucharles llegar ambas elevaron su mirada y les sonrieron.

—Habéis tardado una eternidad —dijo Karen—. Me hubiera gustado que vierais la peli, es muy buena —dijo señalando la caja del DVD donde

aparecía una princesa de larga melena rubia.

Hannah iba a replicar que le encantaba aquella película, cuando descubrió sobre la mesa, junto a la portada de la película, el broche que tanto gustaba a Lindsay y que realmente era un pen drive. «Claro, eso es, ¿Cómo no he caído en eso?», se preguntó notando que la adrenalina circulaba libremente por su cuerpo.

—Me encanta esa peli —dijo sentándose en el sofá a su lado, Ryan la miraba confuso, se suponía que iban a despedirse y emprender el camino de vuelta a Dallas—. Y ese colgante también, me recuerda a uno que tenía Lindsay —añadió, esperando la reacción de la niña.

Karen en un acto reflejo atrapó el colgante y cerró su puño, e instintivamente giró su rostro y clavó su mirada en su madre, que la miraba con sospecha. Sabía que no debería haber cogido la mariposa, y mucho menos husmear entre las cosas de su hermana, pero no había podido resistirse y ahora se veía descubierta.

—Lo siento, mamá, no te enfades conmigo —se disculpó bajando la cabeza y clavando su mirada en sus rodillas, apesadumbrada.

La reacción de Christa no fue la que su hija esperaba. No estaba enfadada, había estado tan sumida en su propio dolor, rechazando cualquier objeto que le recordara a Lindsay, que no había tenido en cuenta la necesidad de la niña de aferrarse a través de un objeto al recuerdo de su hermana. Acortó la escasa distancia que las separaba y posó su brazo sobre los hombros de Karen antes de hablar.

—Cielo, no estoy enfadada, deberías ser tú la que lo estuvieras. Tienes todo el derecho de quedarte con un recuerdo de Lindsay. Mañana subiremos al desván y decidiremos qué hacer con el resto de sus cosas.

—¿De verdad, mamá? —preguntó la niña sorprendida.

—Por supuesto —replicó Christa antes de besarle la coronilla.

Hannah y Ryan observaban la escena con el corazón encogido, pero cuando la pareja se reconcilió, Ryan fue el primero en reaccionar. Se acercó al sofá y se acuclilló frente a Karen.

—Estoy seguro de que a Lindsay le encantaría que lo tuvieras tú.

—Si mal no recuerdo —intervino Hannah—, ese colgante es un *pen drive* donde Lindsay guardaba fotos —mintió, buscando la excusa perfecta para poder revisarlo.

—Cielo, ¿me lo dejas un momento? —preguntó Ryan, temiendo que su hermana se negara.

La niña dudó unos instantes antes de alargar su mano y dejar caer el colgante en la de su hermano, que lo aferró entre sus dedos.

—Mamá, ¿puedo usar tu ordenador para comprobarlo? —preguntó levantándose, deseando ir a la cocina, donde solía estar el portátil de su madre.

—Claro, hijo, así podremos disfrutar de un rato más de la compañía de Hannah.

Capítulo 13

Eran casi las doce de la noche cuando llegaron a Dallas. Para ahorrar tiempo cogieron algo para cenar en un restaurante de comida rápida y se dirigieron al apartamento. A pesar del cansancio del día, ambos estaban deseando llegar para poder ver lo que contenía el *pen drive* donde Ryan había copiado los archivos que había guardado su hermana en el colgante con forma de mariposa.

Nada más entrar por la puerta, Hannah se dirigió a su dormitorio para buscar su portátil y regresó al salón, donde Ryan la esperaba. Abrió la tapa del ordenador como si fuera la primera vez, y la espera del reinicio del sistema le pareció eterna. Se sintió eufórica cuando ante sus ojos apareció el escritorio donde estaban dispersas varias carpetas.

—¡Ya está! —exclamó triunfal—. Haz los honores —le indicó a Ryan, que jugueteaba con el pequeño dispositivo entre sus dedos.

—Deséanos suerte —dijo antes de introducir el pen en la ranura USB.

Cuando se abrió la ventana emergente, descubrieron la carpeta, donde, como habían esperado, estaban los archivos de los que le había hablado Cox. Los ojearon mientras cenaban, pero no tenían mucha idea de qué hacer con ellos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Hannah, menos efusiva que antes, ya que encontrar los famosos archivos no parecía llevarles a ninguna parte.

—No lo sé —replicó Ryan mientras se frotaba la frente con los dedos, sintiéndose tan frustrado como ella.

—Creo que lo mejor es que llame a Patrick. Me pidió que en cuanto tuviera la documentación en mis manos le avisara.

—Como quieras —replicó Ryan, aunque su mirada seguía analizando cada archivo abierto.

Hannah abandonó el sofá en el que había estado sentada hasta el momento, y rescató su móvil del bolso antes de marcar el número de Patrick.

—Patrick, siento las horas, soy yo, tengo lo que me pediste —dijo Hannah cuando la línea se liberó.

—Menos mal —dijo su interlocutor aliviado, temía que aquellos documentos hubieran desaparecido. Estaba claro que quien estuviera metido en aquel asunto tenía contactos porque había intentado acceder a las declaraciones de gastos del hotel y le había sido imposible, lo que quería decir que tenía que ser alguien importante—. ¿Dónde estaban?

—En un *pen drive*. Le he echado un vistazo a los documentos, pero no he sacado nada en claro —confesó Hannah frustrada.

—Genial, te voy a pasar mi correo electrónico por *whatsapp*. Mándame todo lo antes posible.

Hannah frunció el ceño tras escuchar sus palabras. Entendía que Patrick necesitaba aquellos archivos para poder investigar, pero eso quería decir que iba a dejarla fuera del asunto.

—¿Y después qué? —indagó.

—Cuando tenga algo te llamaré —replicó Patrick.

—Quedamos en que investigaríamos esto juntos...

—Yo no dije eso. Hannah, este asunto es peligroso, no hace falta que te recuerde lo que le sucedió a Lindsay. —No le gustaba tener que presionar a Hannah con la muerte de su amiga, pero no le quedaba más remedio si no quería que se metiera por medio. Era un asunto lo suficientemente delicado como para cometer cualquier fallo—. Me ocuparé yo, y cuando tenga alguna respuesta te informaré.

A Hannah le hubiera gustado mandar a la mierda a Patrick a pesar de su

amistad. Sabía que se había tomado el asunto como algo personal, y que no cejaría en su empeño de descubrir la verdad y llevar ante la ley a los responsables, pero no pensaba permitirle que la dejara fuera.

—Hannah —le llamó Patrick preocupado—. ¿Ha quedado claro?

—Como el agua cristalina —replicó ella a regañadientes.

—Está bien, nos mantenemos en contacto.

Cuando la llamada se cortó, Hannah se dejó caer sobre el sofá y se tomó unos minutos para tranquilizarse.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Ryan apartando su mirada de la pantalla y clavándola en el rostro decepcionado de Hannah.

—Que le mande los archivos y que le deje hacer su trabajo, que cuando tenga algo me avisará.

—¿Y piensas hacer lo que te pide? —preguntó Ryan mientras se dejaba caer sobre el respaldo del sofá y le dedicaba a Hannah una mirada enigmática.

—Por supuesto que no —replicó la aludida, que se mantenía con los brazos cruzados sobre su pecho y con el ceño fruncido.

—Perfecto, porque he encontrado algo que me ha llamado la atención, y creo que podríamos tirar de ese hilo para empezar.

—¿En serio?! —exclamó Hannah mientras se incorporaba y se ponía de rodillas sobre el sofá para poder ver más de cerca el enigmático rostro de Ryan.

—Por supuesto. Entiendo que tu amigo no quiera que nos metamos en este asunto, que él es el profesional, pero por nada del mundo pienso sentarme a esperar si hay la más mínima posibilidad de encontrar al responsable de su muerte.

—¿Y por dónde vamos a empezar? —preguntó Hannah.

—Tengo un amigo que trabaja en el servicio postal y me debe un par de favores. Le voy a llamar a ver si me puede localizar la dirección de la

empresa *Louper Repairs*, la mayor parte de los documentos son facturas emitidas por esa empresa y eso me hace pensar que lo que encontró Lindsay tiene que ver con ella.

—¿Pues a que esperas? Llámale —le ordenó Hannah impetuosamente.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Ryan al ver la excitación de Hannah, pero dadas las horas no podía hacer esa llamada. Imaginaba que su amigo debía estar ya en la cama y no quería molestarle.

—¿Te has dado cuenta de que son casi las dos de la madrugada? —le preguntó, disfrutando de la expresión cómica que se dibujó en el rostro de Hannah.

—¡Mierda! —exclamó Hannah—. Mañana tengo turno a primera hora —recordó molesta.

—Creo que lo mejor es que dejemos todo esto y nos acostemos.

—Sí, tienes razón. Pero prométeme que llamarás mañana a primera hora —solicitó Hannah mientras se levantaba, a pesar de que le hubiera gustado seguir hablando con Ryan.

—Te lo prometo, y ahora vete a descansar.

—¿Y tú? —preguntó Hannah confusa.

—Yo le voy a dar una vuelta más a esto y luego me acuesto, te lo prometo.

Ryan se frotó la nuca con cansancio mientras Hannah seguía insistiendo en acompañarle y no parecía dispuesta a aceptar un no por respuesta. El día anterior su amigo del servicio postal le había conseguido la dirección y había decidido ir aquella mañana a investigar la sede social de *Louper Repairs*.

—Ryan, habíamos quedado en que éramos un equipo, ¿Por qué demonios

no puedo ir contigo? —insistió Hannah molesta.

—¿No tienes que ir hoy a trabajar? —preguntó Ryan esperanzado.

—No, y por mucho que te niegues, pienso ir contigo.

—Como quieras —contestó Ryan resignado mientras cogía los cascos del mueble de la entrada—. ¿Estás preparada? —preguntó ceñudo.

—Por supuesto —replicó Hannah eufórica al salirse con la suya mientras se colocaba el bolso en bandolera.

Medía hora después Ryan aparcó la moto y se quitó el casco antes de otear a su alrededor. Su cuerpo se tensó cuando el pecho de Hannah volvió a rozarse contra su espalda logrando que un escalofrío de excitación le recorriera.

—¿Es aquí? —preguntó la voz femenina junto a su oído, acariciando su oreja con su suave aliento.

Ryan chascó la lengua, molesto por haber cedido ante Hannah. «Tenía que haber venido solo», se recriminó al comprobar el abandono del barrio donde se encontraban y que no parecía demasiado seguro. Era plenamente consciente de las miradas desconfiadas clavadas en ellos.

—Sí, es aquí, pero será mejor que volvamos en otro momento.

Hannah frunció la nariz, ajena a los pensamientos de Ryan, y sin tener en cuenta sus palabras bajó de la moto y buscó el número quince en los portales frente a sí.

Ryan, consciente de que estaba solo en la moto, giró su cabeza y descubrió a Hannah caminando hacia un edificio de ladrillos grises.

—¡Maldita sea! —exclamó al aire mientras dejaba su asiento y la seguía. Cuando llegó a su altura no dudó en cogerla del brazo para detenerla—. ¡¿Qué demonios haces?! —le reprochó sulfurado cuando ella clavó su mirada en su rostro.

—¿No es evidente? —replicó ella con otra pregunta, elevando una de

sus cejas interrogante.

—Te he dicho que es mejor venir mañana. ¿Es que no escuchas cuando te hablan?

—¿Y para qué vamos a regresar mañana si ya estamos aquí? Me parece una idea absurda.

—Hannah —el tono en el que pronunció su nombre le pareció peligroso y lejos de sentirse amedrentada, una conocida excitación recorrió su estómago. «Maldita sea», se reprochó a sí misma por sentirse atraída por Ryan.

—...¿Me estás escuchando? —le sobresaltó la voz del dueño de sus pensamientos.

Dispuesta a ignorarle dio un fuerte tirón y se liberó de su agarre antes de andar a grandes zancadas hasta el portal número quince que había localizado poco antes. Su mirada se fijó en los botones del telefonillo hasta que localizó el 2ºD. Sin pensarlo dos veces lo accionó y esperó a ver qué sucedía.

—Estoy cansado de tu actitud —protestó la voz de Ryan a su lado.

Hannah se sobresaltó al percatarse de su presencia y estaba a punto de indicarle que a ella tampoco le agradaba su compañía, y que quizás lo mejor era que cada uno investigara por su cuenta, cuando la voz de una anciana les sobresaltó a ambos.

—¿Quién es? —sonó la pregunta a través del altavoz.

—¿Es el 2ºD? —preguntó Hannah dudosa.

—Sí, lo es. ¿Quién es usted y que quiere?

—Señora —intervino Ryan—. ¿Podemos hablar con usted?

—¿Sobre qué? —indagó la voz desconfiada—. No quiero comprar nada —añadió la anciana dispuesta a zanjar la conversación.

Ryan se pinzó el puente de la nariz con el dedo índice y pulgar. «No vamos a sacar nada de aquí», se dijo resignado a seguir buscando un nuevo hilo del que tirar en su investigación.

—No pretendemos venderle nada, señora —replicó Hannah sorprendiendo a Ryan, que fijó su mirada en el rostro de la joven. Este parecía iluminado—. Somos de asuntos sociales —mintió descaradamente, logrando que Ryan se quedaría con la boca abierta—. Nos han comentado que necesita ayuda domiciliaria.

—¿Es usted la señora Phillips? —preguntó la anciana esperanzada.

—Sí, soy yo —respondió Hannah sin inmutarse—. ¿Nos abre?

Cuando Hannah escuchó el sonido mecánico del desbloqueo de la puerta deseó saltar de alegría, pero se contuvo y empujó la puerta para entrar en el portal. Luego se dirigió a los buzones y husmeó.

—¿Por qué demonios has hecho eso? —preguntó Ryan a su espalda, molesto por sus mentiras.

—Era la única forma —replicó Hannah mientras se giraba y clavaba su mirada en el rostro masculino, cuyo ceño estaba fruncido.

—¿Y qué pasará cuando esa mujer no reciba su ayuda domiciliaria? —le reprochó él molesto.

Hannah puso los ojos en blanco al escuchar su pregunta. Estaba claro que Ryan no parecía muy contento con su estratagema para llegar al 2ºD, pero estaba dispuesta a hacer lo que hiciera falta para descubrir el cómo, porqué y quién había acabado con la vida de Lindsay.

—¡Oh, vamos, Ryan! No suelo aprovecharme de dulces ancianitas, ¿Quién te crees que soy? Además, no te preocupes, tarde o temprano la verdadera señora Phillips vendrá a visitarla.

—¿No tienes escrúpulos? —le reprochó Ryan.

—Cuando se trata de Lindsay, no —respondió Hannah, y sin añadir una sílaba más se giró y comenzó a ascender por las escaleras a toda velocidad.

A regañadientes Ryan la siguió por la angosta escalera hasta que llegaron a la puerta del modesto apartamento. Hannah rebuscó en su bolso

hasta que dio con lo que buscaba, un sobre blanco doblado que contenía la documentación de un curso al que pretendía apuntarse y que le había llegado aquella misma mañana. Ryan la observaba sin comprender lo que pretendía.

—Listo —dijo Hannah antes de llamar al timbre.

La puerta se abrió y descubrieron a una anciana de pelo blanco perfectamente peinado. Su cabello le recordó a Hannah a una nube y le pareció de lo más adorable. La mujer observó unos segundos a la pareja y finalmente abrió la hoja de madera completamente antes de hablar.

—Por favor, pasen —les invitó amablemente.

—Gracias, señora Blossom —agradeció Hannah con una sonrisa.

Ryan, que estaba su lado se sorprendió por sus palabras. «¿Cómo sabe su apellido?», se preguntó confuso.

—Siéntense, por favor —ofreció la anciana cuando llegaron al pequeño salón—. ¿Quieren tomar un té? —ofreció amablemente.

—No, muchas gracias, señora Blossom —replicó Hannah.

—Entonces, usted dirá —preguntó la mujer—. ¿Trae los papeles que me comenté por teléfono? No sé si sabré rellenar los documentos —añadió algo avergonzada.

—No se preocupe por eso, señora Blossom, esta entrevista es solo una toma de contacto —dijo mientras colocaba el sobre encima la mesa y sacaba los folios y el bolígrafo que siempre llevaba en el bolso—. En nuestros datos consta que su piso es la sede social de la empresa Lauper Repairs. ¿Es usted propietaria de dicha empresa?

La anciana clavó su mirada en el rostro de Hannah con la sorpresa reflejada en sus facciones.

—¿De qué está hablando, señora Phillips? —preguntó confusa.

—¿No conoce dicha empresa? —insistió Hannah.

—No.

—Quizás sea un error, pero, ¿no recuerda haber recibido alguna carta dirigida a Lauper Repairs?

El ceño de la señora Blossom se frunció, como si estuviera concentrada en buscar en su memoria hasta que finalmente contestó.

—Creo que sí, y las guardé para devolverlas en correos, pero últimamente apenas salgo de casa, mis piernas se hinchan como botas —dijo mientras se levantaba trabajosamente y se acercaba hasta el mueble de la entrada. Abrió un cajón y revolvió en él hasta dar con lo que buscaba y volver junto a ellos—. Aquí están —dijo tendiéndole los sobres a Hannah.

—Si quiere yo puedo llevarlas a correos —se ofreció Hannah amablemente mientras contenía el aliento a la espera de la respuesta de la anciana.

—Pues se lo agradezco —replicó la anciana con una sonrisa—. ¿Y ahora podría decirme cuando podría venir esa mujer a ayudarme?...

Capítulo 14

Veinte minutos después bajaban las escaleras, cada uno perdido en sus propios pensamientos. No era demasiada información la que habían recabado, pero sí la suficiente para sacar algunas conclusiones. Al llegar al pequeño apartamento, Ryan decidió darse una ducha rápida mientras Hannah bajaba a comprar algo más sano que la comida rápida de la que se habían alimentado en los últimos días.

Ryan agradeció el agua tibia que recorrió su cuerpo y que ayudo a mejorar su genio. Aunque en un principio le había molestado que Hannah se hiciera pasar por asistente social para engañar a la señora Blossom, ahora le parecía una jugada maestra. Una sonrisa se dibujó en sus labios sin percatarse, y los sentimientos que creía muertos resurgían en su alma como el ave fénix. «Hannah», paladeó su nombre, deseando cosas que quizás ya eran imposibles. «¿Y por qué no?», resonó la voz de su hermana en su cabeza, logrando que un sudor frío recorriera su espalda. Desconcertado salió de la ducha y se secó el pelo con vigorosidad.

«Céntrate en lo importante», se reprochó al recordar las cartas que reposaban sobre la mesa de café del salón. Se enrolló una toalla a la cintura y salió del baño con ímpetu para dirigirse allí, pero sus pies descalzos se quedaron aferrados al suelo al descubrir a una joven de cabello llameante y que le observaba estupefacta.

Fiona había llegado a casa pocos minutos antes, había dejado la maleta en la entrada y se dirigió a la cocina para tomar algo fresco. Al abrir la nevera

agradeció la brisa helada que salió de la misma y cogió una lata de refresco que abrió y bebió un largo trago agradeciendo su frescor.

Estaba agotada y lo único que deseaba era tirarse en su cama y dormir durante horas después de la semana más infernal de su vida. Le hubiera gustado que Hannah estuviera en casa y así poder desahogarse, aunque eso supusiera contarle toda la verdad, que había tenido una relación con Matthew que todos desconocían y que cuando había decidido mudarse a la ciudad había sido para huir del dolor que aún hoy laceraba su corazón cada día.

Con la intención de hacer tiempo decidió prepararse un sándwich. Realmente no tenía hambre, a pesar de que no había comido nada desde el medio día del día anterior, pero sabía que tenía que alimentarse si no quería enfermar. Cuando en el plato no quedaron más que migas, decidió ir a su habitación y descansar. La conversación con su prima tendría que esperar. Se dirigía hacia allí cuando la puerta del baño se abrió de golpe y ante sus ojos apareció un hombre de cuerpo escultural con una exigua toalla anudada a su cintura.

—¿Quién eres y qué haces aquí? —preguntó Fiona con voz estridente. ¿Y si era un ladrón que se había colado en el piso y había aprovechado para darse una ducha?, se preguntó mientras se acercaba al paragüero situado en una esquina con la intención de coger un arma con la que poder defenderse.

Ryan al ver su reacción, y recordar vagamente que se trataba de la prima de Hannah, elevó sus brazos sobre su cabeza para que la joven se percatara de que no era un peligro para su persona antes de hablar.

—Tranquila, Fiona —la joven clavó su mirada en el rostro masculino sorprendida de que conociera su nombre—. Soy Ryan, el hermano de Lindsay.

En ese preciso instante fue el momento que Hannah eligió para entrar en el pequeño apartamento, donde se encontró con la insólita escena. Fiona estaba en medio del pasillo aferrando un paraguas, mientras Ryan, situado

frente a ella permanecía con las manos en alto con su cuerpo apenas cubierto por una toalla. «Mierda», pensó mientras dejaba las bolsas de la compra a un lado y se aproximaba a ellos. Se le había olvidado por completo que Fiona regresaba aquel día. «¿Cómo le voy a explicar todo esto?» se dijo, intentando pensar en una excusa plausible.

—Menos mal que has llegado, mi amor —exclamó Ryan para sorpresa de ambas mientras se acercaba a Hannah y cogía su cintura para pegarla a su cuerpo antes de besar sus labios con ardor.

Hannah no esperaba aquel beso, y a su pesar, cuando sus labios se unieron no pudo evitar rendirse a lo que sus sentidos proclamaban. Cuando la lengua de Ryan acarició su labio inferior y la instó a abrir la boca, se rindió dándole libre acceso y disfrutando del beso que parecía llevar esperando media vida.

Ryan sintió cómo su masculinidad comenzó a engrosarse en el momento que Hannah abrió la boca para él. No tenía pensado besarla, y si lo había hecho era para dar mayor veracidad a la escenificación que representaba frente a la prima de Hannah, pero se le había ido de las manos.

—¡Ejem! —se hizo notar Fiona para que aquellos dos dejaran de besarse como si no hubiera un mañana. Nunca se había sentido tan incómoda en su vida—. Perdonad, pero yo me voy a descansar, estoy molida del viaje — se excusó antes de dirigirse al refugio de su dormitorio.

Hannah seguía perdida en la marea de la pasión, disfrutando de cada caricia, de cada envite de la lengua de Ryan, cuando la voz molesta de su prima logró traspasar la bruma que la rodeaba, solo entonces fue consciente de lo que estaba sucediendo y cogiendo fuerzas de flaqueza empujó el pecho

desnudo de Ryan para separarse de él. Tras comprobar que ya estaban solos explotó con lo peor de su genio.

—¿Porqué demonios has hecho eso? —preguntó siseante.

Ryan intentó insuflar aire a sus pulmones, recuperarse de la excitación que predominaba en su cuerpo, y cuando lo hubo logrado, cogió el brazo de Hannah para obligarla a caminar hasta la cocina, no quería que Fiona escuchara su conversación.

Hannah se deshizo de su agarre con un fuerte tirón. Luego se cruzó de brazos sin apenas percatarse, delatando así su enfado.

—Estoy esperando —dijo, clavando su mirada en el rostro masculino.

—Tampoco es para tanto —dijo Ryan con la intención de ganar tiempo.

—¡Que no es para tanto! Me has besado —le reprochó.

—Tampoco creo que haya sido tan horrible —replicó Ryan molesto.

Hannah abrió la boca y la volvió a cerrar. Claro que no había sido horrible, más bien el mejor beso de toda su vida, como había imaginado durante años, pero esa no era la cuestión.

—¿Porqué lo hiciste? —insistió.

—Se me ocurrió de pronto —confesó Ryan—. Yo salía del baño cuando me encontré frente a tu prima, que estaba a punto de atizarme con un paraguas, y no la culpo. ¿Qué explicación podía darle de mi presencia aquí? ¿Preferirías que le hubiera contado la verdad, lo sucedido con Lindsay?

Los hombros de Hannah se hundieron, y su actitud altanera desapareció. Por supuesto que prefería que su prima pequeña se mantuviera al margen de aquel asunto, y a pesar de que no le había gustado lo sucedido, comprendía que la excusa más plausible para explicar la presencia de Ryan en el piso era que estaban liados.

—Está bien, tienes razón —dijo reticente—, pero la próxima vez no hace falta que te tomes tan en serio tu papel —añadió—. Y ahora lo mejor será

que te vistas y comamos algo, estoy deseando abrir esas cartas.

—Por supuesto —replicó Ryan aliviado—, tengo mi bolsa en la habitación de Lindsay, y menos mal que había cambiado las sábanas de la habitación de Fiona esta mañana.

—Sí, menos mal, mi prima no es tonta.

—Lo tendré en cuenta —dijo Ryan antes de desaparecer por la puerta del pasillo.

Hannah se sintió aliviada cuando Ryan desapareció, y tras colocar la compra decidió ponerse ropa cómoda y preparar la comida, ya que si no ocupaba sus manos en algo se volvería loca. Estaba rebuscando en la nevera cuando apareció nuevamente ante sus ojos el responsable de su mal genio. A pesar de su intención de ignorarle, le fue imposible no captar su imagen relajada. Se había puesto un pantalón corto de algodón gris y una camiseta de tirantes negra que dejaba a la vista sus brazos bien musculados. Su piel estaba dorada por el sol y deseó rozarla con sus dedos para comprobar que era tan suave como suponía. «¡Eh, deja de pensar en eso!», se reprochó mentalmente mientras apartaba la mirada y se centraba en los envoltorios que tenía frente a sí.

Minutos después lavaba la verdura mientras Ryan permanecía sentado en un taburete frente a la isla de la cocina, perdido en sus propios pensamientos mientras jugaba con las naranjas que había en el frutero.

—Sigo pensando que Lindsay tenía razón —dijo Ryan sorprendiendo a Hannah—, si alguien decide poner como sede social un piso de un desconocido no pinta nada bien.

—Lo sé —replicó ella—, pero no tenemos pruebas de nada de lo que supuestamente sospechamos. Además, Patrick me dijo que él se encargaría del asunto. Creo que no deberíamos seguir indagando.

—No pienso hacerlo, llegaré al fondo de este asunto —dijo Ryan.

Hannah frunció sus labios tras escuchar su declaración mientras movía el cuchillo a toda velocidad sobre la tabla de madera.

—Ryan, puede ser peligroso —insistió.

—No —fue su tajante respuesta, que sorprendió Hannah.

—¿Has dicho que no? —repitió tontamente.

—Has oído bien. Si tú quieres puedes dejarlo, pero yo no pienso hacerlo. No podría vivir tranquilo si no llego hasta el final, más si mi hermana ha muerto por ello.

—Está bien, pero ni sueñes que voy a dejarte solo—dijo Hannah mientras metía las verduras en la olla, cuya agua ya burbujeaba—. Y ahora coge esas cartas y ábrelas de una maldita vez —le exigió.

Ryan sonrió ante su impetuosidad y siguió sus órdenes. Tras recoger los sobres regresó a la cocina y abrió el primero de ellos mientras dejaba el resto sobre la encimera. «Aquí no hay nada», se dijo tras descubrir la segunda carta publicitaria que le ofrecía servicios telefónicos a la empresa. Estaba cogiendo otro sobre, cuando la voz de Hannah le sobresaltó.

—No puede ser —dijo Hannah incrédula antes de releer nuevamente las líneas que tenía ante sus ojos para confirmar que su mirada no le engañaba.

—¿Qué pasa? —preguntó Ryan, que había abandonado la banqueta que ocupaba y se situaba tras Hannah para poder leer él mismo lo que ponía en la hoja que ella sostenía entre sus dedos.

—Aquí pone que Alfie Lambert está relacionado con la empresa.

—¿Y? —indagó Ryan sin comprender.

—Lambert trabaja en el hotel, es contable y era compañero de Lindsay.

—¡Joder! —exclamó Ryan mientras colocaba las manos tras su nuca y entrelazaba sus dedos. Sin ser consciente de ello, comenzó a pasear por la cocina—. ¿Crees que ese tal Lambert mató a mi hermana? —preguntó cuando su caminar le llevó nuevamente frente a Hannah, que mostraba una expresión

indescifrable.

—No, creo que no. Ese hombre es... gris, no parece tener sangre en las venas. No creo que fuera capaz de matar ni a una mosca, pero estoy segura de que si está en este papel —dijo moviéndolo en el aire— es que está metido en el ajo y está asociado con alguien más.

—¿Por qué piensas que hay alguien más involucrado? —interrogó Ryan mientras se acariciaba la barbilla pensativo.

—Ya te lo he dicho, Lambert es un hombre insípido, no le veo tramando algo semejante él solo.

—¿Y cómo vamos a descubrirlo? —preguntó Ryan frustrado.

—Mañana trabajo, aprovecharé para hablar con él, quizás le saque algo de información.

—Hannah, no sé si me gusta la idea —dijo Ryan, no quería que ella se pusiera en peligro—. Además, esta tarde me tengo que ir. Mañana empieza mi turno y no podré volver hasta el jueves. Prométeme que no harás nada hasta que regrese —pidió clavando su mirada en su rostro con intensidad.

Hannah sintió que el corazón se detenía por un instante en su pecho, ningún hombre nunca le había dirigido una mirada parecida y sintió que un escalofrío recorría su cuerpo. Pero prefirió ignorar lo que sentía y actuar como si no pasara nada.

—Tú tranquilo, sé cuidarme solita —replicó jovialmente mientras se dirigía a los fogones para vigilar las verduras que estaba hirviendo—. Y ahora deja de hablar de una vez y pon la mesa, la comida casi está lista.

Capítulo 15

Hannah estaba a punto de acabar su turno, y a pesar de que había estado ocupada la mayor parte del tiempo notaba que los minutos transcurrían como horas y que la mañana se había alargado como si hubiera pasado allí toda una vida.

Aprovechando su tiempo de descanso se dirigió a la sala de empleados y sacó dos cafés de la máquina y luego cogió el ascensor para subir a la quinta planta, donde se encontraban las oficinas. Tras comprobar que no había nadie en el pasillo salió del elevador y caminó resuelta hasta el despacho de contabilidad. Se internó en el pequeño hall y se situó frente a la puerta donde estaba xerografiado el apellido de Lambert.

Dudó unos instantes frente a la puerta, tomándose unos minutos para repasar lo que tenía pensado decirle y finalmente llamó con los nudillos y esperó a que él le diera acceso.

—Buenas días, Alfie. ¿Puedo pasar? —preguntó asomando la cabeza por el quicio de la puerta con una sonrisa en los labios.

Alfie Lambert apartó la mirada de la pantalla del ordenador y la clavó en el rostro alegre que Hannah. «Maldita sea. ¿Qué hace ella aquí?», se preguntó, mientras notaba que un sudor frío recorría su espalda. «Espero que Jenkins no esté en su despacho, si no estoy perdido», y con esa idea en la cabeza la instó a entrar, prefería que nadie la encontrara en el hall.

—Claro, Hannah, por favor pasa —aunque en realidad le hubiera encantado decirle que se largara de una maldita vez.

—Te he traído un café —dijo amablemente, mientras dejaba el vaso de plástico en un hueco en su mesa, repleta de papeles.

Alfie la miró con sospecha, tanta amabilidad no podía significar nada bueno.

—Gracias, y por favor, siéntate.

—Eres muy amable —respondió Hannah.

—Bueno, y tú dirás —dijo Alfie, deseando saber que quería la mejor amiga de Lindsay—. ¿Qué te ha traído a mi cueva?

—Verás —comenzó Hannah, pero se había quedado en blanco. «Mierda»—, el otro día, en mi día libre, me dediqué a colocar el apartamento y recoger las últimas cosas de Lindsay y encontré una carpeta. —No le pasó desapercibido el gesto nervioso de Lambert, que se aflojó la corbata con los dedos—. Eran papeles, facturas la gran mayoría, y pensé que se había llevado trabajo a casa.

—Puede ser —replicó Alfie, no sabía cómo reaccionar.

—Son de una empresa de reparaciones —prosiguió Hannah—... *Lauper Repairs*. ¿Te suena? —preguntó directa.

—No, la verdad es que no —respondió él mientras notaba que un sudor frío recorría su cuerpo—. Podría ser que estuviera llevando la contabilidad de dicha empresa.

—Si fuera así me lo habría contado, ¿no crees? —replicó Hannah elevando una de sus perfectas cejas.

—Pues siento decirte que no puedo ayudarte —dijo Alfie mientras comenzaba a colocar los papeles de su caótica mesa—. ¿Querías algo más? —añadió cortante—. Tengo mucho trabajo que hacer.

Hannah supo al instante que no sacaría nada de allí, y lo que era más importante, Alfie Lambert estaba metido en el asunto de lleno. Pero no podía presionarle porque estaba claro que estaba asustado. Su única opción era vigilarle de cerca por si cometía algún error.

—Perdona —dijo abandonando el asiento—, no te robo más tiempo, y

gracias —añadió antes de salir por la puerta.

Fiona esperaba pacientemente en la puerta trasera del hotel, la que usaban los empleados, y cuando vio salir a Hannah se dirigió a su encuentro. Su prima llevaba evitándola desde su llegada, y sospechaba que se debía al hermano de Lindsay. Todavía le costaba asimilar que de la noche a la mañana Hannah se hubiera liado con el hermano de su mejor amiga. Solo había pasado una semana fuera y parecía que todo a su alrededor había dado un giro de ciento ochenta grados.

—¡Fiona! —exclamó Hannah sorprendida—. Pensaba que tu turno había acabado hace media hora.

—Sí, exactamente la media hora que llevo esperándote —replicó Fiona—. ¿Qué te parece si cenamos juntas? —preguntó esperanzada—. ¿O tienes planes con tu nuevo novio?

Hannah pintó una de sus mejores sonrisas antes de contestar, aunque no había tenido un buen día y hubiera preferido ir a casa y darse un baño relajante.

—Claro, me encantaría —respondió, y se sintió más animada cuando vio que el rostro de Fiona se iluminaba—. ¿Dónde quieres ir?

—Me muero por comida italiana —replicó Fiona mientras se colgaba del brazo de su prima para emprender el camino hasta la plaza frente al hotel, donde había una gran variedad de restaurantes.

—Bueno, y cuéntame que tal fue la fiesta de Nana —comenzó Hannah, deseando saber cómo estaba su familia. No le pasó desapercibido cómo los dedos de Fiona se tensaban sobre su brazo.

—Fue una fiesta maravillosa, lloró como una niña —relató Fiona—, y

ya sabes que ella no es de llorar.

—¿Y mi madre? —indagó Hannah, sintiéndose culpable porque hacía meses que no se veían.

—Está saliendo con Eric Clayton, el dueño de la gasolinera, pero yo no te he dicho nada —añadió guiñándole un ojo—. Se la ve feliz, aunque está preocupada por cómo te tomarás la noticia.

Una sonrisa tierna se dibujó en los labios de Hannah. Desde la muerte de su padre, su madre se había dedicado en cuerpo y alma a ella, a su crianza, y había dejado su propia vida aparcada.

—No tiene nada que temer, me alegra saber que ha encontrado alguien con quien compartir su vida. ¿Quién soy yo para decirle qué debe o no hacer?

—Oh, Hannah, cuánto me alegro oír eso. Y ahora dejemos de lado Green Village y cuéntame cómo demonios ha acabado Ryan en tu cama —soltó directa.

—¡Fiona! —exclamó Hannah, notando cómo sus mejillas se teñían de rubor.

—¿Qué? —replicó su prima obligándola a detenerse y mirándola a la cara—. Comprende mi curiosidad, llego a casa y encuentro a un tío buenorro con una exigua toalla colgada de su cadera y al momento te está comiendo a besos.

—Está bien —replicó Hannah—, comprendo tu interés, pero todo surgió de repente. Un día me llamó para venir a recoger las cosas de Lindsay —prosiguió, contando una verdad a medias— y otro día que estaba en la ciudad me invitó a cenar...

—Y te lo llevaste a casa para pasar una noche de sexo salvaje —acabó Fiona por ella, antes de que ambas acabaran riendo a carcajadas.

Tras un largo turno de tres días, Ryan y Clark habían decidido ir a su

cafetería favorita, situada a pocas manzanas de la estación de bomberos, para desayunar. No hizo falta que miraran la carta, Beth, la camarera, les conocía lo suficiente como para servirles unos cafés y regresar con sendos platos.

—¿Qué tal están Ellen y el niño? —preguntó Ryan.

—Bien, aunque Ellen está agotada, apenas descansa con las tomas. Si estuviera en mi mano le daría yo mismo el pecho para que ella descansara —añadió con humor—. Pero bueno, cuéntame tú, ¿cómo van esas investigaciones?

Ryan se frotó la frente con cansancio y cerró los ojos por unos instantes. A su llegada de Dallas unos días antes había quedado con Clark y le había puesto al día de toda la situación. Lo que no se había atrevido a confesarle era lo que había sentido por Hannah al besarla, porque se había cuidado de obviar ese dato.

—Nada ha cambiado desde la última vez —dijo escuetamente.

Clark clavó su mirada en su rostro mientras masticaba. Estaba claro que a parte de la investigación que llevaban a cabo había algo más que le atormentaba, y sospechaba que se trataba de Hannah.

—¿Y cuándo piensas confesarle lo que sientes?

—¿De qué hablas? —dijo Ryan, que casi se había atragantado con el café.

—Oh, vamos tío, no me tomes por estúpido. Sigues tan colado por ella como hace años, pero no comprendo qué te impide lanzarte.

—Clark, te estás pasando.

—¿Por qué? —replicó el aludido sin inmutarse—, ¿por decirte lo que pienso?

—No pasó nada entonces y no pasará nada ahora.

—Sí, definitivamente eres imbécil —dijo Clark dejando el tenedor en el plato y cruzándose de brazos.

—¿Ah, sí? —replicó Ryan imitando su postura mientras elevaba su ceja derecha.

—Por supuesto. Esa mujer lleva años metida en tu cabeza, y ahora que tienes la oportunidad piensas ignorar las señales.

—¿Señales? —repitió tontamente.

—Sí, las señales que te está mandando el destino. Lo que sentiste por Hannah no ha muerto en todo este tiempo. ¿Qué crees que significa? ¿Hace falta que te haga un croquis? —añadió elevando su mano y dibujando con su dedo en el aire.

—Joder, Clark, deja de decir estupideces sobre el destino y no sé qué más. —Ryan no estaba dispuesto a asumir lo que su amigo intentaba hacerle ver y que él ya sabía hacía días. «Estoy enamorado de Hannah», se dijo, aunque nuevamente volvió a negar sus sentimientos, y como si Clark hubiera leído su mente, habló:

—Deja de rechazar de una maldita vez lo que sientes por esa mujer. Estás enamorado de ella desde hace años. No desaproveches la segunda oportunidad que te ha dado la vida. Vete a casa y descansa, y luego vuelve a Dallas, acaba con el asunto de Lindsay y confíesale a esa mujer lo que sientes. La vida nos ha enseñado que es demasiado corta para desperdiciarla —concluyó antes de levantarse y dejar un billete sobre la mesa—. Y ahora, si no te importa, me voy a casa a ver cómo están Ellen y el niño.

Fiona estaba tumbada cómodamente en el sofá mientras acariciaba distraídamente el pelaje gris de Maggie, que parecía haber crecido vertiginosamente desde que la había adoptado. Agradeció el silencio reinante, necesitaba estar sola y pensar. Desde su vuelta se sentía extraña, no era capaz

de volver a sus rutinas y la preocupación apenas la dejaba dormir.

Se sobresaltó al escuchar la cerradura y rezó para que Hannah viniera sola, no le apetecía fingir y comportarse ante nadie.

—Hola, cielo —la saludó alegremente mientras dejaba su chaqueta y el bolso colgado del perchero de la entrada.

Hannah se adentró en el salón al ver que su prima no respondía y al clavar su mirada en su persona se percató de que algo no iba bien a pesar de que Fiona se puso una máscara y sonrió. Se quitó los tacones y se sentó a su lado antes de sumarse a las caricias a la minina.

—¿Qué pasa? —preguntó directa.

—Nada —mintió Fiona—, solo que estoy algo cansada.

«Oh, Dios mío, esto es algo grave», se dijo mientras estudiaba su expresión y las bolsas bajo sus ojos. «He estado tan inmersa en mis problemas que no me he dado cuenta de que algo le pasa a Fiona», se recriminó apretando los dientes.

—Voy a por una botella de vino y hablamos —dijo abandonando su asiento.

—Hannah, de verdad, no pasa nada —intentó negar Fiona, pero su prima ya regresaba cargada con dos copas y una botella de vino blanco.

—No se te ocurra mentirme —dijo Hannah mientras le tendía una copa—. Te conozco como a mí misma. Sé que últimamente no he estado muy pendiente de ti, pero me preocupas. Ya sabes lo que siempre dice la abuela: Los problemas compartidos, son menos problemas. Quizás pueda ayudarte —le rogó.

Fiona dudó, no quería preocupar a Hannah, pero la verdad es que necesitaba desahogarse tanto como el aire para respirar. Bebió un trago de vino y tragó lentamente antes de hablar.

—Está bien, se trata del hostel.

—¿El hostel? —preguntó Hannah elevando una de sus cejas. No entendía nada.

—Sí, en la fiesta de la abuela me enteré de que piensan traspasarlo — confesó con un gesto triste en su rostro.

Hannah se tomó unos minutos para meditar sobre el asunto. Sabía que Fiona se había criado en aquel hostel, pululando entre los clientes y trabajadores. Adoraba aquel lugar, pero sus tíos llevaban regentando el negocio desde que tenía uso de razón.

—Bueno —comenzó mientras cogía la mano de su prima entre sus dedos —, quizás haya llegado su momento y quieran jubilarse. Las dos sabemos la responsabilidad y el sacrificio que conlleva un negocio así. ¿Qué hay de malo en que quieran disfrutar de lo que les resta de vida?

Fiona se mordió el labio inferior tras escuchar sus palabras. Si lo miraba desde el punto de vista de Hannah era totalmente comprensible, aunque eso le hacía darse cuenta de lo egoísta que estaba siendo al respecto. Una cosa era que ella quisiera que el hostel no cambiara, siguiera funcionando eternamente, pero los que realmente realizaban el esfuerzo eran sus padres.

—Tienes razón —dijo derrotada—, pero no puedo evitar sentirme triste. Ese hostel lleva en la familia décadas. Además, lo que realmente me molestó fue que no me lo contaran antes. ¡He estado en Green Village una semana!

—Quizás temían tu reacción. Si tanto te importa el hostel, ¿por qué no lo llevas tú? —preguntó Hannah.

—No puedo volver a Green Village —dijo Fiona con voz estridente.

—¿Y eso por qué? —indagó Hannah sorprendida.

—Porqué me gusta mi vida aquí —mintió Fiona, ya no estaba tan segura de lo que decía—. Y ahora, si no te importa —dijo levantándose y dejando la copa sobre la mesa—, estoy agotada —añadió antes de desaparecer por el oscuro pasillo.

Hannah se recostó sobre el sofá y le dio un pequeño sorbo a su copa. «Me está mintiendo, algo le pasa pero no me lo quiere contar», se preguntó frustrada. Fiona se había escapado esta vez, pero en cuanto solucionara el asunto de Lindsay se dedicaría a fondo a sonsacar a su prima lo que realmente le sucedía.

Capítulo 16

Alfie se dirigió a la nevera y abrió la puerta del congelador. Se sintió aliviado cuando descubrió que aún quedaban restos de hielo. Cogió un vaso de la alacena y vertió dos piedras heladas en su interior antes del dirigirse al salón, donde se dejó caer en el sofá y clavó su mirada en la mesa de café frente a sí. Allí reposaba una botella de whisky cubierta por una bolsa de papel marrón. Nunca bebía, ni siquiera le gustaba el sabor del alcohol, pero en aquel momento necesitaba una forma de liberarse, de dejar de pensar, y cuando había visto aquella botella en el supermercado no lo dudó.

Con esfuerzo rompió el precinto y vertió una generosa cantidad del ambarino licor en el vaso antes de dar el primer trago y recostarse contra el respaldo del sofá. Casi se atragantó y tuvo que toser al notar cómo el líquido recorría su garganta, quemándola.

Estaba cansado, muy cansado. Los últimos días no habían sido nada fáciles. Primero había discutido nuevamente con Jenkins, que se negaba a dejarle marchar, impidiéndole que dejara de formar parte de aquella estafa. Ahora se arrepentía de su debilidad al haber aceptado, pero el dinero fácil era muy goloso. Había aceptado para poder cambiar a su abuela de residencia a una de las mejores de la ciudad, pero estaba pagando un precio muy alto por ello.

Para colmo de males estaba Hannah, la mejor amiga de Lindsay, que se había presentado en su despacho haciendo preguntas de lo más extrañas aunque no del todo desencaminadas. Estaba claro que sospechaba algo y eso solo había logrado que estuviera más nervioso y a punto del colapso. Tras esa visita inesperada había decidido escribir una carta y presentar su renuncia al

jefe de recursos humanos. Había aprovechado la hora del almuerzo, sabiendo que Jenkins no estaría, para recoger sus cosas y dejar su renuncia antes de que su jefe tuviera oportunidad de echársele encima.

«¿Y ahora qué?», se preguntó mientras daba un nuevo trago al vaso, más acostumbrado al amargo sabor. Había dejado su puesto, pero dejar *Lauper Repairs* era otra cosa. Si estuviera en otras circunstancias no hubiera dudado ni un segundo en abandonar la ciudad, pero estaba atado de pies y manos porque nunca se perdonaría dejar a su abuela sola. La anciana no tenía a nadie más que a él y ella le había criado cuando su hija lo había dejado tirado como a un perro junto a su puerta. No, no podía hacerlo, tendría una deuda de por vida con la única persona que le quería de verdad.

El silencio era patente a esa hora tan tardía, pero cuando el perro de su vecina comenzó a ladrar, Lambert se sobresaltó, más aún cuando el sonido del timbre resonó en el pequeño apartamento. No se movió, aunque tampoco hubiera sido capaz, ya que su cuerpo se había agarrotado.

El timbre volvió a sonar insistentemente, amenazando su cordura. Finalmente, y a su pesar, decidió ir a abrir la puerta. Caminó entre las sombras y oteó a través de la mirilla para descubrir la presencia de alguien que nunca hubiera imaginado plantado frente a su puerta.

—¡Lambert, abre de una maldita vez! —dijo una voz huraña al otro lado de la hoja de madera—. Sé que estás ahí.

Con manos temblorosas logró descorrer el pestillo y la cadena y tiró del pomo antes de enfrentarse a su visitante inesperado.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó sin apartar la mirada del rostro del señor Anderson, el gerente del hotel Liberty.

Marcus clavó su mirada en el hombre que tenía frente a él. No pudo evitar torcer el gesto con desprecio al ver la imagen que presentaba. Sus pantalones de chándal estaban arrugados y pendían de sus estrechas caderas, y

la camiseta de *Star Wars* de color negro completaba su atuendo. Pero lo que más le desagradó fue su rostro, que parecía no saber lo que eran los rayos del sol. Su piel era blanca y sus ojillos marrones se ocultaban tras unas gafas de pasta.

—Tengo que hablar contigo —dijo con desgana.

—Pase, por favor —replicó Alfie más recuperado tras la primera impresión—. ¿Desea tomar algo? —preguntó amablemente, a pesar de que su despensa y nevera estaban bajo mínimos y a la botella de whisky le faltaba ya más de la mitad de su contenido.

—No, gracias —dijo Marcus. Ni aunque se estuviera muriendo de sed o de hambre tomaría nada en aquella pocilga.

Alfie se rascó la nuca, confuso con la situación. No entendía qué hacía en su casa aquel hombre. Hubiera esperado la visita de su jefe, el señor Jenkins para reprocharle su carta de renuncia, pero nunca la presencia del señor Anderson.

—Usted dirá, señor —dijo Alfie con más valentía de la que creía poseer. Llevaban varios minutos en silencio y no podía con la incertidumbre.

—Sé que has dejado tu puesto y quiero saber porqué —dijo Marcus directo. No le gustaba perder el tiempo y estaba deseando salir de aquel lugar que parecía querer asfixiarle.

—Señor, ya le dije al señor Jenkins que no quería seguir formando parte de esto —replicó Alfie mientras notaba como el sudor hacía resbalar la montura de sus gafas a través de su nariz—, pero no quiso hacerme caso, y cuando Hannah, la amiga de Lindsay se presentó con preguntas en mi despacho no pude con la presión. Pensé que la mejor forma de evitar que Hannah siguiera investigando era desaparecer.

—¿Y ahora qué tienes pensado hacer? —preguntó Marcus con cautela.

—No lo sé —se sinceró Lambert mientras se secaba el sudor de la

frente con los dedos, gesto que repugnó a Marcus.

—¿Por qué no te marchas? ¿Nunca has querido conocer otro país?

A Lambert le sorprendieron sus palabras y más relajado respondió.

—Sí, me encantaría ir a Europa, pero no puedo dejar a mi abuela sola.

—Por eso no debes preocuparte, yo me encargaré personalmente de que no le falte de nada en tu ausencia. Sería una buena idea que desaparecieras una temporada.

Alfie clavó su mirada intensamente en el rostro de Anderson y le estudió con desconfianza. Estaba claro que quería deshacerse de él, pero había prometido cuidar de su abuela mientras estuviera fuera. Hubiera esperado cualquier cosa, más después de lo que le había sucedido a Lindsay, pero parecía que le ofrecía una salida.

—¿Y Jenkins? —preguntó cauteloso.

—Por él no te preocupes, él hará lo que yo le diga.

—Es una idea tentadora, pero no tengo dinero para realizar ese viaje —dijo Alfie mientras cruzaba los brazos sobre su pecho. El alcohol ingerido había hecho su efecto y se sentía valiente.

—Por eso no hay problema —replicó Marcus mientras buscaba en el bolsillo interior de su americana, de donde sacó un cheque que le entregó a Lambert, que no salía de su asombro tras leer la cifra escrita con tinta azul—. ¿Será suficiente? —preguntó, seguro de haber logrado su objetivo: tentar a Lambert.

Hannah entró en el apartamento y tiró el bolso sobre el sofá, frustrada. El día anterior se había enterado de que Lambert había dejado su empleo y había desaparecido de la faz de la tierra y eso la tenía loca. Había tenido la

esperanza de poder volver a hablar con él, aunque cuando lo intentó no había parecido muy dispuesto. «¿Y ahora qué?», se preguntó una y cien veces a lo largo del día, pero no se le ocurría por donde podían seguir investigando.

Fiona tenía turno de noche por lo que estaría sola en casa y decidió pedir comida china para cenar. No tenía ninguna gana de meterse en la cocina. Cuando sonó el timbre pensó que era la comida que había encargado, pero cuando abrió la puerta descubrió que se trataba de Ryan.

No pudo evitar clavar su mirada en la estampa que presentaba. «¿Por qué tiene que ser tan atractivo?», se preguntó frustrada mientras fruncía el ceño sin percatarse. No iba arreglado, vestía desenfadadamente con unos *jeans* azules desgastados, camiseta roja y con el casco colgado de su brazo despreocupadamente.

—¿Puedo pasar? —preguntó Ryan con una sonrisa, mientras esperaba pacientemente. Hannah parecía en otro lugar.

—Sí, sí, claro —replicó mientras notaba que sus mejillas se teñían de color. «Eres una estúpida», se dijo mientras se apartaba.

—¿Te he pillado en mal momento? —preguntó Ryan confuso por su extraño comportamiento.

—No, de verdad —insistió Hannah mientras llegaba al salón seguida por él—. Solo que pensaba que era la comida que había pedido para cenar.

—Oh, dime que es comida china y que la compartirás conmigo —dijo mientras dejaba su casco en una mesa cercana y se sentaba junto a Hannah en el sillón—. Siento no haberte avisado de que venía, pero se me pasó. ¿Has averiguado algo más? —preguntó esperanzado.

—No, además hay malas noticias —replicó Hannah.

—¿Cuáles? —preguntó Ryan irguiéndose en el asiento expectante.

—Lambert ha dejado su trabajo al día siguiente de nuestra conversación. He intentado llamarle, he ido a su casa, pero nada, parece que se le ha tragado

la tierra.

Ryan, tras escuchar sus palabras sintió que su cuerpo se tensaba como una cuerda y tuvo que controlarse para no explotar.

—¿Y por qué no esperaste hasta que yo regresara? No me gusta que hayas ido al apartamento de Lambert tu sola. ¿Y si es él quien hizo daño a Lindsay?

—Lo siento —dijo Hannah arrepentida, Ryan tenía razón, había sido una imprudente, pero seguía pensando que Lambert no sería capaz de matar ni a una mosca—. Te prometo que no lo volveré a hacer, pero ahora tenemos otro problema. ¿Por dónde vamos a seguir investigando? —preguntó con la angustia que llevaba días consumiéndola.

Ryan resopló sonoramente al escuchar sus palabras. Él también se moría por seguir investigando, pero tenía que rendirse a lo evidente: no tenían ningún hilo del que tirar tras la marcha de Lambert.

En ese momento el timbre sonó y Hannah se dirigió a la puerta para recoger la comida. Tras pagar al repartidor cogió la bolsa y se dirigió a la cocina, donde comenzó a poner unos platos sobre la isla.

—Ryan —le llamó—. Ya ha llegado la comida.

—Eres muy generosa —dijo mientras cruzaba el umbral de la puerta y el delicioso olor llegó a sus fosas nasales haciéndole salivar. Aquel día apenas había probado bocado y estaba hambriento.

—¿Por qué? —preguntó Hannah elevando su mirada.

—Por dar de comer a un hombre hambriento —dijo Ryan con una sonrisa.

—Oh, no sé si hacerlo al final —dijo mientras sacaba los envoltorios de la bolsa y los colocaba sobre la encimera—. Con la cara de hambre que tienes quizás no dejes nada para mí. Tendrás que convencerme para que lo haga —concluyó con una sonrisa divertida.

Ryan sintió que su respiración se aceleraba tras escuchar sus palabras y pensó una forma de convencerla que le resultó de lo más sugerente. Al percatarse del rumbo que estaban tomando sus pensamientos sacudió su cabeza y apartó la mirada de Hannah por miedo a caer en la tentación.

—Bueno, y ahora que Lambert ha desaparecido. ¿Qué vamos a hacer? Quizás lo mejor es que le demos a Cox lo que hemos descubierto y...

—De ninguna manera —dijo Hannah—. Pienso llegar al fondo de este asunto cueste lo que cueste.

—¿Y qué propones? —preguntó Ryan ceñudo.

Hannah se tomó unos minutos para pensar en su respuesta, y se sintió aliviada cuando una idea surgió en su cabeza.

—¡Ya lo tengo! —exclamó triunfal mientras clavaba su mirada en el rostro sorprendido de Ryan, que elevó sus cejas oscuras.

—¿Qué tienes? —preguntó, seguro de que lo que iba a expresar Hannah no le iba a gustar.

—Que sé la forma de recabar las pruebas que necesitamos.

Ryan sintió que su cuerpo se tensaba al escuchar sus palabras.

—¿A qué te refieres?

—Alexander, el jefe de mantenimiento, lleva detrás de mí hace varios meses —dijo mientras se frotaba la barbilla pensativa—. Solo tengo que insinuarme un poco y cenar con él para sacarle información.

«¡Joder!», pensó Ryan mientras notaba que la garra de los celos atravesaba su cuerpo. «¿Por qué demonios siento esto?», se dijo molesto. Inconscientemente se frotó la frente y cerró los ojos por unos instantes.

—¿Qué te parece? —preguntó Hannah, ajena a sus confusos pensamientos, con una amplia sonrisa adornando sus labios.

—Mal, muy mal, una pésima idea —respondió Ryan metiendo las manos en los bolsillos de sus pantalones con fuerza, a riesgo de rasgar la tela de los

mismos.

—¿Porqué? —exclamó Hannah confusa.

—No voy a permitir que seduzcas a un hombre para buscar información, como si fueras una.... —no terminó la frase al percatarse de lo que había estado a punto de decir.

Capítulo 17

Hannah abrió los ojos ampliamente tras escuchar sus palabras, que le parecieron de lo más inoportunas. La ira ascendió por su espina dorsal y notó cómo un intenso color se adueñaba de sus mejillas nuevamente. Estaba más que cabreada. Con furia se acercó hasta él y elevó su cabeza para poder enfocar el rostro de Ryan. Sin ser consciente de ello, colocó sus manos sobre su cadera antes de hablar.

—¿Qué has querido decir con eso? —preguntó siseante.

—No es lo que piensas —Ryan intentó recular, pero la ira que se translucía en sus ojos le anunciaron que no podría retirar sus palabras, a pesar de que no había llegado a pronunciarlas.

—¿Y qué es lo que pienso? ¿Qué me has llamado fresca?

—No era mi intención...

—Pues para no serlo, lo has hecho perfectamente. Creo que lo mejor es que te marches de mi casa —dijo con voz dura, más dolida de lo que quería reconocer—. Si quieres zanjar aquí el asunto, por mí no hay problema.

Ryan sentía que la situación se le estaba yendo de las manos. Por un lado estaba deseando tomarle la palabra, largarse de allí y olvidarse del asunto. Pero en el fondo sabía que no podía hacerlo, que no podría perdonarse a sí mismo si algo le llegaba a pasar a Hannah. La única forma de controlarla era estando a su lado, y para ello tenía que lograr que se le pasara el enfado.

—Perdóname, no pretendía ofenderte, los celos han hablado por mí. — Nada más pronunciar las palabras que salieron por su boca se arrepintió y sorprendió a partes iguales. «¿Por qué coño has dicho esto?», se preguntó confundido.

—¿Qué? —preguntó Hannah, con el corazón acelerado en su pecho.

«Ya no hay marcha atrás», se dijo Ryan, dispuesto a afrontar la situación de frente, como era su costumbre. Sin dudar cogió la cintura de Hannah y la acercó a su pecho sin apartar su mirada de sus ojos azules.

—Es muy simple, todo esto está siendo un infierno porque cada vez que te miro deseo besarte.

Hannah se sentía confusa por sus palabras y excitada por su cercanía, más cuando él acertó la distancia que los separaba y cogió su rostro entre los dedos. El simple contacto de sus pieles logró que un escalofrío recorriera su cuerpo. Cuando su rostro descendió y sus labios se unieron, creyó morir.

Después de eso se olvidó incluso de respirar. Aunque no quisiera reconocerlo, llevaba deseando su boca desde el mismo momento en que apareció frente a la puerta de su apartamento para recoger los enseres de su hermana. Había intentado reprimir sus sentimientos, consciente de que no era lo oportuno dadas las circunstancias, pero ya no podía aguantar más la tensión que la torturaba.

Con deseo incontrolable elevó sus manos e hizo lo que tanto había deseado, enredar los dedos en su pelo, que como suponía era suave como la seda. Luego fue descendiendo y apreció los músculos de sus brazos que poco antes le habían quitado el aliento. Su sabor la embargó y sintió que las piernas le flojeaban. Él pareció intuirlo porque cogió su cintura y la sentó sobre el taburete alto que poco antes ocupaba él. Con manos diestras cogió sus rodillas y la obligó a separarlas para situarse entre ellas sin dejar de saquear su boca como si no hubiera un mañana.

—Necesito más de ti, todo de ti —dijo Ryan contra sus labios.

—Yo también —replicó Hannah sin aliento—, pero preferiría una cama y una posición horizontal. —Al instante notó cómo sus mejillas se coloreaban. «¿De verdad he dicho yo eso?», se preguntó confusa, pero no tuvo tiempo de

asimilar nada más porque Ryan ya la cargaba entre sus brazos y la llevaba directamente a su dormitorio.

Ryan encendió la luz con el codo y luego depositó a Hannah sobre la cama antes de ocupar lugar a su lado. Durante unos instantes solo la contempló, admirado por su belleza. Sus pómulos altos, que acarició con la yema de sus dedos, sus labios sugerentes, por donde continuó su recorrido, pero por encima de todo lo que más había recordado durante los años que Hannah había cohabitado en su recuerdo eran sus intensos ojos azules que se hacían presentes cada vez que contemplaba el inmenso océano cuando iba a surfear. Luego cogió uno de los mechones de su cabello, que enmarcaban su rostro ovalado, y comparó su color dorado con el trigo de los campos cercanos a su hogar, aderezados con algunos mechones cobrizos.

—A veces te he odiado —confesó, sonriendo al ver la expresión sorprendida ella.

Hannah sentía el corazón acelerado y una intensa necesidad. Pero cuando escuchó sus palabras, que no esperaba, dejó incluso de respirar.

—No me mires así —continuó Ryan—, no es lo que piensas. Todos estos años no he dejado de pensar en ti, en lo que podía haber sido y no fue. Recuerdo como si fuera ayer el día en que te conocí, en el pequeño apartamento junto a la universidad que compartías con Lindsay. Oh, Dios mío, me pareciste un ser mágico cuando te vi bailando en medio del salón mientras yo permanecía empotrado en el pequeño mueble bajo el fregadero. Creo que en aquel momento mi corazón explotó con algo desconocido.

—¿Y por qué nunca me dijiste nada? —preguntó Hannah frustrada y dolida. Ella le había entregado su corazón y desde entonces no lo había recuperado. Se había auto convencido de que el hermano de Lindsay no quería nada de ella, a pesar de que cuando estaban juntos algo magnético y especial la atrapaba. En aquel tiempo pensó que Ryan sentía lo mismo, pero de la noche

a la mañana desapareció de su vida.

—Porque fui un estúpido —respondió mientras seguía acariciando su mejilla—. En aquel entonces estaba saliendo con Meredith, realmente creía que la amaba y lo que sentía por ti me hacía sentir como un cabrón.

—¿Y qué ha cambiado? ¿Que ella está muerta? —preguntó Hannah dolida, para arrepentirse al instante. Intentó apartarse, pero Ryan no se lo permitió.

—No tiene nada que ver con eso, quiero que lo comprendas. No eres el premio de consolación —acotó—. Antes de que muriera, nuestro matrimonio ya estaba muerto, casi desde el principio. Era lógico que se fuera con otro —sonrió tristemente cuando vio que Hannah abría los ojos ampliamente, sorprendida por sus palabras—, yo estaba en cuerpo, pero no en alma. Me engañé a mí mismo, obcecado en hacer lo correcto, y lo único que logré fue que ambos sufriéramos. Yo no la amaba realmente porque una jovencita de ojos azules como el océano me había robado el corazón sin que yo me percatara.

Hannah apenas podía respirar tras semejante confesión. Bien sabía ella a qué se refería, ya que había vivido en una mentira todos aquellos años. Había intentado dejar de amar a Ryan, desterrar aquel sentimiento arrollador que había nacido en su pecho. Había tenido relaciones con hombres, unas más largas, otras menos, pero nunca llegaba a entregarse y por eso no llegaban a ninguna parte.

—¿Vas a decir algo? —preguntó Ryan con nerviosismo. Había desnudado su alma, confesado sus pecados ante Hannah y ella no decía nada. «¿Y si me he equivocado, y si no siente lo mismo que yo?», se preguntó inseguro.

La respuesta de Hannah fue enmarcar el rostro masculino entre sus dedos. Podía notar la rugosidad de sus mejillas gracias a su incipiente barba.

Clavó su mirada en su rostro con intensidad y solo entonces habló.

—Solo puedo decir que mi corazón te pertenece desde hace demasiado tiempo y que mi cuerpo muere porque lo poseas.

No hubo más palabras porque Ryan se apoderó de sus labios con codicia mientras sus manos se afanaban en deshacerse de la camisa blanca que cubría su pecho y dejar a la vista su sujetador. Al bajar la mirada hacia él no pudo evitar una sonrisa divertida, ya que era un diseño en color rosa adornado con cientos de pequeños pelicanos. Pero pronto se olvidó de eso cuando ella le obligó a quitarse la camiseta por encima de la cabeza. En pocos minutos ambos estaban desnudos sobre el colchón, prodigándose caricias que llevaban años esperando.

Ryan no podía controlar por más tiempo su necesidad e introdujo la mano entre sus piernas para comprobar la humedad entre ellas, notando cómo su masculinidad vibraba por el ansiado contacto. Sin dejar de besar sus labios, de penetrar en la cavidad de su boca, separó sus rodillas y se situó entre ellas.

—Creo que he soñado con esto toda mi vida —susurró sobre sus labios.

Entonces la penetró, se internó en su calor y creyó morir de placer, uno como nunca había sentido en su vida. Hannah comenzó a moverse bajo su cuerpo, obligándole a acelerar el ritmo hasta un punto enloquecedor.

—Si sigues así, acabaré antes de haber empezado —dijo con voz ronca por la pasión.

—Tenemos toda la noche por delante, no creas que este es el final, sino el principio —dijo Hannah mientras se separaba de él para obligarle a darse la vuelta y subía sobre su cuerpo.

Fiona se sentó frente al mostrador y dejó el vaso de papel, que contenía un café doble, oculto de la vista de los posibles clientes. Estaba repasando la lista de desayunos para el día siguiente cuando el teléfono rompió el silencio reinante. «¿Quién puede ser a esta hora de la noche?», se preguntó confusa. «Espero que no sea un cliente que tenga un problema grave», rogó mientras descolgaba el teléfono.

—Buenas noches, Hotel Liberty. Le atiende Fiona Mackenzie, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó con voz mecánica, como le habían enseñado en el curso de atención al cliente.

—Es usted muy amable, señorita Mackenzie.

—¡Parker! —exclamó Fiona con voz aguda al reconocer la voz de su hermano. Luego miró a un lado y a otro para cerciorarse de que no había nadie cerca—. ¿Ha pasado algo? —preguntó preocupada.

—No, tranquila, todos estamos bien —respondió Parker al descubrir la angustia en la voz de su hermana.

Fiona frunció el ceño sin percatarse.

—Entonces, ¿por qué demonios me has llamado aquí? Ya sabes que no es oportuno recibir llamadas personales en el hotel —le recordó.

—Lo sé, pero como no me cogías el móvil no me quedó más remedio.

—¿Qué quieres? —indagó Fiona, deseando cortar la llamada.

—Tenemos que hablar de lo que pasó cuando estuviste en casa...

—No quiero hablar de eso —le cortó—. Ya sé que soy el último mono de la familia. Qué más da lo que piense Fiona, ¿verdad?

—Joder, hermanita, no te pongas así. He llamado para intentar solucionar el asunto. He hablado con papá y mamá y hemos encontrado una solución que estoy seguro que te reconfortará.

—No me interesa —dijo a punto de colgar.

—Al menos déjame que te lo explique, solo te pido eso. Te estás comportando como una niña malcriada —le reprochó.

Fiona iba a replicar airadamente cuando el señor Wood apareció y no tuvo más remedio que cortar la llamada.

—Claro, señora Roger, anoto su desayuno en la *suite* para mañana. Buenas noches —fingió, antes de que el conserje llegara a su altura y luego colgó el teléfono, dejando a su hermano con un palmo de narices.

Capítulo 18

Ryan observaba a través del espejo el reflejo de Hannah mientras esta se maquillaba con pericia. En aquel momento pasaba por sus labios la barra cremosa de color frambuesa y deseó acercarse a ella para atraparlos entre los propios y borrar el color antes de arrastrarla hasta la cama para hacerle el amor hasta dejarla extenuada.

—¿En qué piensas? —preguntó Hannah al elevar su mirada y descubrir a Ryan apoyado contra la jamba de la puerta.

—En que sigue sin parecerme buena idea que cenes con ese tal Alexander —dijo con sinceridad mientras se acercaba a ella y enlazaba su cintura entre sus dedos antes de depositar un sugerente beso en su cuello.

Hannah puso los ojos en blanco al escuchar sus palabras. Iba a replicar a las mismas cuando él comenzó con sus tortuosas caricias.

—Esto es juego sucio —dijo Hannah cuando llegó al lóbulo de su oreja.

—Lo sé —replicó Ryan con una sonrisa traviesa adornando sus labios —, pero si funciona me doy por contento.

Hannah le empujó levemente con su espalda y finalmente logró apartarlo de ella. Estaba claro que Ryan sabía cómo lograr que una mujer perdiera la cabeza, pero no por ello iba a permitir que se saliera con la suya. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de averiguar qué le había sucedido a Lindsay, y por mucho que le gustase Ryan no pensaba desistir en su empeño de averiguar la verdad.

—Tengo que irme o llegaré tarde —dijo mientras se dirigía al dormitorio y cogía su bolso de una silla.

—¿Quieres que te lleve? —preguntó Ryan, no quería dejarla marchar.

—Con esto no puedo subirme a la moto —dijo señalando su atuendo, un vestido de color frambuesa, a juego con sus labios y que marcaba cada curva de su cuerpo—. Un taxi me espera abajo.

—No tardes —le rogó él.

Hannah sonrió al escuchar su ruego.

—En menos de lo que esperas estaré aquí. Además, no te dejo solo —dijo señalando a Maggie, que se había metido entre las piernas de Ryan y se rozaba contra él—. Ya sabes que te adora —añadió antes de tirarle un beso con la mano y salir precipitadamente por la puerta.

Ryan se apoyó contra la jamba de la puerta y dirigió su mirada a la gata, que en aquel momento elevó su cabeza y le observó con aquellos ojos ambarinos que le parecieron de lo más dulces.

—Está bien —dijo mientras se agachaba y cogía al animal entre sus brazos y le acariciaba la cabeza—, está claro que tendremos que hacernos compañía mutua. ¿Qué te parece un delicioso paté de trucha? —preguntó mientras se encaminaba a la cocina—. Yo prefiero pedir una pizza y podemos ver una película en la tele.

Tres horas después, Hannah entró en el apartamento y descubrió a Ryan dormitando en el sofá con Maggie tumbada a su lado mientras en la televisión comenzaba una reposición de una antigua película de espías. Con una sonrisa en sus labios se acercó hasta él y le acarició el rostro con los dedos.

—¿Qué pasa? —preguntó Ryan incorporándose con sobresalto, confuso, pero cuando descubrió que se trataba de Hannah una sonrisa se dibujó en sus labios y sin dudar atrapó su mano con sus dedos y tiró de ella para que acabara entre sus brazos, sobre el sofá. La pobre minina salió huyendo.

—Esto es muy estrecho para los dos —dijo Hannah, mientras se aferraba al cuello de Ryan para no caer.

—No tanto —replicó él mientras la estrechaba más contra su pecho—. Has tardado una eternidad —le reprochó mientras comprobaba que el color de sus labios permanecía intacto. Nuevamente deseaba borrarlo con sus besos, pero Hannah no se lo permitió.

—¿No quieres saber lo que he descubierto? —le preguntó mientras intentaba apartarse de él y no perder el equilibrio en el intento.

Ryan se sintió culpable por no recordar el motivo de todo aquello. Desde que había hecho el amor con Hannah y mantenían una relación que no sabía cómo calificar, se olvidaba a menudo del motivo que le había llevado a Dallas y a aquella casa que consideraba más como su hogar que su propio apartamento en San Antonio. Con desgana soltó a Hannah y la ayudó a sentarse a su lado antes de hablar.

—¿Has averiguado algo?

—Sí, y creo que si podemos probarlo tendremos una oportunidad.

—¿De qué se trata? ¿Qué ha sucedido?

—Bueno, no te voy a aburrir con los detalles. —Por nada del mundo pensaba contarle que Alexander había intentado seducirla con toda su artillería. Nada más llegar le había regalado media docena de rosas rojas, que había dejado frente a la puerta de su vecina, una anciana de lo más encantadora. No tenía ganas de lidiar con los celos de Ryan nuevamente—. El caso es que aproveché un momento en el que la conversación giró en torno al trabajo para preguntarle cuándo había sido la última vez que se había estropeado el aire acondicionado, que últimamente no es que refrigerara demasiado, que los clientes se habían quejado. Alexander se sintió entrañado por mi pregunta, y aun así me confirmó que no se había arreglado desde hacía al menos dos años. La factura emitida por la empresa de Lambert es falsa. Y sospecho que no es la única reparación ficticia. Sería interesante revisar el archivo del despacho de Alexander, debe tener algún registro de las

reparaciones...

Ryan la hizo callar colocando un dedo sobre sus labios.

—No quiero que te arriesgues más. Con la confirmación de que esa factura es falsa, más todo lo que tenemos, creo que será suficiente para que Cox pueda trabajar y destapar la trama del hotel.

—¡Pero aún no sabemos quién está detrás de todo esto! —exclamó Hannah molesta—. Los dos sabemos que Lambert solo es un peón.

—Lo sé, pero creo que poco más podemos hacer.

—No pienso rendirme tan pronto —dijo Hannah mientras se cruzaba de brazos y clavaba su mirada en el rostro de Ryan.

—Ni yo tampoco. Quiero llegar al final, descubrir quién es el responsable de la muerte de mi hermana, pero nosotros somos unos simples civiles. Cox tiene otro tipo de información a la que nosotros no tenemos acceso.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó frustrada.

—No lo sé, pero por hoy ya has hecho suficiente. Es tarde y tenemos que hacer algo antes de dormir —dijo mientras se acercaba a ella y la cogía entre sus brazos para alzarla—. Tienes que descansar algo o mañana no podrás levantarte —dijo antes de atrapar sus labios entre los propios y comprobar que el pintalabios que llevaba toda la noche volviéndole loco sabía a la sabrosa fruta que daba nombre al tono de barra de labios. Le encantaban las frambuesas, y más si podía chupar los labios de Hannah hasta desgastarlos.

Finn Jenkins observó el denso tráfico ante sus ojos y maldijo golpeando el volante, Louise, situada a su lado se giró levemente y clavó la mirada en su marido. Su comportamiento en los últimos meses era de lo más extraño y empezaba a estar preocupada por ella y por sus hijos. Finn siempre había sido

un hombre amable y divertido, pendiente de su familia, pero en los últimos tiempos su carácter había cambiado drásticamente. Estaba siempre de mal humor y mostraba una actitud un tanto agresiva.

—Finn, ¿qué te pasa? —preguntó, aunque sabía de sobra que saldría con una evasiva.

—Es este maldito tráfico —replicó él mientras su ceño se fruncía y pitaba al coche de adelante, tan atrapado como él en el tráfico.

—Tranquilo, no tenemos prisa —dijo Louise intentando sosegarle—, los niños están con mi madre. Recuerda que me prometiste una cena romántica y una noche de ensueño.

Los dedos de Finn aferraron el volante con fuerza, hasta que sus nudillos se pusieron blancos. Sabía que últimamente dejaba mucho que desear respecto a su familia y que Louise empezaba a cansarse de su extraño comportamiento, de sus ausencias a pesar de estar en casa. Por eso mismo le había prometido una noche para los dos, con la esperanza de sosegarla. La noche había empezado bien, le había regalado un precioso collar con un zafiro en forma de gota que a Louise le encantó.

Una charla intrascendente animó el trayecto hasta el afamado restaurante donde había reservado, pero todo se truncó cuando descubrió en una mesa cercana a una pareja que hizo que su corazón se detuviera por un instante: Hannah Mackenzie estaba acompañada por Alexander Russell, el jefe de mantenimiento. Esa fue la confirmación que necesitaba para que sus peores sospechas se cumplieran: Hannah Mackenzie estaba metiendo las narices en sus asuntos, ahora estaba seguro. «¿Qué coño vamos a hacer si descubre la verdad?», se preguntó una docena de veces mientras intentaba tragar un bocado, a pesar de que se le había pasado el hambre. Eso sumado a la misteriosa desaparición de Lambert estaba logrando acabar con su cordura. «Tengo que hablar con Anderson», se dijo antes de accionar los intermitentes

para aparcar el coche en la puerta de su casa. No apagó el motor y se preparó para enfrentarse a Louise.

—Cielo, baja del coche —ordenó tajante, granjeándose una mirada sorprendida por parte de su esposa, que no salía de su asombro—, yo tengo que irme.

—¿Qué? —boqueó Louise incrédula.

—Lo que has oído, pero te prometo que estaré aquí en un abrir y cerrar de ojos —prometió, aunque no estaba muy seguro de a qué hora regresaría.

—Finn —comenzó Louise, la ira traslucía en su voz—, si te marchas ahora no te lo perdonaré. Estoy cansada de tu comportamiento, de que no me cuentes qué te pasa, nuestro matrimonio no está bien.

Finn cerró los ojos unos instantes y se frotó la frente antes de contestar a las aplastantes palabras de su esposa.

—Escucha, Louise, sé que estos últimos meses están siendo difíciles, y me encantaría contarte lo que sucede, pero no puedo. Pero te prometo que volveré a ser el mismo. Por favor, confía en mí.

Louise sintió que las lágrimas poblaban sus ojos y deseó gritar y golpear a su esposo, pero finalmente hizo lo que le pedía y caminó con paso cansado hasta la casa. Solo dejó derramar sus lágrimas cuando estuvo en el interior de la vivienda.

Marcus Anderson dibujó una sonrisa en sus labios mientras escuchaba las proezas de su suegro en el campo de golf al que pertenecía. Dio un trago a su copa antes de dejarla en una mesa cercana y se ajustó la pajarita de su smoking. Odiaba a aquel hombre más que a cualquier persona en el mundo, pero sabía que debía seguir bajo su yugo.

No había sido fácil medrar con unos orígenes tan humildes como los suyos, pero lo había logrado gracias al tesón y, por qué no decirlo, por su cara bonita. Era un hombre atractivo y lo sabía, y había aprovechado sus genes para conquistar a la hija del dueño de la cadena hotelera más importante del país, pensando que con eso tendría asegurado el resto de una vida de lujos y excesos. Pero el sacrificio de casarse con una mujer atractiva pero anodina, no había servido para demasiado. Su suegro le tenía atado a aquel maldito hotel y con un sueldo irrisorio a pesar de encargarse de los cinco hoteles que había en la ciudad. Por eso mismo había tenido que buscarse la forma de «maquillar» un poco las cuentas para poder costearse sus secretos caprichos.

—... y entonces Clementain tiró su palo y salió caminando airadamente al bar —concluyó su suegro con su historieta, riéndose de su propia gracia.

—Señor Anderson —les sobresaltó a ambos la voz del mayordomo, que se había situado junto a ellos sin que se percataran—, hay un hombre en la puerta que insiste en hablar con usted —informó el hombre con cara de circunstancias. Conocía lo suficiente a su jefe como para saber que no le gustaba que le molestaran cuando tenía invitados, más en una celebración como aquella.

Marcus torció el gesto y clavó la mirada en el rostro de su empleado con ira. Era la fiesta del aniversario de su boda. En aquel salón estaban las personas más importantes de la ciudad y tenía que atenderlos correctamente. Uno nunca sabía cuándo podía necesitar un favor.

—Remus, creí dejarte claro que hoy no quería que nadie me molestara, y menos a estas horas —expresó con voz ácida ante la atenta mirada de su suegro, que no perdía detalle de cuanto acontecía.

—Lo sé, señor —insistió el empleado—, pero el señor Jenkins insistió en que era algo muy importante sobre el hotel Liberty.

«Maldito seas, Finn», pensó molesto, mientras notaba la mirada de halcón de su suegro clavada en su persona.

—Deberías ir —le instó el anciano, sorprendiéndole—, si se trata del hotel no puedes ignorarlo. El deber es lo primero.

A Marcus le hubiera gustado mandar al infierno a su suegro, pero resignado asintió con la cabeza y siguió al mayordomo, que le acompañó hasta su despacho, donde había dejado al señor Jenkins esperando la decisión de Anderson.

—Gracias, Remus —dijo para deshacerse de su empleado. No quería testigos, y menos en su casa, de la conversación que mantendría con aquel estúpido.

Jenkins observaba la ostentación del lugar. Estaba claro que a Anderson le gustaba vivir bien, lo denotaban las obras de arte que colgaban de la pared de su despacho. Cuando había decidido ir a su casa no esperaba que se estuviera celebrando una fiesta, y daba gracias al cielo porque el mayordomo le hubiera reconocido cuando se situó frente la puerta. Los empleados de la empresa de seguridad contratados para aquella noche no querían dejarle pasar a la casa sin invitación. Estaba observando una extraña escultura sobre un pedestal, cuando la puerta a su espalda se abrió y apareció Anderson, cuyo rostro estaba trasfigurado por la ira. Solo habló tras comprobar que la puerta estaba bien cerrada y solo entonces se dirigió a él a grandes zancadas haciendo que se sintiera intimidado.

—¿Qué demonios haces aquí? —explotó Marcus con el peor de sus genios.

—Señor Anderson, es algo importante —respondió Finn mientras se frotaba las manos con nerviosismo, pensando que quizás había sido un error ir hasta allí.

—¿Tan importante como para venir a mi casa en plena noche y molestarme en la fiesta de mi aniversario de boda?

—Lo siento, señor Anderson, no lo sabía —se disculpó agachando la cabeza, evitando la mirada sulfurada de su jefe.

—¿Y de qué se trata?, si puede saberse.

—Es sobre el asunto de Lindsay.

Marcus sintió la ira ascender por su cuerpo, y deseó estampar el puño en su rostro, pero se conformó con cogerle por la pechera y elevarle varios centímetros antes de hablar.

—¿Crees que mi casa es el mejor lugar para hablar sobre eso?

—No, pero mis sospechas eran ciertas.

Marcus contó hasta diez y necesitó unos segundos para relajarse antes de soltar a Finn y dirigirse al mueble bar donde se sirvió una generosa cantidad de whisky en un vaso labrado. Ni siquiera se giró cuando habló.

—Habla, Jenkins, no tengo toda la noche.

—Esta noche he salido a cenar con mi mujer...

Marcus se giró como una exhalación y clavó su mirada en el rostro de Finn.

—¿Acaso crees que me importa tu vida marital? Al grano.

—En el restaurante descubrí a la señorita Mackenzie cenando con el jefe de mantenimiento.

—¿La señorita Mackenzie? —¿Quién demonios era esa mujer?, se preguntó Marcus confuso.

—Hannah Mackenzie, la mejor amiga de Lindsay y su compañera de piso. Ya le dije hace tiempo que andaba revoloteando junto a Lambert, y ahora descubro que está cenando con el jefe de mantenimiento. ¿Y si su amiga le dijo algo antes de morir? ¿Y si está fisgando en nuestros asuntos?

Marcus se frotó la nuca antes de beberse de un trago el contenido de su

copa. La cosa se estaba complicando por momentos y tenía que tomar las riendas del asunto, ya que parecía que Jenkins era un completo inepto.

—Está bien, gracias por la información, mañana hablamos —dijo, agradecido cuando Jenkins se despidió y salió del despacho.

Cuando estuvo solo volvió a llenar su copa y cogió el móvil del bolsillo de su chaqueta. Buscó en la agenda y esperó paciente a que le contestaran al otro lado de la línea.

—Tengo un trabajo para ti —dijo cuando la línea se abrió—. Sí, para esta noche —añadió cuando su interlocutor le preguntó.

Capítulo 19

Alfie Lambert volvió a revisar los cajones de la cómoda de su habitación y rescató el jersey que le había regalado su abuela las navidades pasadas. Comprobó que su maleta estaba al máximo de su capacidad y se resignó a abandonar el resto de sus pertenencias, aquellas que no eran tan importantes como las que llevaba. Con esfuerzo logró cerrar la cremallera y la llevó junto a la puerta y luego regresó al dormitorio y se sentó sobre la cama.

Todavía no se podía creer lo que estaba a punto de hacer: huir como un cobarde para nunca más regresar. A pesar de lo que le había dicho Anderson sabía que con su «amable ofrecimiento» le estaba dando la oportunidad de desaparecer, pero sin la posibilidad de volver.

El billete a Francia que había imprimido una hora antes ya estaba guardado en el bolsillo de su chaqueta, esperando a ser utilizado a la mañana siguiente. Había tomado la decisión más dura de su vida, pero no pensaba echarse atrás a pesar de las consecuencias. Lo más duro iba a ser lo de no poder ponerse en contacto con su abuela Mary, quien le había criado. «¿Cómo he podido llegar a este punto?», se preguntó mientras se cubría el rostro con ambas manos.

Derrotado se levantó del sofá y se dirigía al dormitorio para intentar dormir cuando la melodía de su móvil le sobresaltó. Corrió hasta la mesa donde reposaba y cuando vio el número notó que un sudor frío recorría su cuerpo. Con dedos temblorosos accionó el botón verde de la pantalla y respondió.

—¿Dígame? —preguntó con voz aguda, temía lo peor al saber que le llamaban de la clínica donde estaba su abuela.

—¿Señor Lambert? —preguntó una voz femenina al otro lado de la

línea.

—Sí, soy yo.

—Le llamo de la Clínica Mitman, es sobre su abuela.

—¿Cómo está? —preguntó angustiado.

—Esta noche ha tenido una crisis, su corazón se está agotando —le confesó la enfermera con voz apenada—. Le llamo porque no le quedan muchas horas.

—En media hora estoy ahí —aseguró antes de colgar y dirigirse a su dormitorio para vestirse con celeridad.

Sintió que un nudo se formaba en su garganta y borró con el dorso de su mano las lágrimas que poblaban sus ojos. La estampa que tenía ante sí le rompió el corazón y con paso lento e inseguro se acercó a la cama articulada y se situó a su lado. Con mano temblorosa cogió la de su abuela entre los dedos y notó que su piel, tan suave como siempre a pesar de las arrugas de los años, estaba tibia.

—Alfie, ¿eres tú? —preguntó la anciana abriendo los ojos con esfuerzo. Cuando finalmente enfocó el rostro de su nieto una sonrisa se dibujó en sus labios, iluminando su rostro.

—Sí, abuela, soy yo —replicó Alfie tragando el nudo que aún atenazaba su garganta.

—Menos mal que has venido —pronunció Mary con esfuerzo, aferrada a la mano de Alfie, al que consideraba como un hijo más que como un nieto—, no me queda mucho tiempo.

—¡No digas eso! —replicó él sin poder disimular su angustia.

—Mi tiempo ya ha llegado, lo sé —dijo la anciana sabiamente—. Y ahora quiero que me cuentes por qué hace semanas que no vienes a verme, por qué tu rostro está plagado de sombras.

—He tenido mucho trabajo, es solo eso, abuela —mintió.

—Alfie, mi niño, te conozco desde que abriste los ojos al mundo por primera vez, ni se te ocurra intentar engañarme, nunca lo lograste.

Alfie se pinzó el puente de la nariz con la mano libre y cerró los ojos durante unos instantes. Sabía que su abuela tenía razón, como siempre, y a pesar de que a lo largo de los años había sido su mayor confidente era incapaz de relatarle lo que realmente le carcomía por dentro. Temía que ella se enfadara, que le juzgara.

—No tengas miedo, haya pasado lo que haya pasado yo siempre estaré contigo, ya sea en la tierra o en el cielo. No dejes que lo que pretendes ocultar te destruya.

Alfie asintió y soltó la mano de Mary para ir a por una silla que colocó junto a la cama antes de sentarse. Nuevamente cogió la mano de la anciana, que le dio un leve apretón para infundirle las fuerzas que parecía necesitar.

—Abuela, he hecho algo horrible.

—¿De qué se trata? ¿Has matado a un hombre? —añadió con humor, pero la sonrisa se borró de sus labios al ver la tensión en las facciones masculinas.

—No, no he matado a un hombre. —La mujer soltó el aire que había estado conteniendo en los pulmones, aunque su alivio duró poco—. Pero en parte soy responsable de la muerte de una buena mujer.

—¿Qué? —boqueó la anciana, notando cómo su cansado corazón se aceleraba.

Alfie sintió que una mano invisible apretaba su corazón con saña al escuchar la voz angustiada de su abuela. Colocó los codos sobre sus rodillas y ocultó el rostro entre sus manos.

—Alfie Lambert, dime de qué estás hablando.

—Hace un año, mi jefe, el señor Jenkins, me propuso un asunto ilícito.

—¿A qué te refieres?

—Quería montar una empresa ficticia para expedir facturas para el hotel de reparaciones no realizadas. Al principio me negué, era un asunto peligroso del que no quería formar parte, pero... —No sabía cómo seguir con su relato, no quería que su abuela se sintiera responsable de sus malas elecciones.

—Pero, ¿qué? —le reclamó la anciana con voz dura.

—Pero cuando me dijo la cifra que ganaría mensualmente no me pude negar.

Mary se llevó la mano libre al rostro y se frotó los ojos. Comenzaba a comprender por qué su nieto se había metido en tremendo lío, y no pudo evitar sentirse culpable.

—Y con esa ganancia extra llevas costeadando mi estancia aquí hace un año, ¿me equivoco? —preguntó apartando los dedos de su rostro y clavando la mirada en el rostro de su nieto.

—Sí, así es —confesó Alfie derrotado, bajando la cabeza y clavando su mirada en el suelo, avergonzado por haber fallado a la persona a la que más quería en el mundo.

—Lo comprendo, pero eso no explica por qué dices que eres responsable de... —le costaba pronunciar la palabras— una muerte —soltó finalmente.

—Mi compañera de oficina, Lindsay, encontró algo que no debía que nos implicaba a mí, al señor Jenkins y a Anderson, el gerente del hotel, y pocos días después tuvo un trágico accidente. En cuanto me enteré, supe que no había sido así, que alguien se había deshecho de ella —confesó con franqueza.

Mary volvió a cerrar los ojos y se tomó unos minutos para meditar sobre el asunto. No podía evitar sentirse defraudada por su nieto, pero a su vez sabía que si él había cometido esa locura en parte había sido por el afán de cuidar

de ella cuando no pudo permanecer más tiempo en casa y su salud necesitaba cuidados específicos. Su nieto había errado, y a pesar de que una vida se había perdido en el camino no había sido en sus manos, aún había posibilidades de redimirse.

—Cielo —dijo extendiendo su mano, aliviada cuando él la tomo—, el pasado no se puede cambiar, no podemos recuperar la vida de esa joven, pero sí intentar enmendar nuestros errores.

—¿A qué te refieres, abuela? —preguntó, temiendo su respuesta.

—Tienes que hablar con la policía, ayudarlos en todo lo posible. El asesino de esa chica tiene que pagar por su muerte, su familia tiene derecho a conocer la verdad.

—¡Pero iré a la cárcel! —exclamó Alfie con temor—. ¿Qué será de ti? —preguntó angustiado.

—Alfie, debes expiar tus culpas, hacerte responsable de tus actos. Y en lo referente a mí —dijo con una media sonrisa en los labios—, mi tiempo en este mundo ha acabado. Me merezco descansar en paz, y si no haces lo correcto no lo lograré. ¿Me juras que en cuanto nos despedamos irás a la comisaría?

Alfie notó como su mandíbula se tensaba hasta el punto de que parecía que iban a reventarle todos los dientes. Y el motivo no era la tangible posibilidad de dar con sus huesos en la cárcel, como decía su abuela, tenía que ser consecuente con sus actos. Lo que de verdad le rompía el corazón era tener que despedirse de la única persona que le había querido en su vida.

—No te preocupes, mi vida, esto no es un adiós, es un hasta pronto —le sobresaltó la voz de la anciana, como si le hubiera leído el pensamiento.

Hannah agradeció una larga ducha con agua templada tras un largo día de trabajo. Estaban en temporada alta y los empleados del hotel Liberty estaban desbordados. El señor Anderson, el gerente del hotel, no parecía ser consciente de que los turnos dobles, incluso triples en algunos casos, estaban acabando con sus empleados. «Ese maldito cabrón debería ampliar la plantilla», se dijo, pero no había demasiadas esperanzas de lograrlo porque al parecer el enlace sindical lamía la mano que le daba de comer sin importarle que sus compañeros estuvieran al borde de la desesperación.

—¿Te falta mucho? —preguntó una voz masculina a su espalda.

Hannah retiró el exceso de agua de su cabello y se giró para descubrir a Ryan apoyado despreocupadamente en la jamba de la puerta. Como siempre que le tenía ante sí le pareció el hombre más atractivo sobre la faz de la tierra a pesar de su vestimenta casual, unos *jeans* azules y una camiseta de color gris.

—¿Qué haces aquí? —preguntó confusa. Se suponía que debía estar en San Antonio.

—He acabado mi turno y no he podido resistirme a coger la moto y venir a dar una vuelta por la ciudad —respondió con humor, sin confesarle que llevaba más de veinticuatro horas sin dormir. Desde que estaba con Hannah todo su mundo giraba en torno a ella y si no la tenía a su lado se sentía incompleto.

—¿Y cómo demonios has entrado? —indagó Hannah mientras cogía la toalla colgada del toallero y la enrollaba en torno a su cuerpo. Quería fingir enfado, pero en el fondo se moría por tirarse en sus brazos y perderse en la marea de pasión entre ambos, que se había convertido en aditiva.

—Bueno, tengo mis técnicas —dijo acercándose a ella para tomarla entre sus brazos, sin importarle mojar su ropa.

—¿Y qué técnicas son esas? —preguntó Hannah elevando una de sus

perfectas cejas mientras posaba las manos sobre su ancho pecho.

—Fiona me dejó una copia de sus llaves a cambio de unas entradas para un musical. Por cierto, esta noche tenemos la casa para nosotros solitos —añadió antes de acortar la distancia que los separaba y atrapar su labio inferior para chupetearlo y mordisquearlo a su antojo. Estaba a punto de deshacerse de la felpa que le impedía libre acceso a su piel, cuando el timbre comenzó a sonar con demasiada insistencia. Decidió ignorarlo y tiró de una punta de la tela, pero sus expectativas de hacer el amor en la ducha se diluyeron cuando Hannah fue consciente del sonido molesto e intentó apartarse de él.

—Están llamando —dijo forcejando.

—Yo no he oído nada —mintió Ryan mientras enlazaba las manos en sus caderas.

—Eres un niño muy malo —dijo Hannah con humor cuando al fin pudo liberarse, y tras coger el albornoz de detrás de la puerta salió corriendo por el pasillo.

—Maldita sea —expresó Ryan mientras intentaba sosegar su respiración y ordenar a su masculinidad que se relajara.

Cuando llegó al salón se encontró a Hannah hablando con un hombre y notó cómo su cuerpo se tensaba y toda la excitación que había sentido se evaporaba al instante. Se acercó y se situó junto a ella, clavando su mirada en el rostro del desconocido.

Hannah, consciente de la presencia de Ryan no dudó en hablar.

—Ryan, este es Patrick Cox. Patrick, el hermano de Lindsay.

El aludido, al ser consciente de a quién se refería, no dudó en adelantarse y tenderle la mano amistosamente.

—Encantado, señor Cox. Si no fuera por usted todo este asunto se habría mantenido en la sombra. ¿Sabe algo nuevo? ¿Los documentos le han sido de

ayuda? —preguntó Ryan esperanzado.

—Por favor, Patrick, siéntate antes —ofreció Hannah hospitalariamente—. ¿Quieres tomar algo?

Patrick siguió sus indicaciones y se sentó en el sofá, que resultó ser bastante cómodo. Luego volvió a observar a ambos y pensó que entre aquellos dos había algo.

—Un café estaría bien —expresó, con la necesidad de cafeína tras un día que estaba resultando demasiado largo.

Diez minutos después Hannah se había puesto un vestido liviano de verano y permanecía sentada junto a Ryan, que parecía tan tenso como ella. Patrick bebía un sorbo de café y parecía tomárselo con calma, cosa que la sacó de sus casillas.

—Patrick, vas a acabar con mis nervios. ¿Has averiguado algo?

—Sí, que vosotros dos —dijo señalando a ambos alternativamente— habéis estado metiendo la nariz donde no os importa y haciendo pesquisas. ¿Acaso creéis que sois policías o detectives privados? —preguntó con el ceño fruncido.

Hannah se mordió el labio inferior, nerviosa por haber sido descubiertos.

—Nosotros solo queríamos ayudar —intentó excusarse.

—Hannah, la policía lo está investigando y el cerco se está estrechando, ya falta poco. Yo también estoy deseando descubrir quién fue el asesino de Lindsay, pero sé que debo mantenerme al margen. Esto no es un juego y quién está detrás de todo esto se está empezando a poner nervioso.

—¿Y eso cómo lo sabes? —preguntó desabridamente Ryan.

—Ha habido una nueva víctima, aunque gracias a Dios se ha salvado, pero está muy grave en la unidad de cuidados intensivos.

—¿De quién se trata? —preguntó Hannah preocupada.

—Finn Jenkins, el jefe de contabilidad.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó horrorizada.

—Ha tenido un grave accidente de tráfico esta noche.

—Dios santo —exclamó Hannah frotando su frente confusa—, nunca pensé que el señor Jenkins tuviera algo que ver en este asunto.

—Pues así es, y Lambert también, aunque eso ya lo sabíais —añadió con el ceño fruncido—. Ya falta poco para destapar esta trama, tenemos algo.

—¿Qué? —preguntó Ryan.

—Cuando esté atado y bien atado os lo contaré, pero mientras tanto os pido paciencia y os ruego que no volváis a inmiscuiros —dijo mientras abandonaba su asiento, dispuesto a marcharse. Aún le quedaba una larga noche por delante—. ¿Tengo vuestra promesa? —preguntó clavando su mirada en ambos rostros.

—Por supuesto —exclamaron Ryan y Hannah, aunque esta última tenía los dedos cruzados tras la espalda.

Capítulo 20

Eran las cinco de la tarde y estaba a punto de acabar su turno. Estaba siendo un día tranquilo respecto al funcionamiento del hotel, pero la noticia del accidente de Jenkins había corrido como la pólvora y los corrillos de empleados del establecimiento se sucedieron a lo largo del día. Algunos supersticiosos decían que el departamento de contabilidad tenía una maldición, otros estaban preocupados por sus sueldos y nóminas, y a Hannah únicamente le angustiaba la forma de poder ausentarse de su puesto para acometer su plan: registrar el despacho de Jenkins con la esperanza de encontrar una pista que le llevara a descubrir quién era el tercer hombre en discordia. La sorpresiva desaparición de Lambert, sumado al reciente accidente de Jenkins confirmaban las sospechas de que alguien más estaba implicado, pero la pregunta era quién.

—Hannah, tienes mala cara, ¿te encuentras bien? —preguntó Kimberley, sentaba a su lado.

La aludida iba a replicar con una negativa, pero entonces se percató de que esa era la oportunidad que había estado esperando.

—No, la verdad es que no, tengo un horrible dolor de cabeza —mintió mientras se acariciaba con los dedos la zona indicada. Se sintió mal al ver la preocupación reflejada en el rostro de su compañera.

—Hay poco lío aquí —expresó Kimberley—, ¿por qué no te vas al cuarto de descanso y te tomas un ibuprofeno? —aconsejó.

—No te preocupes, podré soportarlo —dijo Hannah.

—De ninguna manera —dijo Kimberley abandonando su silla y obligando a Hannah a hacer lo propio—, es una orden —añadió mientras la

empujaba hacia la puerta situada a su espalda.

—Gracias, preciosa —agradeció Hannah con una sonrisa antes de cerrar la puerta a su espalda.

El pasillo de personal estaba desierto, cosa que agradeció, y tras comprobar que tenía vía libre caminó en dirección contraria a la sala de descanso de personal, hacia las escaleras laterales. Mientras ascendía recordó la promesa que le había hecho a Cox y que estaba a punto de romper, por no hablar de la mentira a Ryan, que tras la marcha de su amigo insistió hasta la saciedad en que no quería que se metiera más en aquel asunto, que era peligroso y no quería que nada le pasara.

Cuando llegó a la quinta planta abrió la puerta que separaba la escalera del pasillo y asomó la cabeza con cautela. Como imaginaba, a esas horas tardías no había nadie, el trabajo de oficina solo se realizaba por la mañana.

—¡Bien! —susurró triunfal antes de adentrarse en el pasillo y caminar hasta el departamento de contabilidad.

Tuvo la precaución de no encender las luces del hall y sacó la pequeña linterna que llevaba guardada en el bolsillo de su chaqueta. Como esperaba la puerta del despacho de Jenkins estaba cerrada a cal y canto, pero había tenido la precaución de tomar prestadas las llaves maestras de una de las limpiadoras, Greta, que no tenía que entrar a trabajar hasta la noche. Ya en el interior de la pequeña estancia se atrevió a accionar el interruptor y comenzó con el registro.

Veinte minutos después chasqueó la lengua frustrada al no encontrar nada. «Mierda, ¿y ahora qué?», se preguntó mientras apoyaba su trasero en el escritorio. Fue entonces cuando fue consciente de que el portátil estaba sobre la mesa. No era una experta en informática, pero no perdía nada intentándolo. Resuelta, se giró y se sentó en la silla y subió la tapa antes de encender el pc.

El sistema tardó unos segundos en cargar, y cuando finalmente lo hizo, descubrió que le pedía una contraseña. «¿Y ahora qué?», se dijo molesta mientras tamborileaba con sus dedos sobre la mesa. «No puedes abandonar ahora», continuó con su conversación interna antes de teclear una palabra que el sistema rechazó, una segunda, nuevo rechazo.

Se tomó unos minutos más para pensar y apartó la mirada de la pantalla para dejarla vagar por el lugar. Jenkins siempre le había parecido un hombre aburrido y gris, y su despacho era su fiel reflejo, todo era anodino y sin ningún vestigio de color excepto la fotografía sobre su mesa, donde aparecía una mujer hermosa y dos niños.

—¡Claro, eso tiene que ser! —se dijo mientras sus dedos se precipitaban sobre el teclado y escribirán con celeridad. Cuando el escritorio se abrió ante sus ojos casi estuvo a punto de saltar en la silla—. Ya lo tengo.

Con el ratón abrió varias carpetas, pero no encontró nada de interés y cuando acabó de registrar y estaba a punto de apagar el pc, sus ojos descubrieron en la barra de tareas que Jenkins había dejado una página de Internet abierta. Cuando clicó en ella y esta se expandió ante sus ojos, descubrió que se trataba de una cuenta corriente situada en un paraíso fiscal y que grandes sumas de dinero se desviaban a un número de cuenta concreto. Si no se equivocaba, el propietario de aquella cuenta era el tercero en discordia. Sin dudar sacó su móvil e hizo varias fotografías antes de apagar el ordenador y guardar su teléfono en el bolsillo de su chaqueta, cuando una voz masculina la sobresaltó.

Hannah tuvo que llevarse la mano al pecho para calmar los alocados latidos de su corazón, y cuando elevó su mirada se quedó incluso sin aire.

—Señorita Mackenzie, ¿no le han dicho nunca que la curiosidad mató al gato? —preguntó Marcus mientras se adentraba en la sala.

«¡El señor Anderson!», exclamó mentalmente Hannah, incapaz de

apartar la mirada del atractivo hombre que se había sentado frente a ella en el escritorio.

—Solo estaba... —comenzó, pero él le impidió seguir hablando con un gesto de su mano.

—No pierda el tiempo inventándose excusas que no pienso creer, no soy un estúpido, señorita Mackenzie. Sé que lleva semanas metiendo las narices donde no debe, pero entrar en el despacho de Jenkins —dijo abarcando la sala con un gesto de la mano— ha sido el colmo.

Hannah hizo el amago de levantarse mientras calculaba a cuántos metros estaba la puerta, pero como si le hubiera leído la mente, Anderson apagó sus ilusiones de poder escapar.

—No se moleste en levantarse, fuera está un «amigo mío» custodiando que nadie entre o salga de aquí hasta que yo lo ordene. ¿Comprende, señorita Mackenzie?

Hannah simplemente asintió con un gesto de cabeza, aunque no pensaba rendirse tan fácilmente, con la mayor calma y discreción de la que fue capaz atrapó su móvil del bolsillo donde lo había guardado minutos antes y suspiró aliviada al percatarse de que Anderson no se había dado cuenta de su acción.

—¿Por qué ha tenido que meterse en este asunto? —preguntó Marcus curioso, clavando su mirada en la joven, admirando su belleza. Si hubiera sabido de la existencia de aquella rubia entre los empleados habría acabado en su cama. «Lástima», se dijo mientras sacaba una pitillera del bolsillo y cogía un cigarro que encendió con el mechero de oro y diamantes que le había regalado su esposa por su aniversario de boda. Había odiado aquel regalo arcaico, pero cumplía su función a la perfección.

Hannah dudó, sorprendida por su pregunta, pero agradeció el tiempo extra que supondría una conversación con él.

—Mi mejor amiga ha muerto —expresó escuetamente mientras con

esfuerzo lograba desbloquear el teléfono y dar al botón de rellamada, ya que la última realizada había sido a Ryan. «Por favor, que lo coja», se dijo con el alma en vilo.

Ryan comprobó la temperatura del horno y se agachó para ver el aspecto que tenía la carne que había metido cuarenta y cinco minutos antes. Tenía una pinta estupenda a pesar de que era la primera vez que se aventuraba a preparar el plato estrella de su madre, a la que había tenido que llamar para conseguir la receta. Un maravilloso olor pululaba por la pequeña cocina y, contento, cogió la copa de vino tinto que reposaba sobre la encimera y le dio un largo trago antes de ponerse con su siguiente tarea.

—¡Mmm, esto huele de maravilla! —exclamó Fiona cuando entró en la estancia.

—No te preocupes, te guardaré un trozo —prometió Ryan con humor.

Fiona se acercó a la isla y ocupó uno de los taburetes altos. Esperaba al taxi al que había llamado y que la llevaría al centro de la ciudad.

—La próxima vez te costará más caro sacarme de casa para tener una cena romántica con mi prima —le advirtió mientras vertía en la copa vacía sobre la encimera una pequeña cantidad de vino.

Ryan sonrió ante su comentario mientras pelaba diestramente unas patatas. En los días que llevaba conviviendo eventualmente en aquel apartamento había cogido cariño a Fiona, que había resultado ser una joven divertida y alocada.

—¿No te parece suficiente una entrada para la mejor galería de arte de la ciudad? —preguntó mientras lavaba las patatas.

—Puede ser —replicó Fiona dando un trago a su copa—, pero es que mi prima lo vale. ¿No es cierto? No es muy habitual que un hombre se meta

una tarde entera en la cocina para sorprender a su ¿amiga... novia? ¿Cómo puedo definir vuestra relación? —preguntó Fiona elevando una de sus cejas, interrogante—. ¿Por qué esta noche es tan especial? —prosiguió con su batería de preguntas, como si se tratara de una periodista agresiva.

Una sonrisa perezosa se dibujo en los labios de Ryan antes de contestar.

—De momento no tengo una palabra que defina nuestra relación —confesó con sinceridad—, pero estoy seguro de que esta noche la definiremos.

—¿Vas a pedirle matrimonio? —exclamó Fiona con los ojos abiertos como platos.

—Fiona, paso a paso —dijo Ryan enfatizando sus palabras con un gesto de la mano.

—Está bien, pero si es así quiero ser la primera en saberlo... —sus palabras fueron interrumpidas por el sonido del telefonillo—. Salvado por la campana —dijo mientras rescataba su bolso del respaldo de la silla—. Espero que sea una noche perfecta —le deseó antes de salir precipitadamente del apartamento.

Ryan sonrió ante sus palabras y se centró nuevamente en su tarea. Como el horno trabajaba solo, y las verduras ya estaban preparadas, decidió encargarse de la tarea de montar la mesa cuando su teléfono comenzó a sonar con insistencia. Lo rescató de la mesa baja de café y descubrió que se trataba de Hannah. «Espero que Fiona no se haya ido de la lengua», se dijo esperanzado mientras accionaba el botón verde.

—Hola, preciosa.... —sus palabras quedaron interrumpidas cuando se percató de que algo no andaba bien, al otro lado de la línea una conversación logró que la sangre se helara en sus venas.

—Señorita Mackenzie, no dramatice, cada día se suceden un centenar de accidentes. Dallas es una ciudad grande. Lamento mucho lo que le pasó a su

amiga, pero no por ello voy a parcar mi vida y mis asuntos.

Hannah apretó la mandíbula fuertemente, notando como su cuerpo se tensaba como una cuerda.

—¿No fue un accidente! —chilló fuera de sí.

Una sonrisa sardónica se dibujó en los labios de Marcus antes de dar una nueva calada a su cigarro.

—¿Y por qué está tan segura? —indagó, aunque sabía de sobra que aquella mujer sabía ya demasiado.

—Porque Lindsay no se caracterizaba por ser una persona torpe, además de que he viajado en tren un millar de veces con ella y nunca se acercaba a las vías porque le daban pánico. Además, sé perfectamente que había descubierto que algo extraño sucedía con las cuentas del hotel.

—Señorita Mackenzie, es usted muy aguda, al igual que su amiga, pero mire para lo que le sirvió.

—¿Me está amenazando? —preguntó con angustia, deseando bajar la mirada a la pantalla de su teléfono para saber si Ryan estaba al otro lado, y sin atreverse a hacerlo para que él no descubriera lo que estaba haciendo.

—No, solo relato lo que va a suceder —indicó Marcus escuetamente.

—¿Y qué va a ser?

—Lamentablemente un incendio fortuito se va a producir en esta planta. Por desgracia la mayor parte de la documentación del departamento de contabilidad desaparecerá, al igual que usted, que por azares del destino estaba donde no debía.

—La policía se percatará de que no es un accidente.

—No me subestime, señorita Mackenzie, esta vez he contratado a un experto.

Sus palabras dejaron impresionada a Hannah, y algo se iluminó en su

mente.

—¿Fue usted quien mató a Lindsay? —preguntó con voz apagada mientras su cuerpo temblaba plausiblemente.

Marcus meditó sobre responder a esa pregunta mientras apagaba el cigarro en el vaso de agua sobre el escritorio y luego se dedicó a estudiar sus uñas. «¿Por qué no?», se dijo, a fin de cuentas aquella estúpida iba a morir.

—No fue algo premeditado, simplemente quería hablar, convencerla para que me diera la documentación que tenía y que se olvidara del asunto. Le ofrecí una sustanciosa cantidad de dinero, pero la muy estúpida la rechazó. Discutimos... y una cosa llevó a la otra. Pero si le sirve de consuelo, señorita Mackenzie, cuando cayó a la vía ya estaba inconsciente.

Hannah, tras escuchar sus palabras se cubrió el rostro con ambas manos y comenzó a llorar desconsoladamente.

—No se aflija por ella, señorita Mackenzie, si no por usted, que no va a correr la misma suerte. Dicen que morir quemado es la forma más dolorosa de de todas.

Ryan, que estaba escuchando todo, tuvo que accionar el botón de silencio para que en aquel despacho no se escuchara ni un solo sonido que pudiera delatarle. Cuando fijó su mirada en la pantalla se percató de que había encendido el botón de grabado sin pretenderlo, y eso reconfortó en parte su alma, hasta que escuchó decir a Marcus que Hannah moriría quemada.

—Maldito hijo de perra, si algo le pasa a Hannah te mataré con mis propias manos.

Capítulo 21

Ryan dejó su móvil sobre la mesa para que siguiera grabando y poder saber qué estaba sucediendo. Se acercó hasta el teléfono fijo. Recordó la tarjeta que le había dado el día anterior el señor Cox y la localizó en un cajón. Con dedos temblorosos marcó el número y esperó respuesta.

—Patrick Cox al habla —replicó una voz molesta al otro lado de la línea.

—Cox, soy Ryan. Tenemos un problema, un gran problema.

—¿De qué se trata? —preguntó Patrick confuso.

—Hannah no nos ha hecho caso y ha decidido meterse en el despacho de Jenkins...

—¡La voy a matar cuando la tenga delante! —exclamó Patrick cabreado, interrumpiendo a Ryan, que notaba cómo el sudor recorría su cuerpo.

—Si no se te adelantan —expresó Ryan perdiendo la escasa paciencia con la que contaba—. Cállate y escúchame de una maldita vez. Un tal Anderson ha entrado en el despacho y la ha descubierto. Y acaba de decir que va a matarla. Tienes que hacer algo, pero ya —le ordenó fuera de sí.

Patrick abandonó su asiento tras el escritorio y se alejó en busca de algo de intimidad. Estaba en la oficina y no quería que nadie se enterara de su conversación.

—¿Y cómo sabes todo eso? —preguntó mientras un hilo de sudor recorría su espalda.

—Hannah marcó mi número y estoy escuchando todo en directo. Te dejo, tengo que llegar antes de que sea demasiado tarde —concluyó Ryan antes

de colgar y dejar el inalámbrico abandonado sobre el sofá.

Recuperó su móvil, pero al otro lado de la línea solo encontró silencio. Desesperado se dirigió a la cocina y desconectó el horno, luego cogió las llaves y el casco de la moto y salió precipitadamente por la puerta.

Hannah cerró los ojos con fuerza e intentó respirar con normalidad pese a la mordaza que cubría sus labios. Si tras la amenaza de Anderson se había sentido asustada, con la llegada de aquel hombre grande como una torre y que apenas había pronunciado monosílabos en los minutos que llevaba allí, el estado de terror había entrado en su punto álgido. «Por favor, que Ryan haya cogido el teléfono y haya escuchado todo», rogó con angustia.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —dijo Marcus con la mirada fija en el hombre vestido de negro que tenía ante sí—. Quiero que parezca un incendio fortuito, y que cuando llegue la policía no encuentre ni una sola prueba.

—Señor Anderson, sé hacer mi trabajo —respondió el hombre mientras estudiaba las dimensiones de la habitación.

—Bien —replicó el aludido—, entonces será mejor que me marche para tener una coartada.

—¿Quiere que la deje inconsciente o que sufra? —preguntó el sicario clavando su mirada en el rostro de la joven, que en aquel momento tenía los ojos cerrados y las mejillas húmedas por las lágrimas.

—Me es indiferente —replicó Marcus antes de abandonar el despacho para no mirar atrás.

Parecía que aquel tipo sabía lo que se hacía y ahora tenía claro que había sido una buena elección. Hacía unos días un buen amigo le había dado su contacto asegurándole que era uno de los mejores sicarios del país, y a pesar del alto precio a pagar estaba dispuesto a desprenderse de parte del

dinero que había ganado gracias a sus negocios turbios con tal de que sus chanchullos no salieran a la luz.

Con total parsimonia se dirigió al ascensor y accionó el botón que le llevaría directamente a su despacho. Como esperaba, su secretaria estaba sentada en su silla con la vista en el ordenador.

—Kayla, por favor, cancela la cita que tengo esta tarde, no me encuentro bien —mintió, con la única intención de estar lo más lejos posible del hotel cuando la tragedia explotara—. Me voy a casa —anunció antes de entrar en su despacho para coger el maletín de cuero que siempre le acompañaba.

Luego bajó hasta el aparcamiento, se sentó tras el volante de su coche y salió del hotel en dirección al gimnasio. Algo de deporte no le vendría mal para liberar el estrés que se había acumulado en su cuerpo los últimos días.

Ryan aumentó la velocidad y se saltó un stop sin importarle las normas de tráfico o la posibilidad de tener un accidente. La llamada de Hannah se había cortado antes de que llegara al lugar donde tenía aparcada la moto y de eso hacía ya más de diez minutos. El tiempo corría y la vida de la mujer a la que amaba pendía de un hilo. Solo respiró cuando estuvo frente a la fachada del hotel, donde aparcó frente a la puerta. El mozo del aparcamiento le indicó que no podía aparcar allí, pero Ryan le ignoró y se lo quitó de encima con un fuerte empujón. Cuando entró en el hall intempestivamente todas las miradas se clavaron en él, pero con paso decidido se acercó hasta el mostrador y clavó su mirada en la chica rubia que le observaba sorprendida.

—¿Qué desea, señor? —preguntó Kimberley a media voz.

—¿Dónde está la oficina de contabilidad? —increpó mientras apoyaba sus antebrazos sobre el mostrador.

—Señor, no puedo darle esa información...

—¡La vida de Hannah depende de ello! —gritó Ryan perdiendo los nervios, logrando que las miradas de algunos clientes se clavaran nuevamente en él.

Kimberley tardó unos minutos en reaccionar, y solo lo hizo cuando una alarma comenzó a sonar indicando que en la quinta planta, donde estaba la zona por la cual preguntaba aquel hombre, había un incendio.

—En la planta cinco. —Vio como Ryan se dirigía a uno de los ascensores, y no dudó en detenerlo con su voz—. Por ahí no, vaya por el de personal —le indicó con un gesto de la mano.

El señor Wood, que había sido testigo de toda la conversación, no dudó en acompañarle y sacar su tarjeta para introducirla en la rendija, ya que aquel elevador solo era para trabajadores.

Cuando las puertas metálicas se abrieron un denso humo negro le rodeó, y supo al instante que la situación se estaba descontrolando. Se tapó la boca con una mano y con la otra buscó su teléfono en el bolsillo del pantalón hasta dar con él. Marcó el número de emergencias y avisó del incendio. Luego, y con cierta dificultad para respirar, se aproximó a un cuadro que colgaba junto a un extintor y descubrió un plano del piso en el que se encontraba. Tras situarse se aproximó al baño más cercano y se quitó la cazadora y la camiseta que empapó antes de atarla en torno a su cabeza a modo de pañuelo y nuevamente se colocó la cazadora de cuero que le protegería del fuego si era necesario.

No había sido fácil llegar hasta el despacho de contabilidad. Le escocían los ojos y le costaba un mundo respirar, pero encontrar a Hannah era su máxima prioridad. Con la pequeña linterna que siempre le acompañaba iluminó la puerta entreabierta y se sintió agradecido. Entró y descubrió dos puertas más y finalmente se decidió por una a la que dio una patada porque el pomo estaba incandescente.

El corazón se detuvo en su pecho por unos instantes al descubrir una silla donde reposaba un cuerpo inerte. Tras los primeros instantes de desconcierto no dudó en acercarse y luchar con las cuerdas que ataban las manos y tobillos de Hannah. Luego se ocupó de la mordaza que cubría sus labios y la tumbó en el suelo, donde aún quedaba algo de oxígeno. Con manos temblorosas apartó el cabello de su rostro y palpó sus mejillas.

—Mi amor, por favor, no me dejes —rogó con apenas un hilo de voz.

«Céntrate, maldita sea», se reprendió mentalmente mientras colocaba los dedos en su cuello y comprobaba que aún tenía pulso. Luego comprobó que no respiraba y sin perder una milésima de segundo comenzó a realizar el boca a boca. Fueron unos momentos interminables, pero cuando Hannah tosió, mientras su cuerpo se convulsionaba, pareció que una luz se encendía al final del túnel donde se encontraba.

—Gracias a Dios —dijo mientras la estrechaba entre sus brazos—. No podría soportar perderte —confesó.

—¡Ryan! —sonó la voz confusa de Hannah, que en aquel momento abría los ojos con esfuerzo.

—Sí, mi vida, estoy aquí —dijo mientras besaba su frente protectoramente.

—¡Bomberos!, ¿hay alguien ahí? —preguntó una voz a pocos pasos de ellos.

—¡Aquí! —gritó Ryan.

Dallas, un mes después.

«...El escándalo en el que se ve envuelta la cadena hotelera Liberty ha culminado con la detención del marido de la hija del propietario. Marcus Anderson está acusado de fraude, además de homicidio y tentativa de

homicidio y otros delitos por los que se prevé que pase varios años en prisión...».

Hannah apagó la radio y metió las últimas prendas en la pequeña bolsa de viaje que reposaba sobre la cama. No quería saber nada más del juicio ni del hotel Liberty, del que se había despedido al día siguiente de salir del hospital tras estar ingresada una semana para reponerse de los daños que se habían producido en sus pulmones.

Al menos la muerte de Lindsay no había sido en vano. Patrick Cox había recabado un gran número de pruebas en contra del señor Anderson, y gracias al testimonio de Lambert y Jenkins pasaría largos años en prisión.

Dispuesta a olvidar todo lo sucedido sacudió la cabeza y se centró en repasar mentalmente todo lo que había puesto en la bolsa para asegurarse de que no le faltaba nada. Ryan estaba a punto de llegar y quería tener todo listo.

—¿Lo tienes todo? —preguntó una voz cantarina desde la puerta, y al girarse descubrió a Fiona en el quicio de la puerta.

—Creo que sí —dijo con una sonrisa.

—Te voy a extrañar —dijo su prima acercándose a ella y abrazándola como si no hubiera un mañana.

—Oh, vamos, no seas teatrera, solo me voy un par de semanas.

—Lo sé, pero no voy a mentirte, te envidio —dijo Fiona con el ceño fruncido—. ¿De verdad que no puedo meterme en tu maleta?

—Eres terrible —replicó Hannah mientras cogía la bolsa de la cama y se encaminaba al salón seguida de su prima.

—Puedo conformarme con la compañía de algún amigo de Ryan en Puerto escondido. Sabes que me encanta el mar.

—De eso nada, pelirroja —dijo una voz masculina a su espalda, sorprendiendo a ambas—. Es un viaje de novios.

—¿Os habéis casado y no me has dicho nada? —exclamó Fiona enfadada mientras clavaba una mirada acusatoria en su prima.

Hannah miró alternativamente a ambos, sin saber qué decir, a quién enfrentarse.

—Ryan, no seas mentiroso, ¿es que quieres que mi prima me mate?

—No es mentira, mi amor —dijo él mientras se acercaba a ella y cogía su mano.

Ryan rebuscó con nerviosismo en el bolsillo trasero de su pantalón y sacó algo antes de arrodillarse frente a ella.

—Hannah Mackenzie, desde el mismo día en que te conocí en aquel pequeño apartamento, bailando al ritmo de una pegadiza canción, te entregué tu corazón. Han tenido que pasar varios años hasta darme cuenta de que tú eras lo que faltaba en mi vida para sentirme completo. ¿Quieres casarte conmigo? —preguntó con el anillo situado a escasos milímetros de su dedo anular.

Hannah respiraba aceleradamente, saboreando cada una de las palabras pronunciadas por Ryan. Por unos instantes se vio transportada a aquel día, donde comenzó todo, donde su corazón se quedó e hibernó hasta que el hombre al que amaba regresó a su vida. Por supuesto que quería pasar el resto de su vida con él, pero las palabras eran incapaces de abandonar sus labios. Lo que hizo fue deslizar su dedo a través de la alianza de oro blanco, que encajó a la perfección.

—¡Por Dios, Hannah, di que sí de una maldita vez! —se escuchó la voz estridente de Fiona, que esperaba tan expectante su respuesta como el propio Ryan.

Ryan había visto su gesto y sus miradas, unidas por un hilo invisible le dieron la respuesta sin necesidad de palabras.

Tras escuchar la voz de Fiona ambos se giraron y comenzaron a reír a carcajadas. Hannah, cuando se hubo repuesto lo suficiente, respondió a su prima, ajena a lo sucedido ante sus propias narices.

—Prima, ¿me crees tan estúpida como para perder al hombre de mi vida? —dijo elevando su mano, donde brillaba el anillo, en señal de triunfo.

—¡Oh, qué bonito, voy a llorar! —dijo Fiona dando pequeños saltitos—. ¿Y cuándo es la boda? Tu madre y mi madre van a armar una buena —vaticinó.

—Lo dudo, y no porque no tenga ganas de conocer a esas dos mujeres —respondió Ryan levantándose y enlazando la cintura de Hannah para pegarla a su cuerpo—, pero nos casaremos en Puerto escondido.

Hannah se giró y clavó su mirada en el rostro de Ryan, que estaba radiante.

—¿Lo tenías todo planeado? —preguntó fingiendo enfado, aunque en el fondo estaba encantada.

—La vida es demasiado corta como para perder el tiempo, y contigo tengo mucho por recuperar —afirmó antes de atrapar sus labios y besarla con intensidad.

Epílogo

San Antonio, Texas, meses después.

La primavera ya estaba avanzada y regalaba los primeros días de sol y calor. Hannah había decidido ponerse un vestido ligero de seda estampado con delicadas y extrañas flores lilas y moradas. Su cabello permanecía suelto a su espalda, como era su costumbre, y completó el conjunto con unas bailarinas de encaje color blanco. Satisfecha con su aspecto salió del dormitorio que compartía con su ahora marido y descendió por las escaleras para dirigirse a la cocina.

Cuando traspasó el umbral se sorprendió cuando encontró a Ryan charlando amigablemente con Connor, el marido de su madre, sobre las últimas noticias de la ciudad. Cuando había llegado a la familia no le había costado darse cuenta del antagonismo entre ambos, y desde el principio sospechó que era culpa de Ryan, que no había asumido que otro hombre entrara en la vida de Christa, pero tras meses de arduo trabajo y convencerle de que fuera a un terapeuta, ya habían superado los conflictos y hasta parecían llevarse bien.

—Buenos días —saludó Hannah para hacerse notar.

Ryan giró su cabeza y Connor fue consciente de cómo se iluminaba su rostro al ver a Hannah. La llegada de aquella mujer a la vida de su hijastro había sido un soplo de aire fresco para la familia. Christa estaba exultante de felicidad y Karen estaba encantada de tener una «cuñada» con la que compartir sus secretos mientras iban juntas a la heladería del pueblo los sábados.

—¿Ya estás lista? —preguntó Ryan mientras se aproximaba a ella para tomarla entre sus brazos y besar tiernamente sus labios.

—Por supuesto —replicó Hannah mientras cogía la mano masculina y entrelazaba sus dedos con los de él.

—Connor, avisa a mamá de que vendremos a la hora de la comida —dijo Ryan.

—No os preocupéis, lo haré. Pasadlo bien —respondió el aludido sonriendo mientras los veía partir.

Cogidos de la mano se adentraron por un frondoso sendero. Hannah se había enamorado del lugar la primera vez que fueron a visitar a la familia. Ahora comprendía el fuerte sentimiento arraigado en Lindsay cuando le hablaba de su hogar. Ella también se había criado en un pueblo pequeño, y a pesar de que Green Village era un lugar precioso, Frederick era mágico.

—¿Dónde vamos? —preguntó Hannah curiosa. En las ocasiones que habían pasado unos días en Frederick, Ryan se había empeñado en enseñarle cada pequeño rincón del lugar, pero el sendero por el que avanzaban no le resultaba familiar.

—Al lugar favorito de Lindsay —confesó Ryan, a pesar de que le hubiera gustado que fuera una sorpresa—. Hoy se cumple un año de su marcha —no le gustaba utilizar la palabra muerte—, y pensé que te gustaría visitarla, ya sabes que esparcimos sus cenizas allí.

Hannah tuvo que tragar el nudo que se había formado en su garganta para evitar que las lágrimas poblaran sus ojos. Lindsay no quería que se pusieran tristes.

—Si no quieres lo dejamos, no quería ponerte triste —dijo Ryan arrepentido de su idea mientras la obligaba a detenerse y cogía su rostro entre sus manos. Con sus dedos secó las lágrimas que Hannah no había podido evitar derramar.

—No te preocupes, me parece algo especial, además, creo que es el lugar perfecto para que te cuente una cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó Ryan preocupado.

—Nada malo, te lo aseguro, mi amor —respondió Hannah con una enigmática sonrisa mientras se apartaba de él y le colocaba un pequeño sombrero sobre la cabeza antes de coger su mano y seguir avanzando por el sendero.

Ryan no era de usar ese tipo de prendas, incluso se vio ridículo con él cuando se lo probó. Karen se lo había regalado con todo el cariño y no había querido defraudarla, pero ahora se sentía cómodo con él.

Hannah tuvo que cerrar la boca, que había quedado abierta al descubrir ante sus ojos un manto violeta. Aquel era el lugar que tanto adoraba Lindsay, y ahora comprendía el porqué: un campo de lavanda se extendía más allá de donde su mirada alcanzaba.

—Aquí es —dijo Ryan con la mirada perdida en el infinito—. Hola, hermanita, hemos venido a verte —expresó con voz cargada de emoción.

—Y tenemos una noticia que darte —añadió Hannah captando nuevamente la atención de Ryan—. Muy pronto vas a ser tía, y si es niña me gustaría que se llamara como tú —concluyó, sin apartar la mirada de las aromáticas plantas.

—¿Qué? —boqueó Ryan mientras se situaba frente a Hannah y clavaba su mirada en su rostro con intensidad—. ¿Es broma?

—Para nada —replicó ella con una flamante sonrisa—. En pocos meses vas a ser papá, ¿qué te parece? —preguntó insegura.

Ryan sintió que los músculos de sus mejillas estaban a punto de reventar con la enorme sonrisa que se dibujó en sus labios. Segundos después tenía a la mujer de su vida entre sus brazos y giraba en círculos.

—¡Que soy el hombre más feliz del mundo! —gritó al cielo azul sobre

sus cabezas.

Fin

*La secuela de esta novela se llama
“El corazón de Fiona”,
y se publicara en Mayo de 2019 .*

*Para mi Maggie, mi princesa cenicienta,
mi pelusa y mejor compañera.
Siempre estarás en mi corazón.*



(Febrero 2004 - Mayo 2018)

Mar Fernández Martínez

Amante de su ciudad natal, Madrid, vive en un pueblo de Salamanca de apenas treinta vecinos, junto a la persona que eligió para vivir su propia historia de amor.

Su afición por la lectura comenzó una fría tarde de invierno, con tan solo 15 años, cuando aburrida hurgó en los estantes de la biblioteca de su hermana algún libro que le llamara la atención. Allí se decidió por “El jardín de las mentiras” de Eileen Goudge. Y desde ese momento que la romántica la envolvió con su encanto, quedándose hasta la madrugada inmersa en cuanta historia de amor cayera entre sus manos.

Y por entre ellos, la escritura surgió también en ella. Muchos son los cuadernos de espiral donde sus ideas comenzaron a tener vida, plasmando en ellos, mundos donde los hilos de los personajes eran movidos a su antojo, siendo a veces ellos mismos los que guiaban los dedos para escribir sus propios destinos.

“Sus escritos son un enredo de personajes maravillosos, entrelazados unos con otros, con ciertos toques de humor y alegría, algunas tristezas y malos aciertos, pero con palabras y frases que llegan al corazón.”

*Puedes encontrarme en:
Twitter, Facebook, instagram...
<http://marfernandezmartinez.wixsite.com>*

Otras obras de la autora

Contemporánea:

Nunca te olvidé.

Atardecer contigo.

Viaje a los sentimientos.

Construyendo un amor.

Bilogía “Los chicos Bradford”:

Atrapado en tu recuerdo.

Savanna, tentadora obsesión.

Bilogía “Town Hope”:

Besos con sabor a lluvia.

Besos con sabor a esperanza.

Histórica:

(Saga Despertar)

Despertar con tu amor (I).

Perdida en tus brazos (II).

El Halcón del Támesis (III).

Colección tierras lejanas:

Cruce de caminos.

El viaje de su vida.

Forajida.

La decisión de Elaine.

Colección Little Love:

Un adiós con olor a Lavanda.

El corazón de Fiona.

Todas ellas disponibles en Amazon, en digital y papel.